

LA ESCUELA PRIMARIA

Según la Biblia, la Razón y la Historia

por

LUIS VICENTE TORRES

PRESBITERO



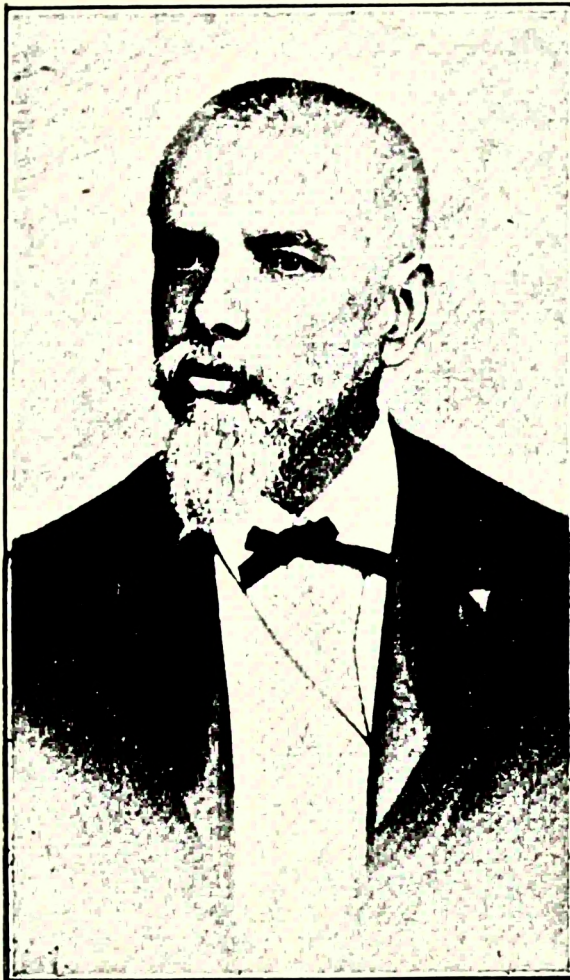
1909

Imprenta Elzeviriana de Borrás y Mestres, R. Cataluña, 12

BARCELONA

LA ESCUELA PRIMARIA





Señor General Don Eloy Alfaro

Al Señor General Presidente de la República

Don Eloy Alfaro

Muy digno Señor General:

Consecuente con mi estado y el segundo sacerdocio de educacionista que adopté, tal vez por vocación, vivo ajeno á la política, y limitado al cumplimiento de mis deberes de doblemente sacerdote; ó sacerdote de Dios y la ciencia.

En esta esfera no tengo para con V. sino gratitud, porque me ha ayudado en mis humildes obras, sin atender á mi credo político-religioso; y admiración, profunda admiración, por los actos de clemencia y generosidad que he visto en V., y por su entusiasmo nada común por el adelanto de la Patria.

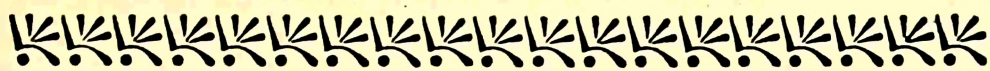
Al Mecenaz de mis planteles; al amigo digno y constante; al Magistrado cuya prudencia y moderación pueden servir de modelo á los partidos que se disputan el poder; á él, repito, Sr. General, va dedicada esta obra en la cual no he buscado sino la gloria de Dios y el adelanto de la Patria.

Señor General Presidente de la República.

LUIS VICENTE TORRES

Presbítero

Quito, 24 de Mayo de 1909.



INTRODUCCIÓN

Cinco meses há que, con el fin de presentar una humilde Exposición escolar que secunde á la que conmemorará el Primer Centenario del primer grito de Independencia americana, dimos la primera plumada en esta obrilla. Nuestro propósito fué el que llevaremos á cabo en la segunda parte de la misma: dar la razón de los Horarios y Programas de las Escuelas Superiores en que completamos la educación primaria iniciada en nuestro Kindergarten. Pero ¡imperfección humana, y más de los que apenas damos los pasitos de un nene junto al peldaño inferior á todos los que elevan al templo de la sabiduría!: pensamos en lo predicho y resultó otra cosa; pues antes de exponer las razones inmediatas de esas piezas, nos era necesario remontarnos á las últimas de todo; ó, lo que es lo mismo, á las fuentes de todo saber humano: la Sagrada Biblia, la Razón y la Historia.

No nos preciamos de haber ahondado la materia; al contrario, confesamos humildemente que apenas sí la hemos desflorado.

Con todo, sí creemos que nuestro humilde trabajo abre nuevas sendas en la Educación é Instrucción primarias, especialmente en nuestra pobre

Patria, tan bella, tan rica, tan fecunda en grandes ingenios; y ¡ay!, con todo, tan desgraciada por desunida; ajena al amor patrio; y, á las veces, servil imitadora de lo menos imitable en el mundo.

El tiempo que ha durado nuestro trabajo; el que lo hayamos llevado á cima en medio de la dirección arquitectónica de nuestro plantel; de la dirección superior de éste; de la enseñanza inmediata á discípulos y Profesores y Profesoras; de martirio nada común en un sacerdote quizá siempre consecuente con su vocación; de las enfermedades consiguientes á este estado; todo lo predicho y algo más, decimos, son razones poderosas para que en esta humilde obra se atienda al fin que persigue, y no á las imperfecciones de que está, sin duda alguna, plagada. Y basta con esta breve explicación; y entremos en materia.





Non nova, sed novæ

CAPÍTULO PRIMERO

La Escuela Primaria según los Libros Santos

No sólo por nuestro estado, sino como hombres que algo conocemos la esencia de la humanidad y hemos ahondado sus vicisitudes y las causas de donde vinieron, tomaremos de los Libros Santos el ideal de la Escuela Primaria.

Este nos parece que debe desprenderse de las palabras de Dios, cuando, completa la gran obra de la creación, bendijo á Adán y Eva, y les dijo: «Creced y multiplicaos y henchid la tierra y sojuzgadla; tened señorío sobre los peces de la mar y sobre las aves del cielo y sobre todos los animales que se mueven sobre la tierra » (1).

El señorío no podía verificarse sin conocimiento; y de ahí lo absurdo de la Antropología descreída, al asegurar que los primeros padres del linaje humano, fuesen una especie de fieras, ú hombres autómatas (2).

(1) Génesis. C. 1.º, v. 28. Ecio. de San Miguel.

(2) Caín nació de Adán y engendró á Henoeh. Entre éste y Lamech hay tres generaciones. Lamech fué padre de los que habitaron en tiendas y de los pastores, y de los que tañen cítara y órganos y del que fué artífice en trabajar de martillo toda obra de cobre y de hierro. ¿Dónde están, pues, las edades de la Antropología? Creemos que éstos existieron, pero, en gran parte, después del diluvio.

No; Adán puso nombres á todos los animales; y conoció las plantas y sus propiedades, y se embelesó en el fulgor de los astros y la armonía con que giraban en el espacio; y contempló absorto á su Criador; y de sus labios aprendió la ciencia que necesitaba para ser Rey de este gran planeta.

Lo que de Adán, podemos decir de sus primeros descendientes, hasta que, ofuscada su inteligencia por las pasiones, se alteraron las tradiciones de la humanidad.

La Escuela Primaria debe, por tanto, hacer del hombre y de la mujer los verdaderos Reyes de la tierra y siervos de Dios, quien crió todo para su gloria propia, en la cual está la felicidad de la creación y de mil y mil creaciones, si otras tantas existieran. Repetimos que á la tierra no se puede dominar sin conocerla; de ahí, pues, la necesidad de ilustrar á los Reyes de élla y siervos de Dios.

«¿Cómo quieres ser tratado?» dijo á Poro, Alejandro el Grande; «Como Rey», le contestó el gran indio. Así, como á Reyes, debe la Escuela educar al hombre y la mujer, si para ello se ha de partir de los Libros Santos, ó verdadera historia de la humanidad.

Pero bien, y sin entrar en disquisiciones filosóficas que no hagan al caso, diremos que el derecho de la humanidad á ser educada como Reina, supone un hecho proveniente de ella misma; y es la falta de uno de los hijos de Noé para con su padre. Se burló aquél de éste, y de allí las diferencias sociales y aún la esclavitud de poco tiempo después del diluvio á esta parte.

¿Quién ignora esto? ¿Quién ignora la educación del esclavo en Grecia y Roma y del trabajador en

Inglaterra, especialmente...? ¿Quién ignora la condición de la mujer, aún después que el catolicismo la elevó?

De hecho, pues, y con la Historia en la mano, se ve que no toda la humanidad debe ser educada de un mismo modo, porque parte de ella descendió de su alto origen.

Pero si esto es así, como lo es, hay la gran ventaja de que la caída del hombre es la de un sér libre, y no la del diamante que, sepultado en un estercolero, allí se queda si no hay quien lo levante y vuelva á su prístino esplendor. El ideal de la educación, especialmente católica, ha de ser anular las castas indias, egipcias, etc., y las esclavitudes de todo género; prescindir de partidos políticos; perdonar las faltas de familia, y tomar á la generación (¡pobre generación hija de un sueño!) y elevarla en su esfera, en la esfera en que la colocaron generaciones mil y el hombre y la mujer á quienes directamente debe la existencia.

Filemón era hombre acaudalado de Frigia, y muy amigo de San Pablo. Onésimo, su esclavo, le perjudicó en una gran suma, y fugó. San Pablo intercedió por el delincuente; Filemón le condonó la deuda y dió la libertad, y Onésimo se enmendó, y murió de Obispo de Efeso.

Esto hizo y hace el catolicismo. ¿Qué hizo Norte América con los indios de su territorio? ¿Qué hizo y hace con los *de color* (ó negros)? Actualmente parece que ha fundado establecimientos superiores y especiales para los indios; pero nosotros creemos que de esos mismos establecimientos saldrán los que, entre su raza, formen nuevas y nuevas aristocracias que opriman á sus semejantes, como la yan-

CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA

LIBRO DE CINCO AÑOS

EXPOSICION PERMANENTE

QUITO — ECUADOR

que, si entre ellas no domina la Religión del Crucificado. Pero, ascendamos en la exposición de los Libros Santos. Si la humanidad se hubiera conservado fiel á su Criador, todavía hubieran existido jerarquías provenientes de la edad, el sexo, el grado de inteligencia, etc., como muy bien observa el Aristóteles cristiano, ó Angel de las Escuelas, Santo Tomás de Aquino.

Y habría habido, además, como las hay entre los puros espíritus, jerarquías de mando y sujeción, pero sólo por armonía y bien común, y no para lo que las de la humanidad degenerada, como observa el mismo autor.

Si, pues, por la esencia de la naturaleza humana, caída ó en estado de gracia, debía haber jerarquías, es natural que las escuelas se han de adaptar á ellas, sin olvidar que á toda la humanidad le toca el señorío del mundo.

Depuestas las pasiones del hombre, ¿no serían las jerarquías sociales lo que las leyes en cuya fuerza un sol da luz á sus planetas y los conserva girando en su torno con armonía jamás interrumpida? ¿No sería el hogar en donde todos, unidos por el amor más puro, no reconocen más superioridad que para el sacrificio? ¿No serían los eremitas Pablo y Antonio que casi no comieron por cederse mutuamente el honor de partirse el pan? Y, ascendamos hasta llegar al seno mismo de la Divinidad y demostrar que en Ella, donde todo es uno, único, incomparable, insuperable, hay orden en las personas de la augusta Trinidad. Pero demos por terminado este capítulo, y deduzcamos las consecuencias que se desprenden de él.

CAPÍTULO II

Necesidad histórica de la Escuela Primaria y oposición de las aristocracias á ella

Ya muy traqueado es el origen de la escritura, y nosotros, sin ahondar la materia, lo que nos llevaría, quién sabe á qué y qué desquisiciones; preguntamos: ¿la necesidad de la Escuela Primaria vino con la invención de la escritura egipcia, de la Cuneiforme ó de la de Cadmo, etc., etc. ?

Creemos que no, porque ¿á qué escritura donde todos los hombres conservaban las tradiciones y se entendían entre sí, y eran relativamente pocos y habitaban á cortas distancias? Y ni se diga que era necesario dar prendas de seguridad al ausente, porque, refiriéndonos al pueblo de Israel, el único verdaderamente histórico, responderíamos con el viaje del joven Tobías á cobrar una deuda; y diríamos: ¿fué con letras de cambio; con cheques y cartas de recomendación? La primera necesidad de la Escuela vino, pues, más ó menos, de las causas que vamos á enumerar. Se alteraron las tradiciones religiosas, y era natural que unos pocos hombres sabios enseñasen, como Sócrates, lo que ellos creían que era la verdad. Estas escuelas debieron ser para el pueblo, pero, por desgracia, no resultó así. Confucio, es verdad, estableció escuelas nocturnas para éste, pero esas escuelas eran más industriales, como las de otros pueblos eran guerreras y otras de agricultura, etc., etc. Es decir, que,

la escuela del pueblo, por lo general, era la necesaria para que éste sostenga á las aristocracias establecidas de antiguo. Esta escuela era entonces necesaria, y sólo por esto se conservaba, y tan es así, que la guerrera fué la más general, como más general ha sido en todo tiempo *la razón de Estado*.

La razón primera de la Escuela Primaria, debió ser el olvido de la Divinidad. Otra necesidad fueron los adelantos en las ciencias y las artes, y esta necesidad mejoraba al pueblo en cuanto convenía para la aristocracia; pero siempre la sabiduría, esa sabiduría, digamos, que hoy se halla á los alcances de todos, iba quedando para los iniciados; y el pueblo debía siempre vegetar en la ignorancia. Y ¡permisiones divinas! los iniciados y sabios de Grecia fueron después esclavos, y la sabiduría fué de los esclavos; el poder y riquezas, de la aristocracia; y del pueblo dar la vida en los campos de batalla, ó saludar al César antes de morir en las garras de una fiera.

¿Y la Historia? Como hemos dicho, su enseñanza se volvió necesaria, cuando las tradiciones religiosas, con las cuales se hallaba íntimamente ligada. Olvidado el Dios verdadero, ocupó su lugar el hombre; y de ahí las Mitologías, las cuales coinciden en lo principal, en todos los pueblos. Como el error se contradice siempre, hubo necesidad de escuelas, pero las que creían poseer la verdad se encerraron en el Santuario y dejaron al pueblo en el error.

¿Sucedería otro tanto con la Geografía? Al principio ésta no era necesaria, porque el hombre (si no era un Caín) moría donde nació, y trataba y comerciaba con los pueblos vecinos como en una

ciudad los habitantes de un barrio, comercian y tratan con los de otro.

Entonces el estudio de la Geografía sería como el del plano de una ciudad, é iría creciendo y complicándose á medida que se poblaba la tierra. Cuando ésta se halló poblada, se conocían los pueblos por sus principales ciudades; pero era algo como viajar á la luna, emprender el camino de ciudades distintas entre sí. Recuérdense sino las historias, consejas y leyendas del Norte de Europa y la vida de Cristóbal Colón. En resolución: la propagación del género humano, las rivalidades entre pueblos y naciones y el comercio entre los mismos, fueron haciendo necesario un estudio que al principio no lo era; y también éste quedaría para las aristocracias del saber, de la riqueza ó del poderío; y el pueblo la aprendería con la Religión, la Historia Patria y ésta y la otra conseja.

Pero volvamos á la Lectura y Escritura. Una vez inventadas eran necesarias en la Escuela Primaria, pero al principio se tropezaba con la dificultad de la difusión de los escritos y siempre, ó casi siempre, con la de las jerarquías sociales, opuestas de todo en todo á la Sagrada Biblia y á la razón filosófica que de ella se desprende.

Ya hemos hablado de castas y esclavitudes; ahora digamos sólo que ni á la mujer (de nuestra patria) hasta mediados del siglo pasado se le enseñaba á leer y escribir. ¿Por qué? *Porque no lea y escriba*, lo cual nos recuerda el famoso aro de seguridad de los tiempos medioevales.

Pero bien, haya sido de hecho lo que quiera, ¿filosóficamente hablando se podía enseñar en la Escuela Primaria primitiva más que Religión, Histo-

ria Patria, (cuenta de la cual ni hemos hablado, porque en élla pocos vejetan en la ignorancia), Geografía y Lectura y Escritura?

Parece que no. Pasemos, pues, á hablar del primer ramo que al fin de este capítulo hemos enumerado.

CAPÍTULO III

De la Escuela Primaria en relación con el Criador

Hemos visto que, según la Sagrada Biblia, el primer maestro de la humanidad fué el mismo que la echó al mundo, sin que ella lo supiese; y menos contribuyese para su existencia.

Mientras el hombre fué fiel á su Criador, no sólo conoció el mundo, sino que lo dominó. Y conoció los arcanos, diremos, de la humanidad; y sino ¿por qué la respuesta de la primera mujer — osa, mona, etc., según la Antropología, — por qué su respuesta llena de sabiduría *al más astuto de los animales*, tras el cual se parapetaba el ángel caído, tan superior al hombre por la inteligencia?

Pero ya se nos dirá que recurrimos á fábulas. Sí, á fábulas para los que no han seguido como nosotros los adelantos de la Arqueología; y en especial, de la Escritura Cuneiforme y las tradiciones de todos los pueblos; las que concuerdan en la substancia, aunque las formas ó accidentes cambien tanto.

Decíamos que el hombre primitivo era muy superior en conocimientos á lo que supone la Ar

queología; y añadiremos que en estado de gracia, ignoraba que se hallaba desnudo; ó, en otros términos, no sentía necesidad de vestido ni se avergonzaba de su cuerpo. ¿También esta relación es fabulosa? Pues démoslo de barato; y dígasenos si un infante ó infanta se avergüenzan jamás de su cuerpo. Si no se avergüenzan, son imagen de nuestros primeros padres descritos por los Libros Santos. Y, si este estado de desnudez no es vergonzoso ¿por qué Can se burló de Noé al verle en él? ¿Por qué la Venus primera era distinta de la prostituta del Olimpo? Y en nuestros días ¿por qué hasta en París, la Babilonia moderna, se comisan las imágenes impúdicas, y el público sensato detesta las representaciones lúbricas que invadieron aún «La Gran Opera», teatro ayer de la nobleza y de las vírgenes más inocentes? ¿Por qué hombres públicos nada sospechosos han tronado contra la desnudez? El que ya separados del Criador se viesan desnudos nuestros primeros padres, nos parece á nosotros que es imagen fiel de lo que en el día pasa con los Estados sin Dios. El socialista, el nihilista, el anarquista están desnudos y deliran en vestido y dichas que no son sino consecuencias de la Religión que á todos viste; pero como el padre que adopta el vestido á la estatura y á la edad, á todos declara Reyes del mundo; pero con jerarquía; y no con igualdad que jamás existió ni puede existir.

Bastaría esta relación para que el mundo reconociera la necesidad de la Religión en la Escuela Primaria, la cual, como ya dijimos, debe ser para todos, porque todos somos Reyes de la creación. Pero prescindiremos de esto por un momento, y

dígasenos si la humanidad de hoy es *los rebaños del campo* (*pecora campi*) del escritor latino; ó si para no serlo, le bastaba conocer lo que se relaciona con la vida presente. Si lo primero, Platón y Aristóteles y todos los filósofos y todos los Legisladores y todos los sabios se preocuparon de cosa baladí; y en el hombre más descreído es sólo una tenia, neurosis ó idiosincracia el poder prescindir de todo, menos de la Religión. ¿Qué no? Pues tomemos algunos grandes hombres á que hablen por nosotros.

Juliano era gran humanista, regular administrador, buen general. Hizo los últimos esfuerzos por acabar con la Religión del Galileo, y murió en una acción contra los persas. ¿A qué, pues, recordar del Galileo en sus agonías, si Cristo Nuestro Señor no fué persa?

Voltaire, por el contrario, renegó de Jesucristo en toda su vida; pero en la muerte quiso reconciliarse con El.

Y en vida ¿qué dijo Rosesseus á un amigo en cuya compañía escuchaba á unos monjes en el coro? Pero no sigamos, porque para hablar claro: ó nosotros somos criaturas, y en este caso llevaremos el sello del Criador, como cada obra lleva la marca de su fabricante, y el soldado el uniforme de su cuerpo; ó, si esto no es así, ¿por qué no poder prescindir de la Religión, que no es sino un sello que existe en lo íntimo del hombre, su conciencia, sus necesidades, sus aspiraciones?

Y si nosotros no somos criaturas y nos unificamos con el gran todo ¿por qué olvidar la Religión que no es sino el lazo de unión entre el Criador y la criatura? Platón viajó al Egipto después de saber

que era depositario de doctrinas sublimes — las tomadas del pueblo hebreo —; y á Tiro se iba por ceda; y á la Iberia por plata; y en el mundo moderno ¿quién va sin objeto á una nación? ¿Y se podría saber á qué se iba sino se conocía de antemano esa nación? Y no sólo es necesario conocer la nación ó pueblo, sino el costo del viaje y la vía más breve y expedita para éste. De aquí que no haya escuela buena de comercio sin estudio de Geografía comercial y especial para la nación en que aquélla ha de tener aplicación.

Esto nadie podría negar; y menos, por consiguiente, el que si nuestra vida no es la presente, y si la futura, debemos investigar lo más que podamos sobre ésta y los medios de prepararnos mejor para vivirla eternamente feliz.

! Pero si esto es así, como lo es ¿puede la escuela primaria, necesaria para todo sér humano, puede, decimos, prescindir del estudio de la Religión, indispensable para toda la humanidad? Pero ya se nos dirá que la enseñanza de la Religión corre á cargo de la familia; y nosotros diremos que un sistema ó un método se conocen por sus resultados, y en muy poco tiempo; y más si se confiaron á inteligencia y corazón empeñados de consuno en la empresa. Esto nadie lo podrá negar, y menos negará que el corazón está en la familia; y que entre las muchas familias que forman una nación no habrá tal vez una que no quiera la felicidad de sus hijos; y que todas, ó las más, podrían dar á éstos la enseñanza religiosa; necesaria ¿por qué, pues, las consecuencias mil que han venido al mundo moderno de la falta de ese ramo en las escuelas?

Aquí diremos con Montalembert, que la fe más

que en la inteligencia, está en el corazón; y con la Sagrada Biblia y con los mejores escritores católicos, y entre ellos, el gran publicista Perin, que los pueblos son lo que sus mandatarios. Si, pues, el Estado no quiere á Dios en las Escuelas ¿se esconderá en los hogares como un perseguido por política? Montesquieu dice: «Todo arte tiene sus leyes; la Divinidad tiene las suyas; otras tienen las inteligencias superiores y también el hombre tiene las suyas.» Nosotros añadiremos que el premio y castigo de Dios á los pueblos son los Gobiernos; y que si con éstos está divorciado, difícilmente habitará entre sus súbditos y además que, por lo general, lo que el Estado, son las familias, por más que excepciones ciento se empeñen en lo contrario.

¡Y qué contradicciones! El ocultísimo indio progresa por doquiera, y es acaso la última palabra del espiritismo; París vuelve á la brujería de los tiempos medioevales; donde quiera se hace propaganda de las doctrinas más absurdas en religión; ¿y á Dios se destierra de las Escuelas?

Pero veamos la razón histórica en que se puede apoyar, siquiera aparentemente, tan extraño proceder.

CAPÍTULO IV

La Escuela Primaria y la intolerancia religiosa

Bien estudiada esta materia, salta á la vista que la mayor prueba de grandeza de hombres y pueblo; fué la tolerancia religiosa. Los hebreos se establecieron en Egipto cuando los Fliksos dejaron de ser bárbaros, y cuando los Faraones se hallaban en su más duradero esplendor. Babilonia fué tolerante cuando se hallaba tan poderosa, que transportó á su seno al pueblo de Israel; Grecia propinó ó Sócrates la cicuta, porque este gran hombre era superior á ella; pero el Areópago, como se tuvo por superior á San Pablo, que le habló del *Dios desconocido*, no persiguió á ese gran hombre, sino que difirió escucharle, para mejor ocasión.

Roma se asimiló cuanto quiso de la religión de Grecia, su esclava, porque no amenazaba sus costumbres y política. Pero vino la Religión austera del Crucificado, y todo cambió tanto de aspecto, que sólo los hombres distinguidos en un imperio decrepito y que tocaba á su fin, fueron tolerantes para una Religión que comenzó y debe terminar con el mundo. Pero recordemos, antes de proseguir, de algunos hombres del pueblo judío. Herodes mandó matar á los infantes de Belém por temor á Aquél que, según él y sus sabios, venía á quitarle el reino ¿Y la muerte de San Juan Bautista, obedeció á gran poder ó gran debilidad?

Gamaliel, por el contrario, fué testigo de las calumnias políticas acumuladas contra Nuestro Señor Jesucristo; y al reflexionar en que su Religión sobrevivió al Calvario, dijo á los grandes de su Patria: «Cesad de perseguir á estos hombres, porque si su obra no viene de Dios, nada podréis contra ella.» ¿Esto fué debilidad? Pero hablábamos del pueblo romano.

En el siglo que siguió al de Nerón, Tiberio, Calígula, monstruo de la humanidad, y los Flabios, destructores de Jerusalém y autores del Coliseo, donde, á la vista de cien mil espectadores, las fieras devoraban al hombre, después de este siglo, decimos, merecen ser mentados sólo Trajano, Adriano, Antonino el Pío y Marco Aurelio.

El primero alardeaba de filósofo, y tanto conoció sus desbordamientos, que mandó no se cumplan las órdenes que diese borracho. Plinio, el gran Plinio, el joven, su gobernador en Betinia, reconoció la inocencia de los cristianos y escribió al Emperador que no los había perseguido, pero sí condenado á los que eran denunciados como tales. ¿Por qué? Porque la Religión era Razón de Estado, ya por el pueblo, y ya porque la nueva condenaba el gimnasio (ó garito) imperial y otras y otras instituciones de la laya.

¿Y Adriano? Su juventud fué borrascosa; envenenó á su propia mujer y deificó al infame Antinoo. Y entre paréntesis. ¿Hasta cuándo la educación clásica? ¿Hasta cuándo que de Safo hablemos de lo que acaso no existió en ella; y que en Adriano y Antonino el Pío nada investiguemos? La esposa de éste pasó del garito (tal vez en palacio) al altar como diosa por orden del Emperador su

esposo. ¿Y hubiera dado éste paz á los cristianos? ¡Pobre viejo! Fué piadoso con su mujer; fué piadoso consigo mismo; fué piadoso con la Religión y el Estado.

Su hechura, Marco Aurelio, fué gran guerrero, gran emperador, pero, filósofo como era, dió la muerte á San Justino que con tanto derecho llevaba el manto de filósofo; y, el que labró, ó mejor dicho, premió la prostitución de la Mesalina su esposa, no toleró á los cristianos, y cesó de perseguirlos sólo cuando una legión de éstos, *la legión fulminante*, salvó su ejército que iba á perecer de sed ó á manos de los bárbaros.

Pero sigamos. Los grandes Emperadores del tercer siglo de la era cristiana, fueron Alejandro Severo, que cual nunca hasta entonces, favoreció la Agricultura, y que, como ninguno de sus correligionarios, aprovechó de la máxima cristiana: «No hagas á otro lo que no quieras que te hagan á ti mismo». Este no fué perseguidor.

Subió al trono de los Césares un muchacho de doce años, después de los cuatro Emperadores que el Senado opuso á un tirano; y este muchacho dió paz á los cristianos y murió asesinado como el gran Alejandro Severo. ¿Se les asesinó por cobardes? ¿Por cobardes dieron paz á los cristianos?

El viejo y ambicioso Valeriano fué intolerante y perseguidor del cristianismo, porque se le persuadió que de perseguirlos dependía la conservación del imperio. ¿Y á qué seguir con Emperadores tan débiles que dividieron el imperio? Dividido lo tomó Constantino el Grande, y lo conservó con esplendor; y, si favoreció al cristianismo, no por eso persiguió á los paganos; y antes se retiró de Roma

y fundó Constantinopla, más que por temor, por respeto á la capital del mundo pagano y su anti-gualla el Senado. Esto es ser grande. ¿ Y como tal reconoceremos á *la escoba de sacristía*, como Moigno llama justamente á Renán, como tal reconoceremos al filosofista tonsurado que en batalla contra los persas pereció maldiciendo al Dios de los cristia-nos, y no al rey cuyas flechas le daban la muerte, y como hemos dicho en otro capítulo? Peor que él para con los cristianos fué, por un momento, el gran Teodosio para con el pueblo que le ultrajó; pero el inmortal Obispo de Milán le redujo á mejor camino. Entre el apóstata Juliano y el indiferen-tista Valentiniano, preferible era éste, porque Em-peradores filósofos, aunque se llamen Federico el Grande, Catalina II, Enrique VIII, el defensor de la fe, rara vez saben lo que hacen. Napoleón fué grande, y jamás transigió con los *ideólogos*, y sí se rodeó de los más grandes hombres de su época.

Pero no prosigamos sin notar antes, contra Gi-bón y otros escritores de la laya, que el imperio romano decayó, no por la religión del Crucificado, sino por la intolerancia y corrupción de sus magis-trados. Hemos llegado al Bajo Imperio, y Jovino y Grociano y algún otro Emperador en verdad tole-rante que no hemos mentado, en nada contribu-yeron á la caída de Roma.

CAPÍTULO V

Todo reino dividido perecerá. — La intolerancia religiosa en los tiempos medioevales

La hilación de nuestra obra nos trae á hablar de los dos Imperios en que se dividió el de los Césares: el de Oriente y el de Occidente.

El primero, en el cual se estableció Constantino, se mantuvo, como era natural, por el prestigio de ese gran hombre, robusto y unido por más tiempo. El segundo, por el contrario, abandonó á Roma, su capital, y se fué dividiendo, más ó menos tarde en las naciones que forman la Europa moderna. La inquietud de las razas orientales es tal, que, antes de parar en la atrofia musulmana, debió conmover como conmovió al mundo entero y alejar de ellas el sol de Roma; y quedarse con la opaca luz de la *media luna*.

En el Oriente, si hubo intransigencia de parte del catolicismo, sería por la conservación, no sólo de la fe, sino de la vida de los asociados. ¡Qué hombres los que fueron perseguidos en el Oriente por las sectas que nacieron de la Religión que ellos profesaban! Pero no prosigamos, porque nos basta decir que el Imperio de Oriente, terminó por ser propiedad de sus propios bárbaros; y no de extraños como el de Occidente. ¿Y ni á qué defender al catolicismo de la nota de intransigente donde sus espúreos le habrían borrado del haz de la tierra sino fuera obra de Dios y donde la cimitarra pre-

valeció sobre él? Si en el Imperio de Occidente se atreve alguien á calificar de intransigente al catolicismo en la Edad Media, será porque no sacó de la Historia las luces que debía.

Mientras el Imperio de Occidente era víctima de los bárbaros, en el Oriente se despedazaban las sectas religiosas, como ya hemos dicho; y, por tanto, formadas ya las naciones que salieron del primero ¿no debían escarmentar en cabeza ajena, la del desgraciado Imperio del Oriente? ¿Les reportaría provecho un Arrio, por ejemplo? ¿O necesitaban disputas teológicas cuando recién comenzaban á constituirse, y más convencidos se hallaban de la divinidad de su religión, la cual era al propio tiempo su vida y su esplendor?

Y que no sea así, dígasenos ¿las sectas cristianas nacieron ó no de la Religión que tiene su Sede en Roma? Asegurar que no nacieron de ella, sería asegurar que Cristo no fundó su Iglesia. Y si nacieron de ella ¿no es cierto que el catolicismo se hallaba en su derecho al no reconocer á hermanos espúreos y que, sobre ser tales, querían usurpar sus derechos de primogenitura?

El más infame de los padres rodea del mayor honor que puede á su familia legítima; y se sacrifica y todo por otras, pero las oculta.

Y recordemos aquí de Horacio Nelson el marino sin el cual, no sólo Inglaterra, sino Europa, y acaso gran parte de Asia y Africa, habrían sido de Napoleón. ¿Qué no debía conceder Inglaterra á este gran marino? Y no le concedió lo que ella se lo sabe y nosotros no podemos decir; y sí lo nota Lamartine en su libro « El Civilizador ».

Volvamos á la narración. En naciones cristianas

lo primero era obtener que, sin excepción, se bauticen los recién nacidos; ó hacer de ellos lo que los egipcios cuando se propagó el pueblo de Israel. Esto nadie nos puede negar. ¿Y qué sucedió? Lo que vamos á escuchar.

San Gregorio el Grande se dirige al obispo de Cagliari, contra el cual había recibido quejas de los judíos; y les dice: «es necesario usar para con ellos de moderación que les atraiga y edifique, y no de impetuosidad que les torture y los vuelva contra la Iglesia; pues que se halla escrito: «Yo os ofreceré sacrificio voluntario» (1).

El mismo Martinet sigue comprobando este espíritu de la Iglesia con San Isidoro de Sevilla y otros grandes, todos los cuales prueban que la tolerancia fué siempre el espíritu de la Iglesia; *á no ser, por cierto, que peligrase la sociedad*; porque en buena filosofía ¿podía, entonces, haber medio? Creemos, por tanto, que no se puede tratar de intolerante á la Iglesia en los tiempos medioevales, á no ser que se citen contra tan grandes hombres éste y el otro hecho ó dicho de gente devota, ferviente, sí, pero no de la talla de ellos.

Las Casas, por ejemplo, y Garcilaso de la Vega, en la América latina, valieron mucho, pero el espíritu evangélico del religioso mercedario Fray Bartolomé de Olmedo y el del franciscano Fray Jadoco son muy superiores á los de esos españoles; y son, por tanto, los representantes legítimos de la mansedumbre católica. ¿Y qué dijo Cristo á los discípulos que le pidieron haga llover fuego sobre

(1) Martinet. — Solución de los grandes problemas. Tomo 4.º, pág. 52. Edición de Lecoffne y C.ª

el pueblo que no les escuchó? ¿Qué dijo al discípulo que esgrimió espada en el prendimiento del Divino Maestro? Y para concluir esta materia ¿á qué nos hemos de ocupar de éste y el otro hecho que se deben atribuir, no á la Iglesia, sino á *la razón* de Estado?

Nosotros somos discípulos casi ciegos de Cantú; y, ¿quién podrá refutar á este gran hombre cuando dice: « Las cuestiones de libertad, más son de propiedad? ».

Pero no terminemos este capítulo sin decir algo sobre la intolerancia que llamaremos científica.

La intolerancia puede tomarse de tres modos: para con la doctrina; para con el que la profesa; para con ambos á la vez. En el primer caso es obligación de todo católico, porque, en efecto ¿puede un católico creer y no creer, adorar y no al Dios á quien tiene por único verdadero? Si hay culpa en esto, jamás se arrepentirá; jamás se enmendará; porque estudia tanto, que al fin llega á la conclusión de un Santo Doctor Angelical, cuanto sabio: « Si me hallo engañado, es por Ti, Dios mío. Santo engaño, porque no hay sér igual y menos superiores á Ti ».

¿ Este odio puede ser censurable para quien proceda en razón y justicia?

El segundo no puede albergarse en pecho netamente católico; ó el catolicismo no es Religión de Jesús, de San Juan Apóstol, de San Ignacio Teóforo, del Serafín de Asís, de esa loca de amor llamada Teresa de Jesús, de Fenelón y San Francisco de Sales. ¿ Se conoce al Maestro y sus discípulos? Pues no se entable pleito al catolicismo ni se sueñe

en caridad superior á la suya, porque esto es hacer el papel de Icaro y los Titanes de la fábula.

El tercer caso, como el precedente, se llama en buen castellano *aborrecimiento*, y existe en los musulmanes, por ejemplo, para los cuales los demás hombres somos perros; y á los cuales hay que juzgar con otro criterio que al resto de la humanidad, según observa Cantú.

Esto, antes que leyéramos ciertas obras de las más modernas y las últimas transformaciones políticas de los turcos. A nuevos hechos, nuevo criterio.

Y ahora sí, volvamos á las Escuelas Primarias. ¿Puede el catolicismo olvidar al niño, el amigo de Jesucristo? No. ¿Puede violentar á sus padres educándole en su Religión? Ya dijimos que la puerta de ésta es el bautismo, y dijimos lo que sobre él opinó la Edad Media con sus más grandes representantes.

En la Edad Media existió, pues, el odio al hermano espúreo; no como tal, sino por lo que podía hacer contra la familia legítima; y por convencimiento íntimo é incontrovertible de la sangre de ésta. Tratemos ahora de lleno el punto de la intolerancia religiosa.

CAPÍTULO VI

-La Iglesia Católica y la enseñanza religiosa.

La libertad en esta materia

Los padres de familia, el Municipio y el Estado tienen obligación de educar religiosamente á la infancia, la niñez y juventud, porque cada una en su línea, tiene que ver por la felicidad de sus asociados; y no puede haber sociedad feliz sin enseñanza religiosa; pues que la Religión es el único freno positivo para el hombre.

Después de todo lo dicho ¿se duda aún de nuestra aserción? Pues escúchese á Napoleón y su gran Ministro Portalis (1). «Es tiempo ya de que las teorías cedan á los hechos. Basta de instrucción sin educación, sin moral y religión. Diez años que la instrucción ha sido nugatoria, y, por lo mismo, se debe tomar ya la Religión como su base. No hablamos nosotros, sino que toda la Francia llama á la Religión en ayuda de la sociedad». Hablaba el Cónsul; hablaba el reorganizador de la Francia y primer hombre de su siglo por medio de Portalis; uno de los publicistas más notables de su época; y nada sospechoso para el partido opuesto á los derechos de la Iglesia.

Oigamos ahora á Guizot en la Cámara de diputados en 1833 (2). «Es necesario que toda la atmós-

(1) Thiers.—Historia del Consulado y del Imperio. L. 24, pág. 522.

(2) Cavagnis. — Instituciones de derecho público eclesiástico, pág. 151.

fera de la escuela sea moral y religiosa; pues que en ella más se debe tender á la educación que á la instrucción. La instrucción religiosa está ligada á toda instrucción, á todos los actos del maestro y sus discípulos. Señores, atended á hecho que jamás tal vez ha saltado más evidente á la vista que en nuestros tiempos. Hemos visto en éstos que el desenvolvimiento intelectual, unido al moral y religioso es excelente; mas separado de ellos y entregado á sí sólo es fuente de orgullo, de insubordinación, de egoísmo; y, por consiguiente, una amenaza para la sociedad ».

Escuchemos ahora á Coussin en la Cámara de los Pares: « La autoridad religiosa, dice, debe estar representada oficialmente en la educación de la juventud tanto como la autoridad civil. No queremos mezclar en nada del mundo á la Religión, pero se trata ahora de la misma Religión. Somos los primeros en pedir que la Religión se encierre en sus santuarios; pero la Escuela pública es uno de ellos; y la Religión está en ella con el mismo título que en la Iglesia ó en el templo » (1).

Si hombres tales hablan de esa manera ¿ qué nos toca á nosotros, y más si nos dirigiéramos sólo á pueblos incipientes como los latino-americanos, algunos de los cuales, sin embargo, tan adelante han ido en la intolerancia é impiedad? Exponer la doctrina de la razón y de la Iglesia.

! Nos dicen una y otra que la enseñanza religiosa (ó educación más propiamente hablando) es de necesidad social y obligación del hombre en el as-

(1) Moulart. — La Iglesia y el Estado, págs. 468, 469. Edición de Lethelleux. 1887.

pecto en que se le considere; y á esto añade el catolicismo que su enseñanza no es forzosa; y que donde hay disidentes, él predica; y lo demás deja á Dios. «Yo planté, Apolo regó; mas el fruto dió Dios», decía el Apóstol de las gentes.

Como la materia es de tanta importancia, permítasenos llamar en su apoyo al mismo sabio canónigo Maulart, tan católico y moderno en sus doctrinas, que, al citarlas nosotros en la Universidad Central, fuimos tratados de *liberales*, porque entonces predominaba el sabio, pero un tanto reaccionario y no tan tomista como se asegura, Muy Rdo. P. Jesuíta Taparelli.

(1) «El Estado, por consiguiente, no tiene la misión, ni el poder, ni las aptitudes necesarias para organizar por sí solo la educación completa de la infancia y la juventud de uno y otro sexo. La enseñanza es materia que debe reglamentarse amigablemente; y objeto en el cual las relaciones de la Iglesia y el Estado deben determinarse en Concordatos que tengan por base los principios que hemos sentado. Donde reina la unidad religiosa y la armonía entre los dos poderes; ó lo que es lo mismo, en los Estados católicos, la necesidad de un acuerdo, resulta de un principio fundamental de la Constitución. Pero aún bajo el regimen de la separación y de la libertad de cultos el *entente* es necesario; porque, por una parte, la Iglesia puede exigir que el Estado no le ponga trabas en el ejercicio de los derechos que ella tiene sobre los fieles; y, por otra, los súbditos pueden exigirle que respete su libertad religiosa y organice la en-

(1) Maulart. — Obra y edición precitadas, págs. 471, 472.

enseñanza pública de modo que se halle de acuerdo con sus creencias y no invada el foro interno ó conciencia de los asociados. Para conciliar todos estos derechos é intereses, he aquí las bases en que el *entente* (1) se podrá apoyar.

« Dar la más grande extensión á la libertad de enseñanza; esta libertad es consecuencia, ó, si se quiere, una de las formas ó modos de la libertad de cultos. El Estado ha de intervenir sólo cuando los establecimientos libres faltan y él debe encarrillarlos. Sin embargo, como ya lo hemos dicho, la libertad debe contenerse en la moral pública ».

« 2.º En la organización de establecimientos públicos ú oficiales de enseñanza primaria, es conveniente, en Religión, consultar las necesidades y sentimientos del pueblo; establecer escuelas propiamente *confesionales*, cuando esto es posible y cuando el número de disidentes lo permite. Pero si, como en Bélgica, una inmensa mayoría de los habitantes pertenece á una sola comunión religiosa, es preciso arreglar con los padres de familia disidentes lo que se ha de hacer con sus hijos. »

« En este caso la Religión debe formar parte integrante del programa de estudios y debe ser enseñada bajo la dirección de los Ministros del Culto al cual pertenece la escuela y con las garantías y condiciones estipuladas de común acuerdo. »

¿ A cuál de los liberales-radicales del Ecuador le parece esto no puesto en razón? ¿Cuál de ellos quiere que su hijo termine por nihilista y su hija en un garito? Y lo dicho, más ó menos, es el fin

(1) Esta palabra no ha sido admitida por la Academia Española, pero nosotros la usamos por ser ya del lenguaje diplomático.

de la infancia, niñez y juventud educadas sin religión.

¿Habrá en el Ecuador, padre ó madre de familia inferiores á la madre que se presentó ante Salomón á reclamar á su hijo contra la que alegaba los mismos derechos que ella? No lo tememos. Nadie quiere, pues, dividir á su hijo; ó, mejor, quitarle el alma inmortal, y darle un espíritu como de cerrovo, marrano ó hiena; que á esto equivale el desterrar á Dios de las Escuelas.

CAPÍTULO VII

Cuatro palabras sobre la enseñanza neutra

Hace poco vimos á una mujer que cabalgaba á horcajadas; y nos pareció más simpática, que lo que fuera un compás á caballo. Otra se puso en un tranvía de parte de un médico que deseaba que, faltando á los deberes de cortesía para con todos, y más para con señoras, en un viaje, le probáramos que no debía ser *enemigo personal de Cristo N. S.* También nos pareció muy simpática. Pero otros habrá más simpáticos que éstos. Mal decimos habrá, pues hubo para nosotros; y era una honrada madre que se santiguaba á ratos, y *era desgraciada como nadie, pues no podía tener fe.* ¡Qué simpática nos era con sus pedanterías y todo! Pero habrá otras superiores y serán las Preceptoras Neutras. Dejémoslas como á seres raros y que no podrán hacer gran mal, porque á cada rato caerán

en la contradicción de Gambeta cuando, en gran arrebatado oratorio, dijo: «Yo, gracias á Dios, no creo en Dios.» Si existen, dejémoslas como á esos seres contrahechos que, siendo vertebrados, tienen la cabeza junto al vientre.

Los textos neutros ¿dónde existirán? ¿Dónde existirá una sola ciencia separada de todas las demás? ¿Dónde existirá una escuela sin reglamento, un reglamento sin moral, una moral que subsista separada de la verdadera Religión si no es por razón *de Estado* ó conveniencias particulares?

Roberto Peel, cita una memoria de un Comité de escuelas de Boston, en el cual se aseguraba que en vano se había buscado un *texto neutro*; y que cosa tan trascendental en las escuelas, provenía de la falta de educación moral.

«Con todo, dice Dechamps, si se descubriese ese libro ¿se podría hallar un maestro neutro, sin convicciones religiosas, ó siquiera filosóficas, ó que jamás las experimentara en su vida?»

«Este maestro tendría opiniones, convicciones, inteligencia, alma; y cuanto más activa fuese su inteligencia, y más expansiva su alma, más se derramaría sobre los alumnos de su escuela. Y si esto es así ¿qué haría para resistir á la sugestión de sus alumnos y para evitar que en las palabras que pronuncien no reflejen sus ideas; porque su mirada carezca de expresión, su enseñanza de colorido, de rumbo, de sentido? Este maestro neutro y mecánico sería un hipócrita, un idiota, etc., etc.»

Terminemos este capítulo con una reflexión amarga cuanto verdadera.

La Religión que es lo primero para el hombre, es, por desgracia, lo último en la vida práctica. Y

á esto llevan, en gran parte, los adelantos del lujo y comodidades que en la vida moderna corren parejas con la penuria de los tesoros públicos y particulares.

De ahí, pues, y de la persecución á la enseñanza religiosa, el que las escuelas sean hoy lo que el Palacio de Dioclesiano y las legiones de Juliano repletas de paganos en la apariencia, de cristianos en el alma. Dése libertad de enseñanza religiosa, y ya se verá cuántos y cuáles son los maestros y profesores neutros de convicción.

CAPÍTULO VIII

De otras clases de intolerancias en las Escuelas Primarias

Del Estado hemos descendido al hogar, que por lo mismo que es reducido, es un infierno sino lo gobierna la caridad. La mujer sin caridad es nada. ¿Qué fué del género humano por Eva? Pues eso y no otra cosa es el mundo por el hogar, si no domina en él la caridad. Y ¡qué triste es decirlo! hasta el mundo pagano reconoció que *el niño es sagrado* (1); y el mundo cristiano le contamina con la sangre y con el ejemplo. Ello es cierto que las pasiones se trasmiten, y que, aunque el hombre es libre, no es común que se sobreponga á los prejuicios,

(1) Magna debetur fuero reverencia: Juvenal.

odios y aborrecimientos de familia, de patria, y mucho más de Religión.

Allá se dijo que los hombres hacen las leyes, y las mujeres las costumbres; y nosotros, tras larga experiencia y meditación, decimos: «Los que hacen las leyes no las hacen para sus hijos si ellas no emanan de la Religión y el convencimiento político.» Pero basta de generalidades, y entremos en lo concreto. La madre cree que su hijo es en realidad lo que es para su corazón (ya nos dijo Schiller que el corazón es el tribunal de la mujer); creé eso, decimos, la madre; y ¡ay! del maestro ó maestra que la contradigan!....

Nosotros hemos perdido alumnos por haber mandado recados escritos que el niño ó niña habían dejado algo que desear en el mes ó la semana. ¡Y los premios!... En Establecimientos como el nuestro, lo costea todo el Director. Y de sus sacrificios reporta la enemistad de los padres de familia y madres cuyos hijos no fueron premiados como ellos deseaban.

¡Y las rivalidades de familia y las etiquetas de una familia con otra! Dice Lamartine que «no hay hombres más soberbios que los que salieron de la nada». Si hay, pues, una Escuela ó Colegio que dizque son de nobles, á ellos ha de ir el hijo del carbonero, porque es muy noble. ¿Se nos tiene por muy exagerados? Escúchesenos. Cierta radical de *pura sangre* tuvo no sé qué con una pobre mujer. La niñita de ésta, á cuyo padre conocíamos, debía salir de nuestro plantel, ó el radical sacaba á sus hijos, por los cuales jamás pagó un centavo. Salió la pobre niñita por vicisitudes de la madre, y el radical-liberal, escritor y otras hierbas, sacó

también á su niño, por cierto cuando ya halló colegio más noble y quien le dé caridad para él, pero antes nos sacó, de caridad forzada, por cierto, los libros que aún no habíamos pagado en la República Argentina. Y no agregamos más al respecto, porque figurará en otra obra.

Concluyamos el capítulo que nos ocupa, con ejemplo tomado de la Francia. Es relativo á método de enseñanza que se oponía á uno que jamás debe desaparecer ni en naciones que posean caudales para despilfarrar en preceptores y preceptoras para cada ramo, contra la economía, experiencia y razón.

Nos referimos á la Francia, cuando en ella se quiso dar en tierra con el sistema de enseñanza mutua, que en el Ecuador ha sido practicado en Escuelas, Colegios y tal vez hasta Universidades de los tiempos más católicos. Vinieron los *ignorantinos*, ó hermanos cristianos, quienes aún por propagar su congregación tenían preceptores para todo. Esto se oponía al sistema (ó método lancasteriano de enseñanza mutua); y el asunto se volvió de Estado. Y antes de seguir adelante y entre paréntesis, decidnos señores exministros de Instrucción Pública desde los tiempos del señor García Moreno ¿cuál os preocupasteis cual debíais, de un sistema ó método de enseñanza como la Francia que nos ocupa? Traer extranjeros (no nos referimos á los de Chile y otros que valgan como éstos) que en su patria tal vez valdrían algo; y entregarles toda sin responsabilidad ninguna (¿y, para qué?), etc., etc.: he ahí, por lo general, la labor de los señores Ministros de Estado conservadores, ultras, liberales, radicales; lo que se quiera, en fin.

Hablábamos de la enseñanza mutua ó lancasteriana. La introdujeron damas de gran talla y políticos de los primeros de Francia; y sus opositores la convirtieron en asunto de Estado; al extremo de que Royer Callar *descendió al fondo de las cosas*, y preguntó *involuntariamente si hay dos especies humanas*. ¿Por qué tal pregunta? Por un método usado aquí, en el católico Ecuador, y de los tiempos del señor García Moreno, por los RR. PP. Jesuítas; y que en la Francia de entonces, se tachó de extranjero y de anticatólico.

¿Y se quiere ejemplos más concluyentes de la intransigencia ú odio á la niñez de parte de los que más la debían amar, que son los que le dieron el sér?

Acaso no es auténtico ó no ha sido bien relatado el caso de Diógenes y Alejandro el Grande; pero hace á nuestro propósito. Para los padres de familia, es mejor que sus hijos se revuelquen en el fango y aprendan como en aldea, antes que deponer ellos sus preocupaciones, enemistades, odios y vanidades cebadas por el ignorante é interesado en el asunto.

Estábamos de visita en cierta casa por el año nuevo, y entró cierta persona á ella; supo que un pariente de la casa había enfermado con *la grippe*; y se puso en pie y dijo: « todos nos hemos puesto en oración al saberlo ». Y lo sabía recién. No decimos si fué regular ó secular el protagonista. Llamamos la atención sólo sobre los medios de dañar á la infancia y la niñez, por la ignorancia y la vanidad de los padres de familia.

CAPITULO IX

De la Educación en la Escuela Primaria

Pero volvamos á la esencia de la Escuela Primaria, de la cual, hasta cierto punto, nos hemos separado por lo trascendental que son las materias que últimamente nos han ocupado.

De moral ¿á qué vamos á hablar si ésta es consecuencia de la educación religiosa; y, cuando la última es errada, aquélla, al fin y la postre, se tornará, si no ridícula, nugatoria?

Además: la moral ¿quién debe enseñar más que la familia, con el ejemplo; y el Estado con las leyes? Pero, si la educación moral es consecuencia de la religiosa; y si ésta es esencial á la escuela primaria; aquélla lo es también; porque, como hemos dicho muchas veces: Estado, familia, escuela, forman al hombre y la mujer perfectos en cuanto es compatible con la humanidad caída.

Y la Higiene ¿quién la debe enseñar? ¿El Maestro ha de meterse en el lecho conyugal, en la despensa, en el cuarto de los domésticos, etc., etc....? ¿No sería esto invadir lo más sagrado después del templo, y *abrir los ojos* á la infancia y la niñez? ¿El Maestro se ha de andar cuidando de la *Higiene Pública* y desautorizando al policial y Comisario; y en la persona de ellos, á las autoridades superiores? En la escuela estaría en tales casos la destrucción del hogar, el anarquismo contra el Estado.

¿Es esto sutileza? ¿Es esto Metafísica y no experiencia? ¿Es esto otra cosa que pedir que el hogar apoye á la escuela; y al uno y á la otra el Estado? ¿Y la Urbanidad? ¿Y hasta el idioma nativo?

Al animal montaraz, para hacerle casero, se le sacude el polvo y hasta se le hace olvidar del alimento que usó; ¿y al niño ó niña de gente noble y sin higiene ni urbanidad le hemos de amoldar á lo que exijan esas ciencias? Parece que eso, antes de edificar, sería destruir ¡y por medio del infante y del niño!

Y vaya aquí la experiencia, que ¡ay! tanto nos ha costado! Un infante decía á su mamá: ¿Por qué hablas así fulanita? Y esto era poco. A un niño noble le dijimos: «no pronuncie así, hijito, y persistió; vino la reprensión; y persistió.» Y al fin nos dijo: «mi papá y mi mamá me han dicho que conserve el dejo de familia». Eran otras las palabras, como se comprenderá, pero el sentido era el expuesto. Y en ésta y otras cosas análogas se trataba con niños de familias distinguidas.

¿Qué diremos, pues, de la *Educación en el Kindergarten y la Escuela*?

Nada valdrá esta obrilla, nada nuestro Kindergarten, pero ¿en qué pueblo del mundo, que nosotros sepamos, se ha descendido á enseñar sistemáticamente, y como *lecciones de cosas*, los provincialismos del idioma patrio ó provincial? Parece, pues, tenemos derecho á asegurar que es cambiar la esencia de la Escuela Primaria, el exigir solamente de ella la educación en Moral, Higiene y Urbanidad, una vez que cuanto hemos hecho, apenas si ha mejorado á nuestros alumnos por las razones expuestas. Y hablábamos mal, pues nos referíamos

á los nobles cuando la Escuela Primaria debe ser para todos, si nos atenemos á la Biblia y la razón procedente de ella. ¿Quién debe mejorar el Hogar pidiendo antes ayuda al Estado, sino el Municipio? Replíquenos. Entre tanto nosotros diremos, la educación Moral, la Higiene y la Urbanidad son obra del Hogar, del Municipio, del Estado; y en último caso, y sólo para confirmar las enseñanzas de éstos, es de la Escuela Primaria.

CAPÍTULO X

Del desarrollo en la Escuela Primaria

¡ Qué materia la que aquí vamos á tratar! Es la del día; y en el día no se practica tal vez como en otros tiempos, á los cuales se tacha de bárbaros. Pero comencemos por donde debemos.

¿ La educación física ó desarrollo, es de esencia de la Escuela Primaria? Creemos que es necesario distinguir la condición social, los tiempos y costumbres. Vamos á probarlo.

Hemos hablado de la condición social. Esta puede ser la del esclavo de otros tiempos, del pobre de solemnidad del Japón, del hombre de color de los Estados Unidos; y, (para no hablar de la India Oriental, etc.) del pobre que ha de vivir con el sudor de su frente.

La mujer, según la Sagrada Biblia, fué condenada á parir hijos con dolor, y el hombre á vivir

de su trabajo. Partamos, ante todo, de los precedentes que hemos enumerado.

¿El esclavo, el pobre de solemnidad, el hombre que ha de vivir del sudor de su frente, necesitan de gran educación física si por ésta hemos de tomar la Calisténica y gimnástica? A nosotros nos parece que no. Porque, en efecto, ¿qué objeto persigue la educación física? El desarrollo. ¿Y no se desarrolla el cuerpo por medio del trabajo y del sudor de la frente?

Y si el alumno es rico, noble, ¿necesita de la educación física? Es el que más necesita. La delicadeza con que en su casa se le trata, las comodidades y molicie de que se le rodea, enervan su naturaleza; y mañana las mismas riquezas podrán agotarla, ¿y no necesitará de desarrollo? Es claro que sí.

Nosotros teníamos un alumno muy rico y que lucía ropa conforme con su riqueza. Y como en nuestros establecimientos juegan los alumnos á sus anchas, la tutora le sacó porque alguna vez se le manchaba la ropa. El muchacho de suyo era robusto y el trato de su casa le iba debilitando. Y entre paréntesis, se cuidaba la ropa ¿lo demás? Baste decir que era de lo más díscolo ¡y en tan tierna edad!

¿Y la mujer? También se ha de distinguir por la condición como el hombre; y á ella hemos de añadir lo que exige su sexo, y hechas estas distinciones, responderíamos sobre la educación física de la misma. Pero precisemos la materia.

¿A qué se reduce la educación física? Si es á la limpieza ó higiene, el hogar es el primer factor; el segundo el Estado ó Municipio, y viene, por fin,

la Escuela, como hemos dicho. Si lo principal son los ejercicios preparatorios para la milicia, éstos tocan á todos los varones ; y en los plebeyos pueden ser suplidos por el trabajo. En resolución : la educación física, tan de moda hoy, necesita reglamentación como las Escuelas.

Por otra parte, ¿educación física será sólo el desarrollo material y la fuerza proveniente de él? Creemos que se puede contestar afirmativamente, pero con explicación algo detenida. Vamos á probarlo.

Hay un principio admitido por todos en Pedagogía, y es : « *Mens sana in corpore sano* ». Nosotros diríamos : « *Mens sana et acuta in corpore sano et exercito* ».

Veamos si nos hallamos en lo justo. Estamos más allá de convencidos, por experiencia, de que el desarrollo físico da hombres hercúleos de cuerpo, pigmeos de alma. Y vamos á probarlo. La educación viene en edad de vigor, y en la cual, comunemente hablando, sólo el raquíico en lo material, ó el que de todo en todo se sacrifica en aras de la ciencia, pierden la salud por las tareas intelectuales ó de instrucción ; sobre todo en la época contemporánea, pues que, en gran parte, pasaron los tiempos del recargo intelectual. Y si esto es así, como lo es, ¿no podremos concluir que, al mismo tiempo que desarrollamos el cuerpo, debemos educar con vigor y precisión relativa á cada uno de los sentidos? Este segundo desarrollo será físico-intelectual ; y, como toda operación en la cual tenga gran parte el alma, debilitará un tanto el ser físico general, y perfeccionará el especial en que se ocupa. Esto, en tesis general, nadie nos

puede negar. Descendamos á lo particular; y esto sólo confirmará nuestra aserción:

El más material de los sentidos es el tacto. Busquemos ahora un sér que pueda sentirlo todo. ¿No será el tipo del nervioso? ¿Y los nervios se desarrollan en cuanto han de servir al alma cuando el cuerpo en que existen es el de un labriego, por ejemplo? Sería locura afirmarlo.

Y hemos comenzado por el sentido más material, y que, á pesar de serlo así, es altamente espiritual, por lo mismo que es común. Vamos al del gusto. Tomemos al romano del tiempo de los Césares. ¿A qué medios no acudió para dar gusto al paladar? ¿Y era, por casualidad, alguno de ellos un general ó uno de los soldados que aun sostenían un imperio que tocaba ya al ocaso? Nosotros hablamos de la Roma donde se gozaba de los triunfos y sus espléndidos y sibaríticos resultados y de las capitales donde hasta envenenamientos de reinas vencidas y vencedoras presenciaba el que, en verdad, se educó físicamente y desarrolló y endureció su cuerpo en la milicia que debía ser su tumba y el pedestal de estatuas, columnas y arcos de triunfo que abundaron allí donde, con César, terminó la verdadera grandeza de imperio hasta hoy incomparable, aunque en los mares, sólo por el dominio en ellos, haya uno que se le acerque en *poderío* y que le sobrepuje en extensión. De lo acaecido en la Roma que nos ocupa, se deduce que no se puede hablar, en general, de educación física, porque esa aserción, antes que á la perfección de todo el sér humano, podía llevarnos, por ejemplo, al sibirismo, que es la tumba del alma en el aspecto en que se la tome.

El olfato debe educarse y usar con gran mesura, porque, por una parte, su desarrollo es necesario para evitar siniestros de graves consecuencias, como un envenenamiento; y por otra, su excesivo uso puede aun acarrear perturbaciones mortales.

Señora notable conocimos nosotros que vivió cosa de ocho años en el más completo idiotismo; y murió peor que una bestia, á consecuencia, en gran parte, del abuso de las esencias aromáticas que usa especialmente el bello sexo. Su familia, ella y su esposo, eran de familias honorables; todos eran no de los que inventaron la pólvora; y alguno, el más notable, adoleció de *infalilismo*; pero ¿esto era para tan terrible fin de esposa honorable y de virtud?

Véase, pues, el gran tino con que se debe ir en punto á *educación física*, si lo que se haga por ella ha de aprovechar al sér humano, y no sólo á una parte de él. Y añadamos cuatro palabras al respecto del olfato. Un carnicero, sin educación ninguna, y cuando más vigorosa se halla su naturaleza física, percibe la presa hasta diez, quince y más kilómetros; y el hombre cuando más débil está su cuerpo por el predominio de los nervios, es como la señorita de la cual hemos hablado en el «Manual del Kindergarten», con ocasión del olfato.

La vista es sentido más espiritual que los antedichos (y corregimos lo dicho en otras obras), también el más material de todos. ¿Porque si lo último no es así, por qué el diluvio de desnudos de la mujer (pocos del hombre) que inunda el mundo siempre con la igualdad y monotonía de la lluvia ó

el granizo, en comprobación de que *los sentidos no se sacían* (1) y siempre ven lo mismo?

La vista es el sentido que más puede embrutecer ó elevar al hombre al par de los ángeles.

De lo primero ¿á qué hablar más? Respecto de lo segundo, escúchenos un momento. ¿Qué es un jardín? ¿Qué es el cielo estrellado? En el primero el hombre espiritual mira un tallito no bien rodri-gonado; y descubre la hierba mala en simiente, en hojita diminuta. ¿Y en el cielo? ¡Ah en el cielo! Díganlo astrónomos que nos arrancaron lágrimas, si de ellos quisiéramos hablar aunque hayan sido disidentes en materia de Religión! Díganlo ellos. Dígalo Flammarión, hombre de quien nadie puede prescindir, *porque es sabio que ha hecho literatura popular* de la más abstrusa de las ciencias naturales: dígalo, decimos, él si vé los *desnudos* cuando nos habla de los habitantes de Marte.

Nos hallamos en mundo enteramente pagano; pero á Flammarión sí le diríamos si nosotros fuésemos el Sumo Sacerdote de Israel, lo que éste dijo á David que pedía alimentarse del pan sagrado: *¿te has acercado á mujer?* El ojo que vé la tierra no vé el cielo. Pero acaso estamos divagando. El ojo humano si se ha de robustecer ha de seleccionar en la tierra y mirar de continuo al cielo. ¿Qué importaría para el pueblo más infeliz *un telescopio* de curiosos? ¿Qué un almanaque de Brístol y otras cosas? ¿Qué, en último caso, un binóculo ó catálogos que eleven y no degraden la vista, como hemos dicho, hacen los *desnudos modernos*? ¿Y los

(1) Kempis. — Imitación de Cristo.

estereoscopios. en qué escuela de aldea podían faltar?

En toda ciencia y arte que necesitan de un órgano corporal se emplea mucho tiempo en ejercitar éste, por la falta de educación física bien dirigida en la Escuela primaria.

Pasemos al oído. Es sin duda el más espiritual de los sentidos, y en estado de debilidad nerviosa, crece en agudeza más allá de lo que se pudiera imaginar.

Para no repetir aquí lo dicho en el « Manual del Kindergarten », diremos sólo que el comercio con los seres superiores al hombre se realiza, por lo general, en la noche, en estado de aislamiento casi absoluto; y cuando, por lo mismo, reposan los demás sentidos. Como se sabe, el comercio con seres superiores, son el ocultismo, etc.; y el de la revelación católica. Respecto de ésta, observa el Angel de las Escuelas, lo que hemos dicho ya. ¿Y el hipnotismo no se practica en estado de aislamiento profundo?

Y prescindamos del hombre ¿cómo y en qué hora se enseña cantos á las aves cantoras, y palabras y frases á loros y otras aves de la familia de las prensoras?

Se deduce de lo dicho y de estudios *psíquicos* que aquí no mentaremos: 1.º, que el oído es el más espiritual de los sentidos; 2.º, que uno es el desarrollo físico animal, y otro el que ha de servir para la vida humana, ó del hombre, en cuanto es ser superior á los animales; 3.º, que se debe desarrollar el cuerpo en cuanto ha de servir al alma, y, por medio de ella, conservarse como superior al de los brutos; 4.º, que toda educación física que

se separe de estos principios asemejaría al hombre, al oso y mono de los gitanos, sino á las serpientes de los domadores de las mismas.

Concluyamos diciendo que ni el gran Balmes llegó al adelanto en que hoy se hallan las ciencias que tratan del hombre físico en armonía con el alma que le anima, porque no columbró la educación de hoy.

El dijo, más ó menos, que el tren en otros tiempos se habría atribuído á magia. Pues lo mismo podemos decir nosotros de los últimos adelantos de la Fisiología y Psicología, sin los cuales no hay educación é instrucción verdaderas.

¿La distinción de los colores por medio del tacto la admitió ese gran sabio español? Lo mismo diríamos de otros y otros puntos que hoy son lo que el telégrafo sin hilos y otras y otras maravillas de la ciencia con las cuales tiene que transformarse la educación é instrucción públicas.

CAPÍTULO XI

(Continuación)

La educación física tocada en el capítulo anterior es la que podemos llamar físico espiritual, necesaria á todo sér humano en su línea.

De la que se resume en el aforismo *mens sana in corpore sano*, hablaremos aquí lo muy principal, porque de esta materia trataremos como ella merece al hablar históricamente de la Escuela Primaria. Es tan interesante, que es mejor tratarla como

hemos dicho, para quien la escriba no inspirado como el materialista Goelh por el Júpiter que tenía al pie de su lecho; el cual, más que Rey de los dioses, era Hércules ó Teseo.

¿Estamos equivocados al calificar así á ese dios? Puede ser, pero dígasenos, ¿cuáles fueron los trabajos de Hércules, quien aún fué libertador de Teseo? Triunfar de albañales, de aves y fieras, si no mienten la fábula y el tiempo heroico de los griegos. ¿Y ahora necesitamos de esos trabajos, sean fabulosos ó no? ¿Necesitamos de esos caballeros del medio evo? ¿Necesitamos siquiera de la cota de malla, cuando, como observa Cantú, igualó la pólvora al gigante con un hombre pigmeo, como diríamos nosotros refiriéndonos á los japoneses? ¿De dónde pedía *luz, más luz* Goeth al morir? ¿Del Júpiter que hemos dicho ó de la Venus del día, más desenvuelta que la prostituta del Olimpo?

Nosotros, como hemos dicho, queremos con todos una *mens sana in corpore sano*; y para esto lo principal en la Escuela Primaria son el edificio y su ubicación y el horario y reglamento, que son el alma de un plante¹, como observa Vecchia. La educación medioeval y aristotélica, como la atmósfera que en estos tiempos se respiraba, era recargada y lo es aún en los establecimientos que nos sacudieron el polvo de esas sus clases (1).

Algunos de los modernos — los alemanes por ejemplo — aun del recreo hacen hora de instrucción, mas no sabemos si por aristotélicos ú otras razones. Otros, por el contrario, pretenden alejar de la Escuela Primaria hasta la disciplina, porque

(1) No se nos tache de inconsecuentes. La Higiene etc., de la Edad Media no se oponían á la enseñanza recargada y gneomotécnica.

leyeron á Tolstoy y otros grandes soñadores; pero consultada la armonía del alma y el cuerpo, ó, consultada la perfección del compuesto humano, ¿qué se debe hacer?

Creemos que lo primero es distribuir horarios y programas de conformidad con el lugar y la naturaleza física de los que lo habitan; con las estaciones que reinen en aquél y con las necesidades generales; y, en ciertas circunstancias, hasta con la época, la cual en los pueblos es, cuando menos, de lustros.

La alegría, tan necesaria para la salud y el desarrollo físico, viene, en gran parte, en un plantel de la atinada distribución de las ocupaciones. Jamás la enseñanza de una ciencia ha de pasar de una hora; y de dos el trabajo intelectual por variado que sea.

Si á esto se añade la amplitud é higiene de la escuela, el ejercicio físico y los castigos, usados con gran medida y delicadeza, ¿no contribuirá eficazmente la escuela al desarrollo físico, como contribuye eficazmente al desenvolvimiento intelectual?

Ahora se disputa sobre los ejercicios físicos que convengan á la niñez, y parece que algunos — la mayoría quizá — se deciden por la educación física sin aparatos. Nosotros no estamos por esta opinión, aunque sí condenamos los ejercicios de ascensión y descenso, y, especialmente, los de suspensión.

La marcha y formación militares, el salto moderado, las perchas, las masas, palanquetas, etc., con cantos, ¿no son de lo mejor para el desarrollo del alumno?

Y terminaremos este capítulo dejando para los de la Escuela, históricamente considerada, el hablar de la edificación y distribución de la Escuela.

CAPITULO XII

**De la Escuela Primaria
en los principales pueblos de Oriente**

Nosotros creemos que de estos pueblos apenas podemos decir generalidades más ó menos probables, pero siempre generalidades relativamente al tema de esta obra. ¿Por qué? Porque en ellos lo principal, que es su gobierno, recién está porque quedar por verdaderamente histórico. Con todo, comencemos por el Egipto, netamente tal, diciendo antes que su civilización debió al pueblo hebreo, si no hemos de hablar de esfinges y pirámides y siglos mil de existencia, etc. — Es sabido que lo que es el padre son los hijos en lo bueno, porque siempre los ama; y porque, en lo malo, el ejemplo trasciende á éstos; por cierto hablando en general siempre.

El egipcio era supersticioso, sabía leer y escribir, según sus métodos y sistemas; tomó mucho del pueblo hebreo en su época ya en verdad histórica; pues sus niños, tengan ó no Escuelas, debieron saber leer y escribir, según los sistemas usados en el pueblo; serían supersticiosos, admirarían al Nilo y las esfinges, etc., etc.; y después aprenderían algo de lo que deslumbró á sus padres en el pueblo hebreo; y que se lo apropiaron, y que, con mil ceremonias, declararon, en parte, á la Grecia.

La ciencia era sacerdotal, la educación primaria, en gran parte, también debió serlo. Pero respetemos que todo eso no pasa de generalidades que apenas hacen al caso si se trata de la Escuela Primaria cual nosotros la consideramos; y en la cual muy poco se comunicaría al pueblo. Los hebreos leían y escribían y eran el pueblo de Jehová, y su régimen, si en tiempo de los jueces, si en el de los Reyes, fué esencialmente teocrático. En el desierto ¿podía haber más Escuela que el hogar y el templo? Después el pueblo hebreo siguió siendo de Dios y siendo guerrero; y de ahí, tal vez, y de su naturaleza las máximas de Salomón que á tantas discusiones ha dado lugar; y más cuando se quiere olvidar que el hombre es desterrado y que su vida es milicia sobre la tierra. Esas máximas se reducen á una, á la cual no sabemos si puede poner tacha la Pedagogía moderna, pues equivale á la de que *al arbolito desde tierno se le ha de enderezar*. Dice la sabiduría: «Si tienes hijos, instrúyelos bien; acostúmbrales al yugo del deber desde la edad más tierna. Del mismo modo que el caballo no acostumbrado al freno se vuelve indómito, así el infante abandonado á sí propio se torna ingobernable».

Este pasaje, que no puede ser más filosófico, demuestra concluyentemente que el pueblo hebreo se preocupaba de la educación de sus hijos, tal vez como el más adelantado de la época moderna.

«Si la sabiduría, dice Fenelón, recomienda á los padres tengan siempre el látigo sobre sus hijos; si dice que el padre que juega con sus hijos llorará luego, no es porque condene una educación dulce y paciente, sino porque no transige con los padres ligeros y débiles que dan pábulo á las pasiones de

sus hijos, y que sólo quieren gozar con las gracias infantiles y les sufren toda clase de desmanes ».

« De esto se ha de concluir solamente que los padres deben siempre conservar su autoridad para la corrección, porque hay índoles que es preciso enderezar por medio del terror, lo cual no se hará sino cuando no quede otro remedio ».

El pueblo debía ser inconstante en el sistema de educación como lo era en el servicio de Dios, y participaría de los pueblos á los cuales dominaba, ó de los cuales era dominado; y, por fin, cuando ya fué colonia romana, entraría, en gran parte, en la civilización pagana, pues que ya su fe se hallaba amortiguada; y ya, por lo mismo, la Escuela no se encerraría en el hogar para salvar las tradiciones y religión propias.

Los mártires son de los tiempos heroicos, y los del coloniaje judío no eran tales. Ya no había (para concretarnos á la niñez) los tres niños que anduvieron cantando himnos en un horno ardiente, ya no había los niños macabros que se dejan degollar en presencia de la madre. Había solamente los grandes favorecidos por los Césares y sus hijos, que, á la sombra aquéllos, se educaban en la Metrópoli más corrompida del mundo de entonces.

CAPÍTULO XIII

Educación de la mujer judía y ateniense La Santísima Virgen

La educación de la mujer en el pueblo hebreo era, ¡quién lo había de creer!, como la de la mujer ateniense. A la mujer hebrea han estudiado los mejores ingenios católicos en las Parábolas de Salomón; y esta mujer, con las diferencias que exigían la religión verdadera y la mitológica, era como la ateniense; ó era mujer verdadera; y no el mari-macho en que deliran los tiempos modernos, ó híbrido conjunto de hombre y mujer, peor aún que la sirena cuyos encantamientos tan preocupados traían á los antiguos (1).

Respecto de la mujer hebrea no queremos hablar aquí, ya porque nos referimos á nuestro opúsculo bíblico *El Libro de la Mujer*, y ya porque al mundo moderno es más eficaz hablarle con Grecia y sus grandes, que con Moisés y el pueblo hebreo. Recordemos, pues, á la mujer del timbre incomparable de su sexo, María Santísima. El Dios que, con la inmensidad de los mundos creados por Él, deja al astrónomo desfallecido bajo el telescopio, y con los ojos nublados por el llanto que arranca lo infi-

(1) Bien conocido es ya el pez (ó foca) que dió lugar á la fábula de la sirena. Una se tomó hace algunos años, en el mar de California.

nito; el Dios que hizo prorrumpir á Herschel que el astrónomo que no ama la virtud es un loco; el Dios que con *fiat* que inmortal retórico pagano, calificó de lo más sublime que conocía él, creó el Universo; el Dios que con otro *fiat* puede destruir toda su obra y echar á la vida, á la luz y al movimiento armónico que admiró á Pitágoras, á mil y mil otros mundos superiores á los nuestros; ese Dios no puede criar un sér igual á María Santísima. ¡ Ah, María Santísima! La mujer que de tres años sirvió en el templo; la que prefirió su virginidad á la dignidad de Madre de Dios; la que dió á luz á su Hijo en lugar destinado al arriero que no había podido arribar á la ciudad; la que todo lo santo, todo lo infinito lo guardaba en su corazón; la que asistió al martirio de su divino Hijo sin musitar ni balbucir una sola palabra; la que vivió y murió oculta; la que se viste del Sol; la que está coronada por las estrellas más puras; la que tiene á sus plantas al astro amigo del triste; la que se levanta con la estrella de la mañana para consolar al que no pudo reposar en su lecho; la que luce en el Cielo, al cual elevan sus ojos los que sufrieron en el día; la mujer timbre incomparable de la doncella y amparo de la madre y de la viuda; la que vale más que la creación y mil creaciones si otras tantas se verificaran; la mujer que Dios mismo no puede repetir con toda su omnipotencia; esa mujer, en fin, incomparable, es la que nosotros, guiados por la Sagrada Biblia, por la razón y la Historia, deseamos sea el modelo de sexo al cual recordamos que el hombre no es feliz sino en cuanto posee y ama, sin temor de ser desposeído, lo que su inteligencia reconoció como verdadero, como bueno, como

bello (1); ó, en otros términos, que la felicidad no consiste en conocer, sino en amar y poseer y que se ama con el corazón, que en ella constituye el sér más íntimo y elevado.

CAPITULO XIV

De la educación rabínica

Después de Tito, el Emperador *delicias de la humanidad*, que destruyó á Jerusalén, ningún Emperador romano, persiguió á los judíos como Adriano, quien acuchilló á quinientos mil y vendió en Manbré, donde se feriabán animales, á los que sobrevivieron al degüello, el hambre y las pestes. Y no paró aquí, sino que reconstituyó á Jerusalén con el nombre de Elia Capitolina; y en el portón de la ciudad, colocó la estatua de un *cerdo*, aunque inmundo para los judíos; á fin de alejarlos para siempre del teatro en donde pusieron en su frente signo peor que el de Caín; puesto que era el signo de los deicidas, hombres que, aun volcado el mundo, no se repetirían en él.

En tales circunstancias, ¿qué cumplía á los sabios del pueblo hebreo? Estudiar las causas de la destrucción; mas, lejos de ello, y como el que ahonda en tierra en que no existe el tesoro á que aspira, y que le matará por asfixia ó infección, crearon el

(1) Por la idea se nos perdonará la cadencia semejante de los retóricos antiguos.

Talmud, en el cual niegan á Jesucristo y tratan de convencer al pueblo de la perpetuidad de la Religión que no era sino preámbulo para la que debía durar hasta la consumación de los siglos. Y ¿á qué ocuparnos en los trabajos de la reacción rabínica que, aun prescindiendo de que el pueblo al cual representaba era deicida, era siempre *reacción*; ó *revolución*, que, en último análisis, allá se van á dar?

Conocemos los dos Talmudes, el uno comenzado bajo el imperio de Adriano; y el de Babilonia redactado doscientos años después de aquél. Conocemos la *misma* ó segunda ley de cada uno; y la *gémara*, ó complemento de la misma, ¿qué podemos deducir de todo sino que el *judaísmo* es peor que el protestantismo, sobre el cual no cae la nota de deicida que sobre el primero?

Rectificando, pues, los conceptos que Compayre atribuye á Escuela (¿primaria, secundaria ó superior?) y no á maldición que se cumplirá como toda palabra divina, nosotros nos concretamos á transcribir las palabras del autor citado sobre las escuelas hebreas, digamos de la decadencia ó tiempo en que los israelitas comenzaron á purgar el deicidio (1).

Mas digamos antes que, si algún pueblo en el mundo, prueba lo que es la escuela errada en Religión, es el Judío. ¿Cuánto no hizo por educar á sus hijos, según el autor, cuyas palabras vamos á transcribir? Y, con todo, es el pueblo sin patria, sucio, sin más dios que el dinero, que le servirá, tal vez, para los vicios ó para lo que al avaro le

(1) Compayre, « Historia de la Pedagogía », páginas 19, 20, 21 y 22.

sirven sus monedas; es el pueblo que donde mejor existe, es en la Roma católica fundada por el Dios á quien él crucificó. ¿Qué es la *judería* en Inglaterra y Alemania? ¿Cuánto se hace contra ella en Francia, Rusia y otros puntos?

¿Viene ello de la naturaleza íntima de la Escuela Primaria ó de la especial que los deicidas fundaron para justificar el crimen?

He ahí las palabras de Compayre :

« Progresos de la instrucción popular

No es fácil suponer hasta qué punto se desarrolló entre los antiguos judíos el cuidado por la instrucción, en los años que siguieron al advenimiento del cristianismo. De doméstica, como hasta entonces había sido, la educación judía se convirtió en pública. Además, ya no se contentan con inculcar en el niño buenos principios y sanas costumbres morales, sino que se quiere también instruirlos. Desde los primeros siglos de la era cristiana, los Israelitas, en lo que concierne á la obligación y á la universalidad de la instrucción, se acercaban á nuestro ideal moderno. Como todos los pueblos vencidos, pero fuertes, como la energía sobreviene á la derrota; como los prusianos después de Ine, como los franceses después de 1870, los judíos procuraron por medio de un gran esfuerzo intelectual, defenderse contra la conquista y preparar el desquite por el desarrollo de la instrucción.

Organización de las Escuelas

El año de 64 el gran sacerdote Josué Ben Gamala, impuso á cada ciudad, bajo pena de excomuniación, la obligación de sostener una escuela y si la

población estaba dividida por un río y no había puente sólido para cruzarlo, debía crearse otra escuela en los arrabales. Aun en la actualidad estamos muy lejos de haber realizado, en lo que concierne al número de escuelas y de maestros, esta regla señalada por el Talmud: «Si el número de niños no pasa de veinticinco, la escuela será dirigida por un solo maestro; pasando de veinticinco, la ciudad pagará un adjunto y si el número excede de cuarenta, serán necesarios dos directores».

Respeto á los maestros

¡Qué idea tan noble y elevada se tenía desde entonces de los maestros, de «esos verdaderos protectores del pueblo!» ¡Qué exigentes se manifestaban ya para con ellos; pero, en cambio, cómo se respetaban y estimaban! Los rabinos exigían que el maestro de escuela fuese casado; desconfiaban de los profesores que no eran, á la vez, padres de familia. ¿Acaso pueden hacerse valer más delicadamente las ventajas de la madurez y de la experiencia, que en el siguiente encantador lenguaje? «El que aprende algo de un maestro joven, se asemeja al hombre que come uvas verdes y que bebe el vino que acaba de salir de las cubas del mosto; pero el que tiene un maestro de cumplida edad, se parece al hombre que come uvas maduras y exquisitas y bebe vino añejo». La dulzura, la paciencia, el desinterés, eran recomendados como las virtudes principales del institutor. «Si vuestro maestro y vuestro padre, dice el Talmud, necesitan de vuestra ayuda, socorred á vuestro maestro antes que á vuestro padre; éste no os ha dado más que

la vida de este mundo, en tanto que aquél os ha procurado la vida del mundo venidero ».

Métodos y disciplina

El niño entraba á la escuela á la edad de seis años. « Si se lleva á la escuela á un niño menor de seis años, no hay que recibirlo », dice el Talmud ; y para indicar que desde esa edad conviene recobrar el tiempo perdido, el Talmud agrega : « Después de los seis años, recíbelo y cárgalo como un buey ». Otros doctores de la misma época, más juiciosos y entendidos, recomiendan, por el contrario, la moderación en el trabajo y dicen que hay que tratar « á los pequeños según sus fuerzas, y según sus fuerzas á los grandes ».

Lo que se enseñaba en esas escuelas judías era, con la lectura y la escritura (1), algo de historia natural y mucho de geometría y de astronomía. Naturalmente, la Biblia era el primer libro que se ponía en manos de los niños. El maestro mezclaba sin cesar lecciones morales con la enseñanza de la lectura, procuraba con especial cuidado obtener una pronunciación correcta y multiplicaba sus explicaciones á fin de que le comprendieran bien, repitiendo su comentario hasta cuatrocientas veces si era preciso.

Según parece, los métodos eran sugestivos y atractivos y la disciplina relativamente suave. Ya no

(1) ¿Qué métodos se seguían para la lectura y la escritura? M. Renán, en su *Vida de Jesús*, nos dice : « Jesús aprendió á leer y escribir, sin duda, según el método de Oriente, que consiste en poner en manos del niño un libro que repite á compás con sus pequeños camaradas, hasta que lo sabe de memoria ».

se resentía de la dureza proverbial de las primeras épocas. « Los niños, dice Talmud, deben ser castigados con una mano y acariciados con las dos ». El espíritu cristiano, el espíritu del que había dicho: « Dejad que los niños se acerquen á mí », había penetrado hasta en los mismos judíos. Sin embargo, tolerábanse los castigos corporales en cierto grado y, cosa extraña, sólo para los niños mayores de once años; desde esta edad, podía privarse de pan al niño indócil y aun pegarle con una correa de calzado.

Espíritu exclusivo y envidioso

Los elogios que la educación judía merece, tienen, sin embargo, sus reservas. El espíritu de los judíos era limitado, mezquino y malqueriente para el resto del género humano. Algo ha quedado de esas tendencias envidiosas y exclusivas, aun en los israelitas de nuestra época. A principios de la era cristiana, todo lo que venía de fuera, todo lo que no pertenecía á la tradición nacional, era prescrito por los judíos con patriotismo áspero y desdeñoso; nada de la cultura griega ó romana penetraba en aquel mundo cerrado y los doctores palestinos envolvían con igual desprecio « al que cría puercos y al que enseña á su hijo la ciencia griega ».

CAPÍTULO XV

Escuelas Primarias de Atenas

La educación estética y física primarias

La Roma de nuestros días, ó señora de los mares, no se anda en componendas con nadie y ni cede á nadie un palmo de terreno ; y con la Grecia moderna ¡ cómo se ha portado ! Y ¿ qué hizo por ella Lord Byron ? Todo por Homero y Sófocles y Platón y Aristóteles y Demóstenes y Sócrates, y toda esa pléyade de poetas y artistas y sabios, de los cuales no se puede hablar sin olvidar la patria, siquiera momentáneamente, y trasladarse á esa tierra, ayer y hoy pobre en riquezas materiales, pero hasta el día incomparable en las Artes, en Poesía, en Ciencias como la de Arquímedes, y en Filosofía, la ciencia de las ciencias ; y que, humanamente hablando, reconoce como patria á esa tierra ; como padres á Sócrates, Aristóteles y Platón.

La primera nación del mundo fué la que hoy se arrastra en bancos, juderías y estercoleros ; la segunda, la Grecia de ayer ; y que nos va á ocupar en éste y los dos siguientes capítulos.

Comencemos sin más preámbulo. La Escuela Primaria de Atenas, era esencialmente artística y libre. De lo segundo, hablaremos después. Vamos á la educación estética de los atenienses en cuanto corresponde hablar de ella aquí.

¿A qué hacer ponderaciones sobre el influjo de la música en el alma humana, cuando la tiene también en el espíritu animal; y, según Pitágoras, también en los astros? Nos referimos á lo dicho en nuestro «Manual del Kindergarten», y aquí diremos sólo que en la Escuela Primaria nos parece indispensable la enseñanza de la música adaptada á la nación, al pueblo ó aïdea y á la edad y el sexo. Porque ¿no es la Escuela para educar? Pues al alma humana, que es ritmo y armonía, se la educa con la música y el verso. De ahí que el pueblo artista por excelencia, prescribiese para sus escuelas primarias la enseñanza de la cítara, la cual acompañaba al canto.

Nosotros creemos que no hay aldea donde no se pueda educar en la música. En el Ecuador se hacen flautas de carrizo; en otros pueblos hay instrumentos de arcilla, como las *ocarinas*; en el mismo Ecuador se trabajan guitarras, violines y arpas en Otavalo á ínfimos precios. ¿Dónde, nos decimos, pues, no se puede educar al niño en la música? Y recordamos, en confirmación de lo expuesto, que el aldeano del Ecuador arranca armonías de una hoja de *chilca* (Bacharis, S. p.), y que el indio despedaza el corazón con el *rondador*, conjunto de flautas de carrizo. ¿Qué importa el instrumento? Lo que importa es hacer de un sér caído, y, por tanto, inclinado al mal, lo que Orfeo; y lo que Chateaubriand dice que la flauta hace de la culebra. ¿Y á qué dar reglamentos en esta parte? Todo ha de depender del lugar y de la condición de los que lo habiten. Lo único que hay que recordar á los Gobiernos es que no deben dejar medio para difundir la necesidad de la

música y jamás desoir las solicitudes que le vengan de la más insignificante aldea á este respecto. Pero no concluyamos sin hablar de la moral en la música, porque si de ella no habláramos, haríamos el papel de quien entonase ante el pueblo himnos como « La Marsellesa »; y en el hogar éstos y estos inmorales como las costumbres que los crearon.

Cada una de las pasiones, como tiene expresión por medio de la palabra, la tiene por medio del colorido, etc., y también por medio del sonido. Como hay, pues, moral en las pasiones, la hay en los sonidos que las expresan. Y esa moral, en gran parte, ha de ser relativa á cada pueblo ; á sus costumbres de familia y públicas y á sus acontecimientos políticos, y más á su religión. Ahondar esta materia nos sacará de la índole de esta obra. Pasemos, pues, á otra materia.

La enseñanza de lectura y escritura era también estética, á la par que patriótica y científica en Grecia ; pues toda se daba en trozos patrios escogidos ; ¡ y cómo no se podía escoger en la patria de los poetas y los sabios ! Notemos, sí, que todo es relativo en pueblos separados de la verdadera Religión ; pues, los trozos escogidos de los griegos (ó educación clásica), dieron por resultado la revolución más monstruosa del siglo XVIII de la era cristiana.

Con todo, hay que observar una costumbre laudabilísima respecto á la educación de los niños atenienses (recuérdese que no se habla del esclavo, para el cual no había educación) ; y era la de no permitir que anden solos en las calles. El hogar desordenado destruye la obra de la escuela ; y la calle, la del hogar y escuela. Jamás olvidaremos al padre que á niño de seis ó siete años permitía

ande solo en cuantas fiestas populares había en Quito.

Pasemos á la educación física.

Como hemos dicho, no estamos con Taine y otros muchos materialistas que dicen que el cuerpo ante todo y sobre todo ; pero sí creemos que al común de los hombres se ha de desarrollar de modo que no padezca, y que sirva á el alma de manera que ésta le eleve fácilmente á los cielos del arte y de la ciencia ; y al infinito para el cual nació.

Esto se obtiene, en gran parte, con el aire puro y el ejercicio proporcionado á la edad y el sexo.

El aire puro ; cómo se buscaba en Atenas !

« Tres gimnasias célebres había en ella á las puertas de la ciudad : la Academia, el Liceo y el Linosargo. La Academia era un lugar delicioso con bosques, jardines, acueductos, paseos y muchos altares erigidos á los númenes y á los héroes (1) ». ¿ No es esta la educación física sueca y la que en gran parte se practica en Inglaterra y Alemania, como después veremos ?

Y confirmemos nuestras doctrinas con las costumbres públicas de la misma Atenas. El desarrollo hercúleo se dejaba á los atletas que eran, *mutatis mutandis*, lo que los toreros de España, lo que los duelistas de la obscura Edad Media y de los siglos de las luces, en los cuales nos cupo en suerte vivir. El ateniense noble se desarrollaba y era lo que el Apolo de Ververder y la Helena de Praxisteles, no los monstruosos contendientes descritos por el autor de « La Europa Salvaje » ; ni las mujeres que luchan desnudas, cual las hemos visto en varios

(1) Lebrum.

cuadros que pasan hoy por clásicos. Pero se nos pudiera decir que esta es la educación clásica moderna, y nosotros replicaríamos que, si es así, se la dé á los nobles y á los grandes ; no al pueblo que hoy, en resumidas cuentas, no es sino el esclavo de los tiempos del paganismo.

Concluyamos este capítulo con el dulcísimo Fenelón (1), y añadiendo una observación nuestra :

« Es necesario considerar, dice, que los niños tienen débil la cabeza y que su edad vive sólo de placer ; y que, á pesar de ello, se les exige seriedad y exactitud, de los cuales serían incapaces los mismos que las exigen. Se les causa igualmente sólo una impresión peligrosa de enojo y de dolor, hablándoles siempre palabras que no entienden, sin permitirles libertad y juego ; y substituyendo á éstos la lección, el silencio, la postura forzada, la corrección y las amenazas ».

« Los antiguos entendían de otro modo la educación. Ellos enseñaban las principales ciencias, las máximas de Moral y de Urbanidad, por medio del verso y de la Música ; testigos de ello los hebreos, los griegos y los egipcios. No creen esto los que no estudian (¡ tanto difieren nuestras costumbres de las de esos pueblos !) ; pero por poco que se registre la Historia, no quedará duda de que muchos siglos olvidaron esas costumbres ; y que siquiera á nosotros nos conviene volver á ellas para unir lo *útil* á lo *deleitabile* ».

Ahora bien. ¿ Proscribiremos de las Escuelas Primarias el canto que los alumnos usan para las lecciones de memoria ? Creemos que no, por las si-

(1) Educación de las niñas, tomo III, pág. 43. — Edición de Didot.

güientes razones: 1.^a El alma es ritmo, variado como las edades del cuerpo que la anima, como las diversas situaciones en que se encuentra el hombre: un duelo, un baile, el templo. 2.^a En la infancia y la niñez todo es natural, y, excepto lo que provenga de la degeneración de la naturaleza humana, se debe apoyar. Quieren cantar el infante y el niño y cantar sencillamente como les pide su edad; sigan, pues, adelante, y no sea la clase un estorbo para lo que, sin tal vez, viene de la Fuente de toda armonía, de toda bondad, de toda belleza.

CAPÍTULO XVI

Educación de la mujer en Atenas

Quien de lo oficial, diremos, dedujese siempre la naturaleza de los pueblos, incurriría las más veces en error. Grecia es la patria de Venus y de Palas y de Juno; y en Grecia la mujer no aprendía artes liberales y ciencias, porque se encerraba en su casa, y, como la esposa de Ulises, hilaba y tejía; y se ocupaba humilde en los demás quehaceres del hogar.

¿Es esta la mujer descrita por Salomón en «El Libro de las Parábolas»? Creemos que sí, y que Judit, Ester y otras mujeres que tanto influyeron en Israel, no fueron en punto á letras, lo que Aspasia, excepción de la Grecia, aunque sí la superaron en lo que constituye el timbre más sagrado de la mujer.

Pero comencemos por donde debemos. ¿Aprobamos nosotros la educación antigua de la mujer ; ó mejor dicho, aprobamos la ignorancia en que, en punto á letras se la dejaba ? Sería nuestra más absurda contradicción ; porque ¿ no hemos dicho que la Escuela Primaria debe hacer del hombre (del género humano) el Rey de la Creación ? Estamos, pues, por la ilustración de la mujer en conformidad con su sexo y su destino.

¡ Pobre mujer, cuánto se ha dicho en pro y en contra de ella ! Decidió la suerte de los primeros genios ; y no era esto de admirar, porque el hombre es feliz por el amor ; y la mujer rendida á un hombre, llena su corazón cuando Dios bendice ese amor ; es un abismo que le traga para sepultarle en las tinieblas ; ó, por lo menos, una Calipso que momentáneamente obscurece un sol, cuando todo pasa, como aquí no podemos decir.

Pero ella es Reina, y, educada como tal, dará una Ester criada sobre las rodillas de un Mardoqueo (1). Todo sér humano es la caja de Pandora y la obligación de cuantos cuidan de él, es creer que encierra lo mejor que se puede suponer. Jamás se desprecie, pues, á la mujer.

Nosotros estamos por su educación primaria de lo más amplia, de lo más completa, de lo más elevada y conforme con su sexo. Expliquémonos.

Hemos dicho que la educación de la mujer debe ser lo más amplia y completa. Partimos para ello de su naturaleza. ¿ Es Reina ? Es claro que sí ; pues Dios dijo : « no es bueno que el hombre esté solo ; hagámosle una compañera semejante á él ». Ahora

(1) Véase nuestro opúsculo « El Libro de la Mujer ».

bien: ¿no es cierto que el hombre es Rey por la inteligencia, por la elevación de sentimientos, por las artes y las ciencias en que descuella? Pues esto en su sexo toca también á la mujer.

Si el hombre busca compañera que no sea, pues, en las fotografías y fototipias que inundan el mundo con sus monótonas cuanto impúdicas imágenes, sino en la Escuela, en el Colegio, en el hogar casto y en el templo augusto del Señor.

La vida del sabio y el verdadero artista, no es el libertinaje, y antes la sabiduría y el ideal; y para reposar de sus tareas no necesitan de mujer material y torpe, sino de ángel que, para valernos de la expresión de poeta español infortunado, cuanto grande (1)

« Tan sólo al bajar perdió las alas. »

¿Y este ángel, esta mitad más dulce y bella del hombre ha de ser una estatua con calor artificial y sesos de algodón? ¿Y ha de ser mujer que no goce sino en la belleza de la moda, y, que aún en el teatro no se fije sino en las luces y decoración del escenario y en el vestido y faz de actrices y actores? Mejor sería darle para sus ocios y solaces las avecitas y animales que tan *caros* y tan *baratos* eran para los monjes, en verdad santos y sabios.

Cuanto más grande es el hombre, tanto más ilustrada debe ser su compañera. De Júpiter brotó Pallas; Juno la esposa de ese rey de los dioses, podía con su saber trastornar el Olimpo. Iris era, por su sabiduría, la mensajera de los dioses; y Homero dice que se la escogió para tal, porque del sabio mensajero depende el éxito del mensaje.

(1) Larmig, «Suerellas del vate ciego».

Es, pues, necesario que si el hombre ha de ser Rey del mundo, tenga una compañera *semejante á él*, y ésta se la da la *educación*, ó *Escuela Primaria*.

Hemos dicho que ésta debe hacer del hombre el Rey de la creación; ahora añadiremos que el Rey, por sus mismas ocupaciones, jamás puede ser el hombre más ilustrado entre los suyos; pero que tampoco jamás puede ignorar lo que necesita para conservar su corona é impulsar á los súbditos en la vía de la felicidad y del progreso bien entendidos. Esto, nadie nos puede negar, porque ni Alejandro, el discípulo de Aristóteles; ni César, el escritor inmortal y gran innovador científico de Roma; ni Napoleón, el Emperador de ciencia incomparable é infusa más que adquirida, olvidaron sus conquistas y gobierno para darse á las letras y á la ideología.

Y si esto es verdad en los primeros hombres del mundo, ¿qué diremos de la mujer? ¿Dejará de ser Reina por ser sabia? ¿Creemos que no, refiriéndonos á la generalidad; pero como las estadísticas de casi todo el mundo dan, por lo menos, tres mujeres para cada hombre, no nos parece inadmisibile que haya mujeres que dejen de ser madres, hijas y hermanas; es decir reinas del hogar para dedicarse á la sabiduría. Porque ello, es cierto, que la verdadera sabiduría es abismo sin fondo, y que á él apenas si puede descender quien se halla absorbido por la prosa de la vida, es el trono de la mujer en la peregrinación sobre la tierra. Que la mujer, cada una en su clase, debe ser ilustrada, se prueba no sólo porque nació para compañera del hombre; sino también porque debe ser la primera y más hermosa fuente de sabiduría para el hijo, el hermano menor, el amiguito, de esos que gustan es-

conderse en su regazo, como los serafines cuyas alas y cabecitas salen de nubes de plata en los cuadros de los pintores más eximios. En su regazo la ciencia es el agua que se desliza por entre céspedes y flores, ó en arroyuelo que arrastra arenitas de oro y las ramas silvestres y de mejor aroma que se desprendieron de sus tallos por el deseo de acompañarle en su camino. Después vendrá la verdadera sabiduría; pero, por profunda que sea, se reducirá al cabo á unos cuatro principios; y entre ellos los mejores serán los que se aprendieron en el regazo de la mujer; ese ángel de la tierra cuyo valor no se conoce, porque sus destellos de sol de la hermosura deslumbran al ojo humano; y el ángel ó alma se esconde, porque el hombre demasiado materializado, haría burla de él.

Pero nos vamos excediendo y acaso poetizando; volvamos á la prosa.

La mujer es lo que el infante, lo que el colibrí, lo que la mariposa, lo que la abeja para el placer y todo lo bello; y lo que la sensitiva para el dolor; y como la vida es péndolo que oscila entre la tristeza y la alegría, hay que elevar su alma sobre lo baladí, lo momentáneo, lo que sólo es prueba en nuestra peregrinación sobre la tierra; y esto hacen la piedad, de la cual hablaremos luego, y un estudio profundo para ella, que es al cual nos vamos introduciendo aquí.

Hablemos un momento con Fenelón, el dulcísimo alucinado por la mística de Guyón. Quiere el Arzobispo de Cambray que en la edad que oscila entre el ideal y la prosa (1) la niña se dedique á

(1) Capítulo 2.º Inconveniente de la educación ordinaria.— Edición citada.

los estudios serios para que no todo en ella sea fri-
volidad, y dice:

«La ignorancia de una niña es causa de tedio, el cual vendrá de que no sepa en qué ocuparse inocentemente. Cuando llega á cierta edad sin haberse ocupado en estudios sólidos, no puede tener afición á ellos y ni siquiera estimarlos; y todo lo que es serio le parece triste, y á todo lo que demanda atención, la fatiga. La tendencia al placer, tan fuerte en la juventud, el ejemplo de otras niñas que pasan engolfadas en él, todo la impulsa al horror á una vida arreglada y laboriosa. En esta edad le faltan experiencia y autoridad para arreglo cualquiera en la casa paterna. Por otra parte, ignora la importancia de dedicarse á eso si su madre no la puso al corriente del gobierno de una casa. Y si es de buena posición social, está exenta del trabajo material, sino es por pocas horas del día; y eso porque se le dice, sin darle la razón, que aquél es conveniente á las niñas. ¿Y esto será más que un principio abstracto y la acostumbrará al trabajo no interrumpido?

¿Qué hará la niña en este caso? La compañía de una madre que le hace notar sus faltas; que la riñe, que cree que la educa con no perdonarla nada, que se reconcilia con ella, que parece atormentada por los cuidados domésticos, la constriñe y es rechazada. Tiene la niña en su torno, mujeres adulatoras que se apoderan de ella sólo con bajas y peligrosas condescendencias, y halagando sus ensueños y oponiéndose á todo lo que podría aprovecharla; la piedad le parece ocupación cansada y contraria á todo placer. ¿En qué, pues, se ocupa-

rá la doncella? En nada de utilidad; y esta su ociosidad se tornará en mal incurable.»

Hasta aquí Fenelón. Sigamos nosotros, aunque sea como un cuervo al cóndor que se cernió majestuoso por la nubes.

¿De quiénes se trata, madres del Ecuador, que maldecís á los Góbiernos por las desgracias de la Patria, y que en vuestra familias sois vosotras y no las jóvenes vuestra hijas quienes causaron las desgracias de vuestro hogar?

No os acriminaremos sólo á vosotras, sino también á vuestros esposos, á las Preceptoras Primarias (enclaustradas ó no) y á los Municipios y Góbiernos; pues que, como hemos dicho, la educación es producto cuyos factores son el Hogar y el Estado; y, por fin, el Preceptor ó Preceptora sobre los cuales se echa siempre toda la carga y responsabilidad. Pero contestemos á Fenelón. En su tiempo la educación Primaria era *instrucción*, y no educación, como puede deducirse de sus mismas palabras. ¿Por qué no ayudaba la niña á su madre? Porque ni ésta, ni la Escuela ó Colegio la educaban para la vida de Reina del hogar. ¿Quiénes nos pueden contradecir?

Por otra parte; y con el gran respeto que merece Fenelón, ¿para que la mujer (la niña) llegue á ser *seria* ó Reina, la hemos de preparar con estudios serios (ó teóricos), ó con verdadera educación como hoy se estila en algunos pueblos algo adelantados? Sería preparar las bachilleras, las doctoras de nuestros días de algunas de las sociedades modernas. Por esto pedimos nosotros para la mujer educación de Reina; parecida á la de

mujer incomparable, María Santísima, la que debe ser su modelo. Nos explicaremos.

Dios dijo en el Edén refiriéndose á la mujer: « Multiplicaré tus dolores y tus preñeces; con dolor parirás los hijos y estarás bajo la potestad de tu marido y él tendrá dominio sobre ti (1). »

Por tanto, la mujer es Reina destronada y se nos permitirá compararla con la que sobrevivió á la batalla de Jena. Antes de ella, andaba con uniforme militar; y ya según esa pobre loca, ya decimos, caía Napoleón, el que hasta entonces tantos ejércitos había destruído de Austria. ¿Y? Y después andaba de ciudad en ciudad, incógnita y como fiera infeliz, perseguida por cazadores mil.

María Santísima era Reina destronada como hemos dicho; y, por lo mismo, hilaba, ayudaba á su esposo un carpintero, y al propio tiempo conservaba en su corazón las palabras de su divino Hijo.

¿No fué Reina cuando la pérdida de Jesús? ¿No fué Reina en el Calvario? Así ha de ser la mujer; y no como la loca reina de Prusia y que hemos dicho.

Amplia, pues, y conforme con su sexo debe ser la Escuela Primaria de la mujer; ó debe ser de verdadera educación; pues que para ella no es suficiente jamás sólo la Instrucción.

Por esto resolvimos hablar de ella refiriéndonos á Atenas, la ciudad que la deificó en la persona de sus diosas y quería tenerla de hilandera y tejedora. Nosotros, que también la deificamos, pero en atención á su alma, y no á su cuerpo, la queremos ilustrada, mas en cuanto lo permite su sexo.

(1) Génesis. Cap. 3.º, Vers. 16. Lcio. de San Miguel.

Recordemos, para concluir este capítulo, de la Escuela Itálica fundada por Pitágoras, el filósofo que refería toda la educación á la Música y la Gimnástica. De su escuela no se excluía á la mujer, antes salieron de ella escritoras célebres como Teano, esposa de esa gran filósofo.

CAPÍTULO XVII

Más sobre la educación de la mujer según su sexo

Según nosotros, la mujer debe, pues, ser ilustrada en conformidad con su sexo. De lo dicho se deduce que creemos que, para la generalidad de las mujeres, bastan las Escuelas elementales, medias ó superiores que distingue nuestra Ley; y que se han de organizar conforme á las necesidades de la nación, el municipio, el pueblo ó aldea; y procurando que en verdad eduquen y enaltezcan. Digamos ahora cuatro palabras sobre la educación del bello sexo.

Este es bello, sensible y tímido de suyo, y con todo, fuerte casi siempre; ó, mejor dicho, es casi todo corazón. Es, pues, necesario educarlo siempre atendiendo, antes que á la inteligencia, á la sensibilidad. Jamás potencia alguna humana obra con absoluta prescindencia de los demás; pero en general, el hombre es entendimiento y la mujer corazón, y como nosotros no podemos modificar lo dispuesto por el Criador Supremo, eduquemos

en la mujer el corazón é ilustremos su inteligencia; mas siempre con relación á la debilidad de ésta y á la gran potencia de aquél. De lo dicho se desprende que, por lo general, la mujer no ha de estudiar del mismo modo que el hombre, sea cualquiera el estado que ha de alcanzar en el mundo.

La Medicina, por ejemplo, estudian el Jurisconsulto y el Médico, pero de distinto modo; y todo en relación con la carrera que adoptaron. Así la mujer, que nació para el hogar, ha de estudiar cuanto se relacione con éste y en la forma que éste exige. Esto enseñan la filosofía y la experiencia.

La escuela elemental, pues, la media y la superior nos parecen más allá de suficientes para la mujer, según el lugar en que haya nacido y la condición social á que pertenezca. ¿Hay que añadir algo? Nos parece que sí, y es que á la mujer, educada á su vez, no por Institutores Normalistas como los descritos por la Sra. Milzi (1) ni en Establecimientos de religiosas como las que existen en el Ecuador, porque si las unas son impías, las otras no pueden dar Madres; no pueden dar mujeres que, amando á su sexo, saquen de él una Cornelia, una Condesa Matilde, una mujer que salve á la sociedad de nuestros días (2).

Es preciso convencerse de que las religiosas, hoy en día, necesitan suplir su falta de experiencia del mundo por medió de sabios Reglamentos de Instrucción Pública. Además, ¿qué es una reli-

(1) « Educación en los Institutos de Niñas », traducida del italiano por nosotros.

(2) Nosotros no nos oponemos á las instituciones docentes, si no á su enseñanza superficial y nada práctica.

giosa, sobre todo, si jovencita, bella, noble, abandonó el mundo por consagrarse á Dios? En el claustro se la *probará y todo*; pero como se conoce su mérito, no se la mandará á la cocina, como á San Buenaventura; porque los tiempos de este grande hombre, no en todo son los nuestros; y porque esta misma joven, por santa que sea, lo será en gran parte, según la educación que recibió.

Recordamos de una gráfica expresión del sabio místico español que, en medio de tantas persecuciones, ha salvado nuestra vocación.

Dice el M. R. Padre Alonso de Rodríguez refiriéndose al claustro: «En casa de Rey no hay oficio bajo.» ¿Es bajo, mujeres, madres, hermanas, amigas, etc., etc., todo lo que hacéis por el infante? Si lo es, no sois Reinas como María Santísima, ni como el Hombre Dios que lavó los pies á sus discípulos, antes de darse á los mismos como la mejor prenda de salvación para el hombre en el Augusto Sacramento del Altar.

«En el hogar no hay oficio bajo», especialmente para la Reina de él, á la cual no daríamos por mil Doctoras, por más que en verdad no despreciemos á éstas.

El Sr. Dr. D. Elías Laso, sabio humanista y jurisconsulto consumado, conservador de tuerca y tornillo, católico rancio, hombre en fin, de quien nadie podía dudar, fué Ministro de Instrucción Pública en la administración del Sr. Dr. D. Antonio Flores; y, como tal, dijo á las muy reverendas Madres de la Caridad que «iban á dejar sin cocineras al Ecuador». Pues, á todas las Escuelas y Colegios de niñas de esta nuestra amada Patria, podemos decir ahora: «Estáis dejando los hogares acéfalos,

sin Reinas con vuestra instrucción, que no educación del bello sexo. Formad madres y no niñas de salón y teatro ».

CAPÍTULO XVIII

Initium sapientiæ timor Domini

En el capítulo anterior vimos que la mujer es toda corazón. En este digamos que si el corazón no puede reposar si no en Dios: la mujer no será mujer si su carácter dominante no es la virtud.

No hay medio en la mujer, pues ha de ser Eva ó María Santísima. Si lo primero, perderá á la humanidad; si lo segundo, lo acercará como nadie á Dios.

Si los espíritus celestiales que están ante el Eterno, ardiendo como las lámparas que en los Altares se consumen, en nuestro nombre, tuvieran semejanza en la tierra, la tendrían en la mujer.

Jamás ha habido loco de amor como San Francisco de Asís; y él tenía que temperar el amor en que ardía su discípula Santa Clara. Esto es la mujer. Y si esto es así: ¿cuál deberá ser la naturaleza de su ciencia? Creemos que la que deja ya de ser tal para confundirse con el éxtasis. ¿Qué vió San Pablo elevado al tercer Cielo? Nada que pudiera comunicar á los hombres. ¿Qué ve la madre en su hijo? Nada que al hombre pueda expresar. Y sa-

bido es que ningún mortal vió lo que San Pablo (1); y nadie ve en el infante el cielo que su madre.

La ciencia de ésta, es pues, más del corazón que de la inteligencia; más amor que conocimiento!

Por esto queremos en ella virtud; pues nada es bello, si no es verdadero; y el esplendor de la verdad es la belleza. ¿Y será verdadero el amor profano? ¿Y será bello todo cuanto hoy degrada á la mujer?

No lo creemos; y pedimos á ésta que su ciencia sea aprendida en el templo, sobre todo en la juventud; porque cuando sea mujer, cuando ya conozca la vida, no buscará la felicidad sino en Dios.

CAPÍTULO XIX

**Escuelas de Esparta. — Libertad de enseñanza.
La familia. — La Patria. — La Humanidad**

¿Quién no conoce lo que era Esparta y el modo como debía proceder en la organización de las escuelas, que son la base verdadera de la sociedad?

Observemos antes de entrar de lleno en materia, que las Escuelas de Esparta eran las mixtas ó neutras de nuestros tiempos, por el mucho contacto que tenían las muchachas con los muchachos.

Notemos, en segundo lugar, que las madres entregaban á sus hijos al Estado cuando habían

(1) - Excepto naturalmente San Juan.

cumplido siete años, lo cual prueba que Esparta y todos los pueblos de la tierra necesitaban que Fróebel despertase á la humanidad y la sacase de las tinieblas en que se hallaba respecto de la educación de la infancia.

Merece, también, notarse el que las niñas fuesen educadas en la carrera, en la lucha, etc., como ahora se hace en algunas naciones; de esas que quieren convertir á la mujer en varón que mide tierras, corta brazos y piernas, habla en parlamentos; y se *bate en duelo cuando el hombre la exige así*.

Esparta es pueblo clásico — como podrían serlo también muchos pueblos quichuas é incas —, es pueblo clásico decimos, pero ¿por esto hemos de aprobar *luche* la que, según la Sagrada Biblia, *ha de parir hijos con dolor*, y ha de padecer enfermedades que nadie ignora, y que la inhabilitan, *como su corazón*, para esa educación? Pero vengamos á lo principal en el orden del epígrafe.

En Atenas cualquiera podía fundar escuelas, no así en Esparta; y esto nos recuerda que la Legislación moderna, en este punto, sería sapientísima si, sobre declarar obligatoria la educación primaria, la declarase libre en la enseñanza religiosa; ó mejor dicho, forzosa en la materia, y *en la forma*, ó *credo*, condescendiente y libre. Esto tomara un término medio entre Esparta y la libertad absoluta de Atenas. Ni se nos diga que la última castigaba al padre que no educaba á sus hijos al igual que al hijo ó hija que no se sujetaban á él, porque replicaríamos que esos castigos eran contra la naturaleza, y no imitables por las sociedades modernas; las cuales, por más que se esfuercen, no podrán jamás prescindir del todo de la Religión, á la cual

deben su civilización en cuanto tiene de noble y elevado. Pero volvamos á Esparta.

¡ Esto de que el anciano había de estar siempre sobre el niño: el anciano regañón, descontentadizo y tembloroso sobre una mariposa, un colibrí! ¡ Y se dice que no Esparta, si no Moisés y Salomón hicieron por cortar las alas del genio cuando apenas empieza á volar!

Pero sigamos. Si la madre sabía luchar ¿ no querían lo sepan sus hijos? De ahí, pues, los actos de barbarie para con los hijos de ciertas madres espartanas, ya muy conocidos para que los repitamos aquí. Y no se crea que condenemos sin distinción el patriotismo de la mujer espartana; pues nos oponemos sólo á lo que estaba en contra de la naturaleza. Agiátide se vió obligada á casarse con el hijo del Rey Agis III, asesino de su esposo. Se sobrepuso á sí misma; se casó y dominó á su nuevo esposo, y le obligó á adoptar la política del primero.

El Rey Cleomenes y algunos otros espartanos, vencidos por Tolomeo Filopator, fueron decapitados en Alejandría. La mujer de Pantes, cautiva como su esposo, presenció la muerte de todos; atendió á sus cadáveres, y, desempeñados esos deberes, entregó su cuello al verdugo. Esto sí es patriotismo; y no es dar la muerte á un hijo porque vino en derrota. Pero de los hechos, elevémonos á los principios. Ya hemos dicho en otra obra que, por lo general, la familia antes que la Patria, y ésta antes que el resto de la humanidad. Pero si esto es verdad, y, en buena filosofía, constituye un principio inconcuso ¿ qué diremos de la educación patriótica de algunas de las naciones modernas?

No hablemos del Japón, en donde al niño se le imbuye, entre otras máximas, la de que cuando forme familia, no se ha de pertenecer á ella antes que á la Patria, porque ésta se halla sobre todo. ¿Por qué no hemos de hablar del japonés? No porque no admiremos su gran adelanto en todos los ramos del saber humano y su patriotismo en verdad sublime; si no porque las exageraciones de éste son consecuencia de su filosofía, y ésta de su religión, netamente pagana. Admiramos al Japón y no inconsciente y menos ilimitadamente, por más que otros, muy superiores á nosotros, *infelices ecuatorianos*, piensen de muy contrario modo.

Nosotros nos dirigimos á Alemania en sus mapas geográficos para las Escuelas Primarias, en las cuales, con detrimento de sus vecinos, es mucho más extensa y poderosa de lo que cree Europa y le toca por derecho.

¡Y eso de hacer del ciudadano una máquina de guerra, un patino que danza según la fuerza eléctrica que lo impulsa, eso de quitar el criterio al soldado; eso de hacer de los ciudadanos los infelices que descendieron al abismo á la voz de *cuatro pasos al frente* de Napoleón! El mismo japonés, según refiere el Marqués italiano Lorenzo Adda, es, sí máquina, pero nobilísima, acaso sin ejemplo, porque el respeto del Jefe, del General á sus soldados, raya en lo inverosímil.

¡E Inglaterra, para la cual no hay sino el inglés y su dominación! Inglaterra, que formula y cumple tratados cuando le conviene ensanchar su poderío! Señalamos el punto culminante, y no queremos entrar en pormenores, porque nuestra intención es sólo rogar que la Escuela Primaria eduque *hombres*,

no fieras, no máquinas de matar hombres; que no eduque con mentiras que ¡ay! lo que pueden costar cuando venga el mane, tecel, fares que, al fin y al cabo, vino á toda grandeza de este mundo. Y no se crea que no conocemos los textos ingleses de instrucción primaria. A ellos nos referimos.

A Napoleón se ha tratado de ambicioso sin límites. Nosotros no pretendémos hacer su defensa, pero sí recordamos que ese gran hombre, y hasta hoy sin igual en sus mejores tiempos, jamás renunció á una paz honrosa; jamás buscó la guerra por el prurito de reinar sobre cadáveres. «Romped la tregua, dijo un día á Cobenzelt, Plenipotenciario de Austria, y yo despedazaré vuestra monarquía como esta porcelana»; y rompió el servicio de té, que Catalina segunda regalara á ese caballero austriaco. Soñó (no lo negamos), pero esos sueños no venían puramente de ambición, sino de amor á la Francia y de la grandeza propia, á la cual acestaban sin cesar sus enemigos. Pero volvamos á nuestra humilde labor. Terminada su obra, dijo el Criador Supremo á Adán y Eva: «*Dominamini*»..., es decir, ilustraos, trabajad, completad la obra que yo no he completado, porque quiero seáis Criadores como la Primera Causa de todo. Esto les dijo, y á esto debe tender la Escuela católica; y no á lo que hemos refutado con ocasión de la escuela de Esparta; es decir, al exterminio mutuo en son de civilización y otras hierbas.

CAPÍTULO XX

Escuela de Roma Educación patria y extranjera

La edad de oro para las letras romanas comienza con Cicerón y es toda un reflejo de la edad de oro de Grecia. Cicerón es original en su género; pues, si imitó á Demóstenes é Isócrates, jamás se elevó á la sublimidad del primero; y en medio de su puesto de segundo orador del paganismo, tal vez tomó más de Isócrates que de Demóstenes, el más vehemente y sublime de los oradores de la Grecia de los mejores tiempos.

Dos géneros de maestros tuvo, pues, Roma: los genios y los retóricos de la Grecia.

Se apoderó de esta tierra clásica, cuando ya había degenerado, pero como ella, la Señora del mundo, era grande, tomó lo mejor, el clasicismo para sus genios; pues también hay genios en la imitación; y la educación primaria y secundaria y parte de la superior (si entonces como hoy se hicieran estas clasificaciones con precisión matemática diremos) las dejó á los retóricos; es decir, á los comentadores, expositores, á *gente de segunda mesa, ó vulgo de los literatos*, el peor de los vulgos, según César Cantú, el gigante de los historiadores modernos. Esto pasó en la edad de oro. ¿Qué pasaría en la decadencia? Lo contrario de lo que se podía preveer; pero de ello hablaremos en

el capítulo siguiente. Ahora veamos las razones por qué se confió á los griegos la educación.

Notemos, ante todo, que nación cuyo fin providencial era conquistar el mundo, no estaba llamada á brillar por las letras, porque las naciones, como los individuos, no siempre reciben de su Criador todos los dones juntos. En Grecia mismo, Atenas fué sabia y artista; y Macedonia, conquistadora.

Pero bien, ¿por qué Roma confió la educación de sus hijos á los griegos? Porque se hallaba próxima á su ruína. Ella guerreaba; gozaba del triunfo; se corrompía más y más cada día; y á sus hijos que eduquen los esclavos que vinieron de la Grecia. ¡Educación de esclavos, sean ó no sabios (de la decadencia como dijimos ya)! Nada importa la sabiduría, lo que importa es la virtud; lo que importa es el carácter; lo que importa es el amor á la Patria. ¿Y podía haber nada de esto en un gentil y extranjero, y hombre á quien envilecía la miserable condición á la cual le redujeron sus conquistadores? Permítasenos una comparación. Si una *madre toma por aya* de sus hijos á mujer que la substituyó ante el padre de éstos ¿velará cual debe por su descendencia? ¿Y menos se parecerá á Cornelia, quien por joyas ostentaba á los Gracos?

La educación, especialmente primaria, debe ser esencialmente nacional y del hogar propio. Conocemos una familia de batracios cuyos padres llevan á costas á sus pequeñuelos; sabemos que el águila ensaya en el vuelo al aguilucho; no hemos olvidado que *similia cun similibus*; y, en una palabra, creemos que la división de hogares, municipios, naciones es de Dios, y que deben axistir mientras exista el mundo. Y comprobemos esto con los Libros

Santos. ¿Por qué separó Abraham á la madre de Ismael? ¿Por qué se separaron los hombres que en el Semnar sobrevivieron al diluvio? ¿Por qué se separa la hija que forma hogar aparte? La respuesta es obvia; y nosotros notaremos sólo que Abraham hubiera ofendido terriblemente á su esposa, si, para educar á los hijos de ella, trajera maestros de los descendientes de Ismael.

Si la madre debe criar á sus pechos á sus hijos, la patria no debe confiarlos á educacionistas extranjeros.

Y si la familia es formada ya y de antecedentes gloriosos, y si otro tanto es la Patria ¿no deben perpetuar sus virtudes y tradiciones? ¿Y las perpetuarán poniendo por maestros de sus hijos á gente que las ignora, y no las ama ó las desprecia ó aborrece?

Pero bien ¿y si no hay Preceptores ó Preceptoras? Si no los hay, ese pueblo será salvaje y de conquista; y nosotros no tratamos de él. Pueblo donde no hay quien enseñe á leer, escribir, Aritmética, la Religión é Historia Patria, no es pueblo civilizado. ¿Y los métodos, etc., etc? se nos dirá. Y nosotros, los únicos introductores hasta aquí de los *Jardines de Infantes*, de las *Escuelas Graduadas y Superiores* y de la verdadera enseñanza moderna en el Ecuador, protestamos contra todo ello si no se ha de nacionalizar. Se comprenderá ya que nosotros no nos oponemos al extranjero si su destino es por tiempo fijo, ó perpetuo, si sienta definitivamente sus reales en el pueblo en el cual enseña; y, sobre todo, si, *salva cruce*, como diríamos con nuestros Próceres, se sujeta á nuestras leyes y reglamentos.

¿En esto hay algo malo, algo exagerado, algo

opuesto á la fraternidad humana, á la Religión Santa que profesamos? Desearíamos se nos pruebe para retractarnos en el momento.

En el Ecuador se ha dado en la flor de pretender acabar con lo patrio, si sagrado, si profano, porque por éste y el otro abuso que fácilmente podrían evitarse, diz que *son costumbres bárbaras. Inocentes, fiestas religiosas de los pobres indios, todo debe desaparecer como bárbaro.* ¿Y los toros de España y los Autos Sacramentales de la misma? ¿Qué dice sobre los últimos Menéndez Pelayo, en su gran discurso de incorporación á la Real Academia de la Lengua? ¿Y qué dice sobre los primeros el gran sabio D. Jaime Balmes? ¡Qué desgracia verse en la necesidad de convencer á un pueblo de que debe amarse á sí mismo y respetar á sus mayores y decir á sus hijos: « sois carne de mi carne y hueso de mis huesos; y no sois de Argelia ni Alemania! En resolución: somos amigos como los que más del extranjero; y si es un D. Andrés Bello le levantaremos estatuas, como nuestro gran hermano Chile. ¡Y si es Sarmiento!.....

No concluyamos este capítulo sin recordar que Roma, según Daguet, tuvo escuelas para niñas y niños cuatrocientos años antes de Jesucristo (1). ¡Y qué alumnos y alumnas dieron!... A esos tiempos pertenecieron Catón, quien por sí mismo educaba á sus hijos; y Cicerón, quien aun en filosofía, deseaba se iniciase á la mujer y el esclavo. Edad de oro por lo patrio en educación, aunque haya sido incompleta como fué.

(1) Trescientos antes del mismo, según Compayre.

CAPÍTULO XXI

Por qué la Escuela Primaria era imposible en la decadencia de Roma

Al hablar de los judíos insinuamos una idea que vamos á desenvolver aquí.

La Escuela Primaria de Comenio, utópica como la hemos considerado siempre, se realiza en tiempos como los de la decadencia de Roma. Jamás el pagano habría confiado sus hijos á los cristianos, y menos éstos á los sectarios de aquél.

Roma no imponía sus Escuelas en las provincias (entregadas á los griegos en Italia); pero la lucha entre el paganismo y la Religión del Estado tornaba difícil una educación verdaderamente popular; y las escuelas que existían eran las mismas que antes habían existido, con tal ó cual modificación accidental que introducía la oposición de los pueblos que componían tan vasto imperio.

Se añadía á esto el estado permanente de guerra en que se encontraba la mayor parte de las provincias de un imperio decadente é invadido por razas jóvenes y llenas de vigor.

Como la Religión era entonces el caballo de batalla, la escuela era imposible por la mutua desconfianza; de ahí y de las riquezas de las provincias y la Metrópoli, el que la educación de la niñez se tornase domiciliaria, como ahora decimos,

y que las familias pobres, se la diesen por sí mismos, más ó menos como quería Comenio.

Que no hay guerras como las de Religión está mucho más que comprobado por la historia entera de la humanidad. ¡ Y guerra de Religión aunada á lo necesario para conservar un imperio que tocaba á su fin ! Era, pues, necesario que la educación se conservase en el hogar para ser dada por la familia, ó Preceptores de su confianza.

Como era natural, los mártires iban cediendo su lugar á los sabios, los cuales fueron precedidos por el Maestro y sus Apóstoles. Después del Divino Maestro y los que trataron directamente con Él, iban, pues, saliendo los sabios, y su doctrina era necesario tenga resonancia en las familias y el último miembro de ellas ó un Benjamín: ¿ y éste sería abandonado á Maestro pagano ? Era imposible, y de ahí que nosotros, dado el número sin número de cristianos del Imperio romano, tengamos por imposible la educación primaria popular especialmente pagana ; pues que retóricos y sofistas griegos, y todos sus congéneres, bien seguirían con sus escuelas libérrimas como las de Atenas ; pero jamás con las de los cristianos.

Y en este estado de cosas ¿ cómo formar una historia general de la Instrucción Primaria que sea de interés para la humanidad y no canse por las minuciosidades ó detalles como ahora se dice ? Y esto que nos referimos en general á la decadencia que comenzó con César Augusto, 14 de Jesucristo ; y terminó con Boecio 526 de la Era del Divino Fundador.

¿ Qué fuera si todos estudiáramos en particular ? Digamos, pues, que en Oriente y Occidente la civi-

lización antigua se salvó, debido, en gran parte, á la Iglesia, y que con ésta comenzó la verdaderamente cristiana.

Los romanos respetaban profundamente á la familia, y en especial á los niños; y como los *didascuales*, ó maestros, merecían confianza y eran sus esclavos, lógicamente se puede deducir que la educación era la que hemos dicho, porque si hay maestro en casa, ¿se sacará de ella á los niños y más á las niñas, si á ello no obliga alguna ley, que entonces no existía?

Por otra parte, el paganismo, batido en brecha por la filosofía cristiana, aunó sus fuerzas y fundó el Eclecticismo. Orígenes confutó á Celso; y entonces el paganismo contemporáneo de aquel gran hombre, fundó la escuela ecléctica de Alejandría por medio de Ammonio Saccas, Jámblico, Ennopio, Máximo, Porfirio y Plotino, el más ilustre comentador de Platón.

Todos estos filósofos eran discípulos de los griegos, y también los más ilustres escritores cristianos conocían al dedillo la filosofía griega. ¿Y hubieran olvidado al niño? Afirmarlo sería ignorar la historia de Grecia. Filipo de Macedonia escribió á Aristóteles que más que de haber tenido un hijo, se felicitaba de haberlo tenido en tiempo que él florecía y le podía educar; y ese gran filósofo, el más profundo metafísico del paganismo, escribió una obra sobre la educación del niño, la cual, por desgracia, no ha llegado hasta nosotros.

Un rico ateniense rehusaba pagar mil dracmas al filósofo Aristipo porque eduque á su niño, y le dijo: «por ese precio podré comprar un esclavo», á lo cual replicó el filósofo, «cómpralo y tendrás dos».

Y basta con lo dicho para que se vea la estima que hacía la Grecia de la educación de la niñez. Y si esto y mucho más sabían la Filosofía ecléctica y la cristiana ¿no se habrían empeñado en educar al niño cada uno según sus ideas; y más cuando tan empeñados se hallaban en su triunfo respectivo? ¿Por qué en Atenas se encerraba á la mujer en el gineceo si no por el amor que se le profesaba y para conservarla fiel á la familia? Pues por idéntica razón, en la época á que nos referimos el niño pagano era educado en casa, y el cristiano, como después veremos.

Los cristianos á una convicción profunda, y como no la tenía el paganismo, añadían el ejemplo del Divino Maestro, quien no sólo acarició á los niños y tuvo sobre sus rodillas al niño Ignacio; sino que habló sobre el escándalo á éstos, del modo que conoce todo el mundo. De ahí, pues, que los más ilustres filósofos cristianos, los Doctores y Padres de la Iglesia amasen tanto á los niños y tuviesen más á dicha educar á éstos que escribir las obras inmortales que escribieron.

Pero terminemos ya este capítulo, pues que lo dicho basta para probar lo que nos propusimos; y lo mismo nos trae como de la mano á lo que debe ocuparnos en el siguiente.

CAPÍTULO XXII

Escuelas laicas y claustrales hasta Carlo Magno

La prosperidad como la decadencia de las naciones son conjuntos en los cuales letras, armas y riquezas se dan la mano siempre. Decaía Roma en su señoría sobre el mundo, en su religión propia y en la que tomó de Grecia; agotaba sus riquezas en banquetes en que se gastaban millones para comer y descomer y volver á comer; en construir puentes de piedras preciosas y baños idénticos para caballos; en lluvias de flores y esencias en torno del Emperador; en bañar en leche cuerpos que debían ser quemados en vez de los que ardían y daban luz al monstruo que abrió el vientre de su madre; en erigir templos á la prostitución y arcos de triunfo á la cobardía é ignorancia; empleaba, decimos así, las riquezas de sus provincias, y, ya no era la madre de Césares y Cicerones, y su ocaso debía ser el de día sin sol seguido de noche de tempestades.

« Al Sol que nace », dijo Pompeyo á su contendor; y al sol que nace dijo el mundo al paganismo, y se volvió á la Religión del Crucificado. Esta debía salvar al mundo, especialmente por las Escuelas Primarias; y así lo hizo en verdad.

Pero comencemos por refutar, con Ozanán (1), la

(1) Ozanán. — De las Escuelas y la Instrucción pública en Italia. Tomo 4.º, edición de Le Coffre.

preocupación de que, desde un principio, la ciencia se encerró en los claustros; y que pereció con el Imperio de Occidente. Cifraba Theodorico su gloria en reconstruir ciudades y salvar las letras; y los italianos, á su vez, fueron y serán siempre sabios, poetas, artistas.

Por otra parte, Roma fué respetada hasta por Atila, y defendida por el Pontificado, verdadero Señor de ella, desde poco después que se edificó Constantinopla. Y (¡compensaciones en lo humano!) la división de Italia en tantos Estados, que le fué perjudicial en lo político é internacional, fué tabla de salvación para artes y ciencias, las cuales, si decaían en un punto, florecían en otro. Los grandes artistas y muchos sabios no fueron encaustrados ni vistieron sotana; y, como la escuela es, lo que los hombres que dirigen é ilustran á las naciones, se deduce lógicamente que no todas las escuelas fueron episcopales, de parroquia ó religiosas. «A fines del siglo sexto, dice Ozanán, en el capítulo citado, se leía solemnemente á Virgilio en el Foro Trajano, en el cual los poetas contemporáneos recitaban sus composiciones; y el Senado discernía un tapiz de tela de oro al vencedor en estas justas literarias.» Y si la pasión del verso estaba tan viva ¿podían los gramáticos y retóricos cerrar sus escuelas? A esto añadiremos nosotros, ¿podían cerrarse las escuelas primarias donde, si había poetas seculares, debía haber maestros del mismo estado, sea cualquiera su mérito, y siguiesen ó no á los griegos ó á la época anterior á la dominación científico-literaria de la Grecia en el Imperio romano?

A los Césares sustituyó en Roma el Pontificado,

y éste no podía por un momento olvidar al mundo cristiano que se iba formando sobre las ruinas del paganismo, y como *ad exemplum Regis totus componitur orbis*, lo que era Roma, lo que era Italia debía ser el nuevo Imperio de Occidente en todo, y mucho más en las escuelas primarias, por las razones que expusimos ya. Pero por lógico que nos parezca este argumento, evidenciémoslo con documento auténtico y concluyente como todo lo que el mundo moderno debe á la inmortal pluma del malogrado Ozanán.

El poeta Nippo exhortaba al Emperador Enrique III á propagar en Alemania las costumbres de Italia y le decía: «Debéis disponer que en la tierra de los teutones, cada uno de los nobles haga instruir á sus hijos en las letras y la ciencia de las leyes, á fin de que hagan valer sus derechos con el libro á la mano». A esto se dedican los italianos apenas el biberón (1). Toda la juventud va á trabajar en esto en las escuelas. Solamente los teutones tienen por inútil y vergonzoso instruir á un hombre si no es clérigo (2).

Por lo que precede, la Escuela Primaria se confundía con otros establecimientos; y la instrucción de Roma se hallaba difundida en todo el Occidente, una vez que sólo los teutones no se sujetaban á ella.

Si ahondáramos la materia, la veríamos comprobada, más ó menos, con la historia de las principales naciones europeas; pero sólo digamos cuatro

(1) Ayer como hoy los latinos son litigantes á natura. ¿No es cierto? Pues entonces autor tan antiguo miente.

(2) Ozanán. Tomo 4.º, pág. 418. Edición Lecoffre.

palabras sobre el Oriente antes de pasar á las escuelas eclesiásticas.

El desenvolvimiento de las escuelas cristianas debió ser más fácil en Oriente, por la sencilla razón de que al principio los Césares paganos se hallaban lejos de él, si la guerra no les exigía lo contrario; y porque después Constantino estableció su Corte en Constantinopla.

La escuela de Catequistas en Alejandría se inauguró en el siglo segundo de la era cristiana; y se perfeccionó en el tercero de la misma. En el Oriente florecieron grandes escritores y Padres de la Iglesia, pero, como fueron con el Emperador Constantino el grande, hombres de sus ideas y devoción, la educación seglar debió seguir á la par con la eclesiástica al principio; y la claustral no sería tan extensa como en el Imperio de Occidente, porque la índole de sus instituciones monacales fué, por lo general, contemplativa; y luego por las luchas religiosas que asolaron el Asia y el Africa casi tanto como las invasiones bárbaras á la Europa. Vino después Mahoma, y ya se sabe cuáles fueron los horrores cometidos por sus sectarios hasta dejar los pueblos de Asia, más que estacionarios, en el letargo del cual recién van despertando. Pero volvamos á las escuelas eclesiásticas de Occidente.

Como nota Ozanán, las primeras escuelas cristianas se abrieron á la entrada de las catacumbas; y nosotros diremos que, antes que en éstas, en la casa de Pudencio y en Santa Práxedes. Estas escuelas para la Iglesia eran, lo que las romanas anteriores á Jesucristo: escuelas de costumbres sencillísimas y tomadas sólo en sentido muy lato.

Si tal fué su origen, natural era que pleguen las

más á la casa episcopal, á la de parroquia, y, por fin, al claustro religioso. De aquí, sin duda, el que se creyese sin gran discernimiento, que se desprendieron enteramente del seglar para echarse en brazos de los eclesiásticos.

Si quisiéramos hacer una enumeración completa de las escuelas primarias, deberíamos registrar los innumerables concilios que las decretaron; recordar de las casas parroquiales y episcopales que llevaron á la práctica las disposiciones de aquéllos; y, sobre todo, los anales de los claustros religiosos, esas arcas santas de Noé, celestiales más que terrenas, y variadas cuanto lo son los cataclismos que las pasiones de la humanidad atraen sobre sí. Como sería nunca acabar, veamos lo más notable en esta materia.

Dice Masillón que los claustros religiosos fueron siempre «Academias de virtud y de ciencia, abiertas para todas las naciones del mundo.» Su origen contemplativo se remonta á los tiempos de Elías, el profeta; se torna ideal y casi incomprensible para los hombres, especialmente de la época contemporánea en la Nitria y la Tebaida por la contemplación y penitencia; y se presenta de utilidad material y tangible, digamos, y trascendental para el hombre en Monte Casino y cuantos claustros religiosos nacieron de él.

Antes de la influencia de los conventos, como ya hemos dicho, hubo la de los concilios que, como observa el sabio Balmes, eran más parlamentos que concilios, ya por la libertad y madurez con que en ellos se hablaba; y ya porque reyes y grandes, no sólo se sujetaban á sus decisiones, sino que se las pedían aún para las relaciones de Estados con

Estados. Léase á esta sabio á quien no citamos textualmente por no alargar esta obra (1).

Las invasiones de los bárbaros debían acabar con las escuelas laicas, más propiamente seculares, de las cuales hemos hablado ya; y, como también para aquellos eran altamente respetables, natural era que, despacio y según las necesidades, se fuesen estableciendo en los palacios episcopales, parroquias y claustros la educación de la niñez y la instrucción de la juventud.

A principios del siglo sexto, en Francia, por ejemplo, ya no se hace mención de las escuelas seculares, y en el Concilio de Voisne se establece que se funden para la niñez escuelas primarias en toda la diócesis de Arlés para que se le enseñe «la práctica de la virtud y á leer y á contar». De estas escuelas debía pasar el alumno á las superiores ó del Arcipreste ó el Obispo.

Notemos aquí ya la distinción entre *escuelas primarias* y *superiores*; y en segundo lugar que el Arcipreste debía ceder su puesto, en punto á educación, al Canónigo maestro-escuela de nuestros días. Pero entremos ya de plano en las escuelas claustrales.

Comenzaron éstas especialmente con la hasta hoy incomparable orden de los benedictinos en Monte Casino.

Sus fundaciones principales se verificaron en Italia, Francia é Inglaterra; en la primera directamente por el Santo Fundador; en las dos últimas, por sus discípulos. Pero no se crea que obras tan santas quedasen reducidas á estas naciones. Al con-

(1) Protestantismo comparado con el Catolicismo. Tomo 2.º

trario, en Alemania penetraron también en los palacios reales, como ya lo habían hecho en Francia mucho antes del advenimiento de Carlo Magno al trono.

Y en Inglaterra, y especialmente en esa Irlanda tan perseguida por católica, ¿qué hizo el claustro en favor de la nobleza, del Estado llano, como ahora decimos; y, por fin, hasta del esclavo?

La Inglaterra debe su primera civilización á San Bonifacio, á Columbano y al gran Wilfrido, cuyas fundaciones numerosas como eran, se convirtieron en escuelas, terminadas las cuales, el alumno optaba por la carrera eclesiástica ó una diferente.

Montalembert, á quien apenas estamos compendiando en este capítulo, dice :

«El bien incomparable de la fe no fué el único que los benedictinos hicieron á Inglaterra. Siempre corre uno peligro de pecar por machacón ó hacer de perogrullo si insiste en los servicios que en ella, como en todas partes, prestaron los benedictinos á la agricultura y á la instrucción pública. Nos preciamos nosotros de haber demostrado casi en cada página de estos volúmenes, los grandes bienes que esos religiosos hicieron por el adelanto intelectual de Inglaterra. Se ha visto en ellos que entre los anglo-sajones, como los celtas de Irlanda, de Calcedonia y de Cambria los monasterios fueron los únicos centros de educación religiosa y liberal; que la instrucción era en ellos muy variada y literaria, y, por lo mismo, buscada por todos.»

«Mas la instrucción monacal no se daba sólo en los solitarios claustros. Al contrario, los Obispos, salidos todos de los monasterios, transformaban en escuelas las naves de sus catedrales; y atraían

á ellas juventud numerosa y apasionada del trabajo.» (1)

Tal ha sido la pasión, digamos, del claustro religioso por la educación, que dice el mismo autor: (2) «Desde las primeras fundaciones de Casiodoro en Calabria, hasta las últimas comunidades religiosas que en nuestros días han sido extinguidas en Baviera, en España y en Suiza, los monasterios han permanecido fieles á esta tradición; excepto, por cierto, aquellos á quienes la riqueza hizo olvidar su misión y relajó su disciplina.»

Y pongamos punto final á este capítulo, porque enumerar las escuelas monacales de Occidente, y en parte también, del Oriente, sería enumerar las grandes ciudades y hasta villorrios; porque, como la Europa de entonces fué transformada en huertos y jardines por los religiosos, así la humanidad fué ilustrada por los mismos.

CAPITULO XXIII

Carlo Magno. La Escuela de su Palacio y la mujer

Betario, el « Doctor en las divinas letras y maestro de toda la ciudad », fundó en el palacio real de París una escuela, de la cual un contemporáneo dice : « ¡ Oh cuánto gozo en contemplar estos tiempos tan puros y bellos, en los cuales los hombres

(1) Montalembert. Los monjes de Occidente. Tomo 4.º, págs. 168, 169. Edición de Lacoffre.

(2) Montalembert, obra y edición precitada. Pág. 163. Tomo 4.º

justos y henchidos del temor de Dios reinan con los reyes y promueven con ellos la justicia, la fe, la verdad, la modestia! ¡ Oh cuánto es justo y santo este palacio que provee á la Iglesia de tan grandes Obispos»! (1)

La escuela imperial de Carlo Magno, si de grande resonancia como todo lo de ese Emperador, no era, pues, nueva en Francia, porque fué precedida por la de Betario. Sin embargo, fué modelo para los mandatarios y de alguna trascendencia, como lo vamos á ver. Que Carlo Magno es digno del nombre que le dieron sus contemporáneos, es cierto. Concretándonos á las escuelas primarias, sus fundaciones fueron casi innumerables en su vasto imperio, y contribuyeron como sus conquistas y leyes y todo su gobierno para la unificación de Europa.

Se ha dicho que de los tres renacimientos, después de Jesucristo, el primero fué de Carlo Magno; y la trascendencia de éste, es sin duda alguna, la que hemos mencionado con Rivaux. Las conquistas pasaron, como más ó menos pasan todas, aunque sean por la propia conservación, como las más de ese gran Emperador: pero su influjo en las letras ha permanecido hasta nosotros.

Cuando fué á Roma á ser coronado por León III, figuraron las escuelas entre los miles de personas que salieron á su encuentro. De Roma, pues, y toda la Italia, que recorrió como conquistador y como sabio, traía no poco, para la Francia especialmente. En efecto, junto á Alcuíno y los demás sabios que trajo á su corte de las naciones más

(1) Bolandistas.—Vida de San Modoaldo.

adelantadas de Europa, figuran los italianos Pedro de Pisa y el Diácono Pablo. Estos eran los maestros de la escuela imperial, á la cual asistían el Emperador y su familia.

¡Y se trata de bárbara á la Edad Media! ¡Y se moteja de fanático á tan grande hombre, como á Bonaparte motejaba de *santurrón* la Francia de su tiempo! Cada uno puede pensar como le parezca, pero nosotros nos permitiremos una sola reflexión. ¿Qué pueblo del mundo, nos decimos, preferiría la Corte de Luis XIV y las demás que le sucedieron, y que determinaron la muerte de Luis XVI y María Antonieta, sobre la Corte de Carlo Magno, el Emperador sabio, moral y religioso; y no disuelto como los que prepararon el cadalso del pobre rey, con el cual se extinguieron los Capetos? No se hable, pues, por hablar de la Edad Media; y más de un Emperador como Carlo Magno.

Pero volvamos á nuestro tema. A la Escuela de Palacio fundada por Carlo Magno, asistían él y sus grandes y su mujer é hijos; y acaso, también, las mujeres de aquéllos.

Ahora bien. La educación de Alcuíno era aristotélica ¿y convenía dársela á las mujeres? Ya hemos dicho que Pitágoras no excluía de su escuela á las mujeres y que Cicerón deseaba se las instruyera también en la Filosofía. Nosotros hemos dado nuestro parecer en la materia; y ahora añadiremos que la filosofía contemporánea, no es sino filosofismo ó absurdo materialismo. No reviste, pues, por lo general, la forma abstracta y superior al cerebro é inteligencia de la mujer que la aristotélica, escolástica, alemana, etc.; y por esta parte no nos opondríamos á que se la inicie en ramo que, des-

pués de la Teología, decidió siempre de los destinos de la humanidad. ¡Pero iniciarla en delirios que ni los mismos filósofos creen, como no creían los grandes hombres de la Roma decadente ya, y ni los inciclopedistas de la Francia! Preferiríamos que no se le enseñe á leer ni escribir, porque, para buena esposa y buena madre tiene corazón; y en las luchas por la existencia, su buen sentido la salvará; y, si es pura y santa, tendrá siempre por consultor á Dios: la fuente de toda sabiduría, de todo don perfecto.

Pero volvamos á la Escuela de Carlo Magno. ¿En qué se instruían su mujer y sus hijas bajo la dirección de Alcuíno?

En la filosofía aristotélica, que no es para la mujer y menos para las mujeres de esos tiempos, por lo abstrusa y de poca utilidad práctica, como hasta la saciedad han repetido, especialmente Compté y su escuela. Y si aprendían también latín como la *rara avis*, ó Doctora de Alcalá, ¿podíamos estar nosotros con Alcuíno y su enseñanza? ¡No! porque ni bajo el pretexto de que los clásicos latinos aún no se vertían al francés, se podía aprobar su enseñanza á la mujer. El estudio de los clásicos contribuyó no poco para la revolución francesa, como lo notan Cantú, Moigno y otros grandes. ¿Y podíamos nosotros dañar á una virgen, á una esposa refiriéndoles los amores de Venus y de Juno? ¿Y podíamos preparar una Carlota Corday, narrando sin sabios comentadores, á las jóvenes la grandeza de las mujeres espartanas, por ejemplo?

Estaba bien que Carlo Magno componga versos en latín y haga estudios filológicos sobre los Libros Santos; pero como ya hemos dicho, no son

estos trabajos para un Magistrado ; y, si no lo son para él, tampoco es para la mujer la erudición que recibía de Alcuino la familia de ese grande hombre. Es, pues, laudable esa educación por el celo del Emperador por la educación ; y ni se le puede reprobar en el aspecto científico, porque, si recién comenzaba y era como una alborada para Europa, ¿podía ese gran hombre alejar de ella á su familia?

Concluamos este capítulo recordando con autores de gran talla que no sería difícil probar que Carlo Magno comenzó la enseñanza obligatoria ; como se puede deducir de sus sapientísimas capitulares.

CAPITULO XXIV

Verdadero espíritu de las Escuelas de la Edad Media. — Higiene de las escuelas claustrales y de la Inglaterra moderna.

El segundo renacimiento comenzó el siglo doce de la era cristiana, pero éste y el siglo de oro de los tiempos medioevales y todos éstos se distinguen por dos notas culminantes ; la doctrina aristotélica y la religión.

Lo mejor que dió el paganismo en punto á Filosofía, fueron Sócrates, Platón y Aristóteles. El primero nada escribió ; el segundo, divino en verdad para sus tiempos, fué el que prevaleció en los primeros siglos del cristianismo, ya por su lenguaje, ya por lo mucho que tomó su doctrina de los hebreos ; quienes ilustraron á los egipcios y prepara-

ron la era cristiana. Aristóteles prevaleció después, acaso por las mismas argucias de los desidentes en religión, pues que ese filósofo fué el más profundo metafísico del paganismo.

Una religión nueva y elevada, cuanto combatida, debía lógicamente dar lugar á que prevaleciese el aristotelismo en las sociedades en que estableció su dominio. ¿Quién puede negar esto? ¿Quién puede, por lo mismo, tratar de bárbaros á los tiempos medioevales? La Grecia fué grande en su Filosofía; y, pagana y todo, fué en su espiritualismo, superior á la época moderna. Crates, por ejemplo, echó al agua todas sus riquezas, y emprendió el camino en busca de sabiduría. ¡Y Diógenes! Este despreció á lo material, heredado, digamos, de la Filosofía pagana, y divinizado por el cristianismo, era muy favorable á la escolástica; porque quien se preocupa poco del mundo; y sí mucho de la naturaleza, origen y fin del hombre; ¿no investigará y disputará como la Edad Media?

El segundo carácter de la Edad Media era la piedad. Todo en ella era religión. De ella vienen templos y claustros religiosos, que si no bajados del cielo en donde los trabajaron ángeles, parecen de las «Mil y una noches», por lo colosales y suntuosos; ó son mejor dicho, dignos de figurar en la Jerusalén celestial descrita por San Juan. Educación, instrucción, ciencias y artes todo era religioso; y palacios reales había que más eran claustros que *moradas regias*. Y ¡quién lo creyera! el amor hoy tan profano, entonces se divinizó y creó *La Divina Comedia*, porque Dante no era Orfeo, y ni Beatriz, Eurídice, y ninguno de los dos pudo bajar al infierno; y sí ambos subir al Cielo y engolfarse

en la Divinidad. ¡Y el guerrero! ¡Y Heraclio y Carlo Magno y Godofredo de Bullón y Rodrigo de Vivar, que se santiguaba y hacía la señal de la Cruz sobre la silla antes de cabalgar y partir á acabar con los enemigos! Pero estamos saliéndonos de nuestro tema; y volvamos de nuevo á él. Las escuelas no tenían programa conocido: Todas, más ó menos, insistían sobre religión, la lectura, y escritura y cuenta; pero eran unas más amplias y otras más limitadas en su programa.

Lo principal era la educación religiosa; y la enseñanza de la escritura y lectura fué variando en el método con los tiempos. De Esparta tomó Roma, en sus primeros tiempos, la enseñanza de la escritura en arena, enseñanza que en Inglaterra resucitó Lancáster; pero ¿se siguió éste ú otros métodos en la Edad que nos ocupa? El decirlo sería obra de gran proligidad, y lo que nosotros podemos decir es, que el método de enseñanza variaría mucho menos que los programas de la misma; y seguiría el desenvolvimiento intelectual y pedagógico de las naciones. Pero dejemos todo esto á un lado y concretémonos á las escuelas claustrales que son las que más hacen á nuestro propósito. Cedamos la palabra al gran Montalembert (1).

«Casiodero, el contemporáneo y émulo de San Benito, hizo de su abadía de Viviers en Calabria, una gran Academia. Compuso para los niños que educaba un tratado especial en que los preparaba para el estudio de las Santas Escrituras por medio de nociones minuciosas de la Gramática, la Retórica, la Didáctica, la Aritmética, la Música, la Geo-

(1) Los Monjes de Occidente. Tomo 6.º pág. 142. Edición precitada.

metría, la Astronomía; es decir, sobre las siete artes liberales. La Didáctica enseñaba él mismo, ó por medio de su colaborador Dionisio, el Pequeño, monje escita, de nacimiento, que explicaba un texto griego á primera vista, y de igual modo traducía el latín.»

«En la misma época, al otro extremo de Europa, el sacerdote Magloire (1) educaba á los niños nobles. Y el hagiógrafo dice que, para no interrumpir la siesta de los Profesores, les hacía recitar sus lecciones en medio de las rocas batidas por el mar.» ¿Reminiscencias de Demóstenes?

Wilfrido, el gran Taumaturgo de Inglaterra, convirtió sus fundaciones monacales en Academias, como diríamos con Montalembert; y el programa de su enseñanza era casi el mismo que hemos mentado. ¿Y cuál no habrá sido su influencia en «La Isla de los Santos»?

Si un concilio del siglo anterior á la fundación y regla de San Benito dice que «los niños, *sin distinción*, han de ser llevados á las escuelas claustrales, ó de otros sacerdotes para que *aprendan* en ellas los rudimentos de la fe y la oración dominical en la lengua materna»; se ha de entender que no supuso que la orden que había de venir fuese de sabios é ilustrase á sus alumnos en cuanto hasta entonces se sabía. Pero nótese que dice *en lengua materna*; y, que como esto mismo se prescribía en otros puntos, nadie puede levantarse contra el latín, como contra déspota absorbente é impuesto por la Iglesia.

Hablando de Kant, dice el sabio Balmes «que lo

(1) ¿Sacerdote secular ó abad?

que ese sabio alemán echaba á volar como parto de su mente, se hallaba empolvado en el fondo de las bibliotecas.» Pues, *mutatis mutandis*, podíamos decir otro tanto de no pocas de nuestras novedades pedagógicas, porque muchas de ellas vienen de la Edad Media, si no de los tiempos más antiguos. La enseñanza mutua, por ejemplo, tornó como cosa nueva y extranjera á la Francia; y en el siglo XII la prescribía la regla de San Ferrrol. — En tesis general, la Religión (que iba salvando á los pueblos) y el *trivium* y *quadrivium*, ó las siete artes liberales divididas en dos grupos, constituían el programa de estudios para la niñez y juventud.

Y repitamos ya, no en nuestro nombre, si no en el del gran Montalembert y de su amigo Ozanán los términos de « en tesis general. » « En tesis general », dice el primero, « todo monasterio era una escuela; y estos dos nombres fueron casi siempre sinónimos. » Y aquí un paréntesis. Si todo monasterio era entonces una escuela, y ahora lo que más se procura es fundar escuelas ¿ por qué se persigue á las comunidades religiosas en vez de obligarlas á la enseñanza siquiera para los católicos? Hablando de ellas, y refiriéndose á la enseñanza, decía Napoleón el Grande: « Este es su oficio. » ¿ Se quiere levantar al pueblo? Pues las escuelas de los claustros eran hasta para los esclavos. ¿ El hombre en general debe ser educado como Rey según dijimos al principio? ¿ Los grandes é hijos de reyes necesitan otra educación como lo hemos reconocido nosotros? Pues escúchese á un monje del Chuny, contemporáneo de Gregorio VII: « Después que he meditado continuamente sobre el anhelo y cuidado

con que se vela noche y día sobre los niños, me he dicho en mis adentros que sería difícil que el hijo del rey más poderoso pudiera ser educado en su palacio con mejor solicitud de la que se despliega por el último alumno del Chuny» (1). Es decir, por el esclavo y por el pobre de solemnidad, que en el Japón moderno es excluído de la educación. Pero á este propósito hay un hecho conmovedor, sin igual en cuanto hemos leído; y cuya relación debemos al mismo Montalembert: « Mas nada prueba mejor, prosigue este escritor, cuanto la educación se había identificado con el espíritu monástico que el documento que se había conservado en el archivo de la Abadía de San Galo; en el cual un esclavo de élla dejaba una parte de su peculio para que todos los años, el día de Pascua, se dé á los alumnos una copa de vino. »

¿ Quién no llora al leer esto? ¿ Quién no bendice á las comunidades religiosas que de ese modo educaron á sociedades que les son tan ingratas?

En las órdenes contemplativas se daba en el siglo XII, clases á los religiosos ó religiosas en el interior del claustro; y á los seglares ó seglaras en los departamentos exteriores; y de ahí que un escritor contemporáneo diga: « En este siglo se distribuía al pueblo la ciencia á las puertas de los palacios episcopales y de los conventos como el pan á los pobres y las medicinas á los enfermos. » Citamos estas palabras para que nadie nos salga con que sólo se educaba para clérigos y religiosos. ¿ Y el Imperio de Oriente y la mujer?

(1) Montalembert. « Los Monjes de Occidente. » Tomo 6.º, pág. 165. Edición citada.

« Aun los solitarios de la Tebaida tomaban á los hijos de sus amigos que quedaban en el mundo para educarlos y cumplir con la misión que se habían impuesto ».

San Juan Crisóstomo dice « que en su tiempo los habitantes de Antioquía mandaban á sus hijos á estudiar en los monasterios. »

Dijimos ya que en Oriente las disputas religiosas no permitieron se desenvuelva la educación claustral como en Occidente; sin embargo, escuchemos una vez más al inmortal Montalembert: « La regla de San Benito, dice, menciona cuanto exige la educación de los jóvenes escolares: él mismo educó á los hijos de la nobleza romana. Las reglas más antiguas, como las de San Basilio, el monje denominado « El maestro » de Grimlaico y otros, traen disposiciones análogas » (1). Podemos, pues, concluir que, *mutatis mutandis*, en el Oriente hicieron los monjes por la educación lo mismo que en el Occidente.

Vengamos ahora á la mujer. Ya hemos dicho algo sobre ella y los claustros de religiosas; recordemos ahora que en la Edad Media se divinizó en cierto modo la mujer.

En los primeros tiempos del cristianismo, como nota un historiador francés, ni se nombraba á María Santísima por temor de que fuera confundida con Juno, por ejemplo; pero fué sentando sus reales esa augusta religión y descolló la Madre de Dios; y con ella se enaltecíó la mujer. ¿Quién no ha leído algo de la caballería andante? La mano

(1) Montalembert. — « Los Monjes de Occidente ». Tomo 6.º, págs. 163 y 164.

sobre el puño de la espada, el caballero juraba por su Dios y por su dama. Y dejando esto á un lado ¿ha dado el mundo moderno mujeres como Clotilde, la condesa Matilde, Santa Isabel de Hungría, Blanca de Navarra, Blanca de Castilla, D.^a Berengüela la Grande, Juana de Arco é Isabel la Católica?

Estas y otras mujeres eran discípulas del sacerdote, el primer maestro de la mujer y de las escuelas católicas; y especialmente claustrales.

Pero bien ¿qué ha dicho y qué ha hecho el mundo moderno en loor de Dramaturgos como Shakespeare, Schiller, Goethe, Ibsen, Echegaray y otros? Pues eso mismo debía hacer con Rosvitha — Rossewhite, — Rosa Blanca, abadesa de un monasterio de la Baja Sajonia y escritora insigne (1)».

Esta mujer, en efecto, estudió por sí sola á Virgilio, Ovidio, Terencio, etc.; y acometió la gran empresa de poner en el escenario la vida que exige la Religión del Crucificado. «He querido sustituir, dice, historias de vírgenes puras á los extravíos de los paganos, y celebrar con mis débiles fuerzas los triunfos de la castidad, especialmente cuando la flaqueza de la mujer triunfa de la brutalidad de los hombres (2)».

¿Podía esperarse empresa tal de una mujer consagrada á Dios, y que jamás salvó los muros de su convento, y menos pisó en escenario alguno?

Hemos citado sus palabras para que se vea cómo educaría á las niñas entregadas á su cuidado. Pero

(1) Historia de la mujer al través de los tiempos. Págs. 128 y 129. Edición de Bastinos.

(2) Pág. 130. Edición precitada.

cedamos de nuevo la palabra al ilustre Montalembert:

« Desde la fundación de las órdenes religiosas en los pueblos cristianos, dice, las escuelas de niñas sostenidas por religiosas no cesaron de dar á la sociedad católica una multitud de discípulas distinguidas por la piedad como por el saber; y que rivalizaron en anhelo de instruirse con los monjes más instruídos ».

La ciencia de la mujer en la Edad Media era, pues, con poca diferencia, la misma que la del hombre, cuando las escuelas de religiosas se hallaban en su apogeo; y de ahí, repetimos, que descollasen genios que, dígase lo que quiera, no se han repetido en el mundo moderno.

Pero concluyamos ya este tan largo capítulo. Como sabe todo el mundo, los benedictinos y otros monjes convirtieron á la Europa en huertos y jardines. ¿ Qué no habrán hecho pues en los terrenos cedidos á ellos por la gratitud cristiana? Las aves comían en sus manos; las fieras cedían á su dulzura más que al himnotismo de nuestros días; las víboras y las serpientes eran lo que en el paraíso antes de la caída de Adán; los monjes tenían el cuerpo en los claustros y la mente y el corazón en el cielo; los ángeles hacían sus veces en la tierra cuando ellos se engolfaban en el Divino Maestro y cantaban en su torno los himnos que los santos ignocentes; himnos que no saben sino los que no rindieron tributo á la naturaleza humana.

¿ Qué Maestros y Maestras mejores se han podido hallar en el mundo que Dios y los que viven en comercio con El?

Los conventos, por lo general, se edificaban en

los afueras de las ciudades, y eran amplios y rodeados de bosquetes, huertos y jardines. Las celdas para el monje eran, es cierto, reducidas en su ámbito; pero las salas de comunidad y escolares reunían las condiciones higiénicas exigidas por la Pedagogía moderna.

El gran español Luis Vives, entre otros, quiere que las escuelas y colegios se hallen fuera de las ciudades; y esto tiene mucho fundamento, sobre todo si se salvan las distancias, como tan fácil es en el día. Nosotros hablamos de esto en el «Manual del Kindergarten», y ahora lo confirmamos. A las mujeres tenían los atenienses en el gineceo, como ya dijimos, por moralidad. Y la moral, la higiene, el adelanto intelectual todo exige que el niño no esté en contacto directo con el estruendo de las ciudades.

Ahora bien, maestros santos y sabios, edificio solitario, aromatizado por flores y árboles seculares, arrullado por brisas y aves y el canto de los monjes ¿podían no dar *mentes sanas en cuerpos sanos*? Véase, pues, cómo lo que hoy se exige para escuelas laicas, que no siempre llegan á organizarse sino en el papel, fué hecho real y verdadero en los oscuros tiempos de la Edad Media.

Las escuelas inglesas han sido en estos últimos tiempos la ilusión de Francia, Chile y otros países.

El mismo Montalembert, tantas veces citado, habla en el segundo tomo de sus «obras polémicas y diversas» muy á la larga de las escuelas, colegios y universidades de Inglaterra; y de sus palabras se desprende que, en lo seglar no son sino imitación de las escuelas cenobíticas de que hemos hablado. Sus palabras, sin embargo, valen menos que las de

Camilo Demalins, el admirador más ardiente de ellas en Francia. Esas escuelas están fuera de las ciudades, y en ellas reina gran libertad. La última no fué acaso tan amplia en las escuelas claustrales; pues en éstas, sin opresión, había gran disciplina. Niños que vagan solos en el campo no siempre han de dar buena cuenta de su moral, aunque la den de *disciplina relativa*, por cierto.

Otra era la educación de los claustros, ó era del hombre honrado en su verdadera naturaleza. ¿No se conocen los secretos de la soledad de jóvenes que vayan dispersos y sin ser mirados? ¿Esos secretos no se extienden también al bello sexo?

Esas escuelas y colegios ingleses, hay también en Alemania. ¿Y? En Alemania, el militar es lo que hemos dicho en otro capítulo. ¿Cuál es, pues, el hombre, cuál el Rey de la tierra? nos toca decir ahora. ¿El hombre máquina de escribir? ¿El hombre dejado á su libertad ó el educado por los claustros de la Edad Media? Y á que se vea que nosotros somos consecuentes, hagamos un paralelo: Cicerón y Tolstoy.

El primero era pagano, y reconoció que el hombre era un palacio en ruínas; (1) el segundo cree que al pueblo se le debe entregar en manos de sí mismo, porque «guiado por la Divina Providencia, sólo el pueblo sabe lo que le conviene y de qué estudios tiene necesidad»; Cicerón salvó á Roma de una horda de foragidos y comuneros; Tolstoy arma millones de ellos queriendo destruir la disciplina desde la Escuela Primaria. ¿Y para qué continuar,

(1) La calda original.

cuando Compayre, racionalista y todo le refuta con todas sus fuerzas? (1).

CAPÍTULO XXV

Bacon y Descartes. — Filosofistas

Son distintivos del genio el concebir rápido, la decisión pronta; y cuando su vida es absorbida por una sola idea, es porque ésta equivale á una creación. Lo que decimos del genio podemos aplicar á las naciones; y decir que las que se elevan disputan poco y trabajan mucho, y siempre unidas y siempre con la vista puesta en el ideal á cuya realización aspiran.

Por el contrario, las sociedades que decaen son todo riñas ó disputas. ¿Quién nos puede negar esto? Es claro que nadie. Esto fué la Filosofía escolástica cuando quedó como fatigada de haber sacado triunfante á la religión de Jesucristo, y de haber lucido con un sol como el Angel de las Escuelas y con astros de segunda magnitud; pero sólo comparados con el primer metafísico del mundo, como lo era aquél. Argucias de católicos y del nominalismo disidente desprestigiaron al escolasticismo; y entonces vinieron Bacon, el que á la educación substituyó la inducción; y Descartes, el padre de la duda filosófica y no impía.

(1) Compayre. Estudios sobre la enseñanza y educación, pág. 53. Edición Hachette y C.^a

Como observa el Eminentísimo Cardenal Ceferrino González (1), Bacon no fué en rigor filósofo; y su influjo no fué original ni en las ciencias físicas, menos en las extrictamente filosóficas. Se abusó de la deducción; este abuso se debió corregir con volver á la inducción al puesto que en algunos ramos le habían usurpado aquélla; y esto debía hacer Bacon; y en rigor no lo hizo, porque era reaccionario; y la reacción jamás es en todo hermana de la verdad.

¿Y aún en las ciencias naturales no le precedieron con gran genio Rogerio Bacon, Copérnico, Kepler y otros hombres inferiores á éstos; el español Marqués de Villena, por ejemplo?

Pero D. Francisco llamó la atención porque generalizó, digamos, su estudio sobre la observación; y porque después, como observa el historiador citado, le dió renombre el filósofo D'Alembert.

Dice este mismo historiador (2) que Descartes fué un *hipócrita*. Nosotros no estamos con su parecer, sino con el del sabio Balmes, porque, en efecto, si la mayor parte de su vida pasó entre protestantes ¿qué objeto tenía en fingir creencias católicas y profundo respeto á la religión? Además, bien sabida es la estrecha amistad que tuvo con el P. Jesuita Mercenne, quien recogió todas las observaciones filosófico-religiosas de su tiempo contra la duda de Descartes. Le contesta este gran filósofo y le dice... «Y, en fin, como antes de empezar á reconstruir la casa en que se habita, no basta el derribarla y hacer provisión de materiales

(1) Historia de la Filosofía. Tomo 3.º, págs. 10, 11, 12, 13 y 14.

(2) Tomo 3.º, pág. 41, etc. Edición precitada.

y de arquitectos ó ejercitarse en la Arquitectura y en trazar cuidadosamente el diseño del nuevo edificio, sino es preciso estar provisto de algún otro donde se pueda vivir cómodamente mientras se trabaja en el nuevo; para que no estuviere irresoluto en mis acciones, en tanto que la razón me obligaba á estarlo en mis juicios, y para no dejar de vivir entre tanto lo más felizmente que pudiera, me formé una moral provisoria que consistía en tres ó cuatro máximas que voy á exponer. La primera es obedecer á las leyes y á las costumbres de mi país, *conservando constantemente la Religión en que por la gracia de Dios había sido instruído desde mi infancia...*»

«Después de haberme asegurado de estas máximas y haberlas puesto aparte en las verdades de la fe, que han sido siempre las primeras en mi creencia, juzgué que podía deshacerme libremente del resto de mis opiniones (1)».

La duda de Descartes era, pues, la de un creyente y verdadero filósofo y no la de un filosofista ó un hipócrita; é insistimos en esto, porque escépticos é innovadores como Descartes, son diversos de los hombres de quienes luego hablaremos.

Pero bien, escritores superficiales creen que no se puede en rigor hacer mención de estos hombres en un tratado de Instrucción Primaria (histórico ó metodológico); pero nosotros, ampliando lo dicho antes, decimos: las familias, la sociedad, el Estado, la educación é instrucción públicas, son lo que los

(1) Balmes: Filosofía fundamental. Tomo 1.º, págs. 555 y 556. Por lo que vale este gran filósofo nos referimos á él; pero si hemos hojeado á Descartes.

grandes hombres, los filósofos, los políticos y otros más.

Bacon y Descartes debieron, pues, influir mucho en la educación, el primero en la creación digamos de la enseñanza objetiva; el segundo en que se analicen los métodos y sistemas pedagógicos; pues ya no había más dogmas que en Religión.

¿Y los escépticos, y epicúreos, y materialistas modernos? Su influjo ha sido diverso del de los dos grandes que hemos mentado; pues de ellos, de los enciclopedistas y otros vienen los absurdos religiosos que han descendido á conmovier en sus bases la educación, como conmovieron toda la sociedad.

CAPÍTULO XXVI

**Erasmus y Malebranche. — Loke y Rabelais.
Rousseau y Fenelón**

Lo decisivo de las doctrinas de Bacon y Descartes y el que la renovación se haya ido efectuando gradualmente nos han permitido alterar el orden cronológico; pues debíamos tratar antes de los teóricos, de quienes vamos á tratar en este capítulo.

Comencemos por refutar á Compayre, aunque no sea si no de paso (1).

¿En el siglo XVI se comenzó á mirar por la Higiene escolar? Pues entonces mienten sus compatriotas Montalembert y Ozanán, á cuyo lado él se

(1) Lección V. — Historia de la Pedagogía.

eclipsa, como las estrellas al del sol. ¿En el siglo XVI se comenzó el estudio de los clásicos griegos y latinos? ; Qué falta de Historia ! ; El estudio de los clásicos fué provechoso para Europa? ; Qué destino !; pues á él entre otras causas atribuyen Cantú, Moigno, como ya hemos dicho, y otros grandes la revolución más terrible que ha deplorado el mundo. Y no queremos detenernos, porque entre él y nosotros hay un abismo, con la felicidad para nosotros de que de nuestra parte están la Biblia, la Razón y la Historia.

Erasmus fué una medianía como entre otros, observa Cantú. Siempre indeciso, siempre ambiguo, apasionado por la Literatura de otros tiempos cuando apuntaba la aurora de época incomparable hasta hoy en el mundo ; teórico en Pedagogía ; merece nos detengamos en él, aunque, por otra parte, y como dice Feller, haya sido « el espíritu más bello y el sabio más universal de su siglo ? »

La orden religiosa que le educó, cultivaba el latín y el griego, pero los aplicaba especialmente á lo religioso ; Erasmus, por el contrario, aplicó sus conocimientos en ese idioma á los clásicos, que, como hemos dicho, debían terminar por conmovier en sus bases al mundo.

Y, en dos palabras: él no se ocupó en Instrucción Primaria; sus escritos son de hombre erudito, no de innovador; no podemos, pues, concederle grande influjo en el tercer renacimiento; y más cuando éste fué positivista, y Erasmus se andaba por las nebulosas y quería dinero, *más para comprar libros griegos que vestidos.*

Soñador como él, pero soñador sublime fué Ma-lebranche: su teoría, no puede ceder sino á la de

Santo Tomás sobre la visión beatífica; esta sí, es la única en su género verdadera; ó, por lo menos, la más sublime concepción de la mente humana.

Malebranche no puede ser tenido como innovador; al contrario, si nos atuviésemos á él, la enseñanza objetiva y la intuitiva que, en gran parte, son de las escuelas modernas, debían ser eliminadas.

El principio escolástico era *Nihil est in intellectu quin prius fuerit in sensu*; á lo cual añadió otra escuela, *praeter ipsum intellectum*, porque si toda idea viniera de los sentidos, estaba por demás la razón pura, lo que es absurdo afirmar. ¡Pero cuánto no puede la percepción sensible! Y la condenó Malebranche, como lo demuestra Compayre; y, por lo mismo, antes que como innovador, debería ser tenido como reaccionario, si sus teorías se hubieran llevado alguna vez á la práctica.

El polo opuesto de Malebranche, aunque coincidía con él en cuanto á las ideas intermedias, es Loke. Sus sueños se hallan refutados por Compayre. ¿A qué refutarle nosotros cuando no puede haber disputas entre él y nosotros, una vez que él no fué de nuestro credo pedagógico y religioso?

Aunque anterior á él, fué mucho más filósofo y práctico Rabelais, quien si conoció la degeneración de las escuelas claustrales y laicas (ó mejor seglares) de su tiempo, no condenó por ello la educación religiosa, por ejemplo; y que es la que más hace á nuestro propósito.

Notemos sí que el latín y el griego, que hoy rechazan los latinos especialmente; el primero como enseñanza de la Iglesia; y el segundo como innecesario, como lo es en verdad, una vez que pasó

para no volver la lengua de Homero y Platón, y que todas las obras griegas de la edad de oro se hallan vertidas á los idiomas modernos; notemos, decimos, que esos idiomas eran los más recomendados por el innovador Rabelais. Hemos leído al R. P. Jesuita Fernández, español de nacimiento y residente en la Argentina, quien hasta cierto punto, cree que el latín es como la Lógica en su acción sobre la inteligencia, pero no hablemos de este idioma, porque no es asignatura de la Escuela Primaria.

Después daremos nuestra opinión sobre las *Leciones de Cosas*, en las cuales se ocupó Rabelais; ahora observemos sólo que su educación es recargada y antihigiénica (y Rabelais quería higiene) porque, en efecto, si la misma mesa es clase de lección de cosas; y el discípulo ha de madrugar á las cuatro de la mañana ¿qué será de él á la vuelta de dos años?

Rabelais condenaba la educación religiosa recargada y de pura forma, digamos; y nosotros somos los primeros en hacerle coro en este punto; mas antes pidiendo á los educacionistas modernos se fijen en cómo procede un verdadero genio como Rabelais, aunque su terreno sea el de la burla y de la sátira: al menos adecuado, sin duda alguna, para la educación. No condenó la educación religiosa, repetimos. — Hablamos de teóricos. Sigamos con un teórico misántropo y tan apto para la educación, que á la mujer con quien vivía no pudo enseñar lo que un proletario ó albéitar, á la compañera de su peregrinación en la tierra. Ya se sabe que hablamos de Juan Jacobo Rousseau y de su famoso «Emilio».

Para no entrar en detalles; y sí en pocas palabras presentar su fisonomía, recordaremos de dos anécdotas; una referida por Balmes en su *Filosofía Elemental*, y la otra de autor moderno, cuyo nombre no recordamos por ahora.

Un rey oriental se propuso ver qué idioma hablaba un niño que no aprendía ninguno, porque en temprana edad fué abandonado en un redil de cabras; y se proveía de alimento de modo que no viese quien le hacía. Este infeliz aprendió á balar como las cabras.

Otro joven fué cazado en el mismo Oriente, como es cazada una fiera. Nada hablaba, en nada detenía la vista, ningún alimento le era preferible; y, en una palabra, era inferior, tal vez, á una ostra, la cual ocupa una de las últimas escalas de la vida irracional. Este joven ¿quién sabe de qué modo fué «entregado á la naturaleza» como el tal Emilio? Rousseau, por lo dicho, debió venir después de Darwin y tener por teatro el Africa tenebrosa, donde el gorila y el chimpancé se hallan tan desarrollados, que aún llegan á robar á las mujeres que solas atraviesan por su territorio.

Y para no entrar en detalles, repitamos lo dicho en otra parte, y que aquí vuelve á hacer á nuestro propósito. No podemos, no, esperar gran cosa de la naturaleza humana entregada á sí misma como quiere Rousseau, por dos razones; una su degeneración, y otra el que, á diferencia de los animales irracionales, no es perfecta en su línea, sino cuando ella misma se perfecciona. El instinto enseña al animal irracional cuanto necesita para la vida; y el vestido le suministró la Divina Providencia, y también el alimento de que vive. Al contrario, el

hombre no andaría, no hablaría, muriera de necesidad y para un idiota si la sociedad y el propio esfuerzo no vinieron en su ayuda.

El sistema del educacionista teórico Rousseau es, pues, absurdo en su base; y aunque luminoso en este y el otro detalle como parto de un genio, siquiera sea extraviado, no nos puede ocupar; y más cuando sus mismos correligionarios se tomaron el trabajo de refutarle.

El Telémaco es diverso del Emilio, pero no hace á nuestro propósito analizarlo porque es libro dirigido á un príncipe; y aquí tratamos de la educación que á la humanidad se debe dar como á Reina del mundo y reconocidas antes las jerarquías en que se halla dividida.

El tratado de «La Educación de las jóvenes», es de hombre que, si en el templo, si en el hogar conoció á la mujer; y la habla con dulzura, pero atacando de frente á la enfermedad. Con todo, si no es para la *verdadera educación*, no lo recordáramos; pues que la Pedagogía se halla hoy en grande adelanto que él no imaginó.

Pero se nos dirá ¿también Fenelón entra entre los teóricos? Y responderemos que sí para el propósito que aquí perseguimos. Porque, en efecto, ¿es ser maestro del hombre el educar, por bien que se lo haga, como lo hizo Fenelón; es ser maestro del hombre como Rey de la creación, repetimos, el educar á un príncipe? De ahí el que en el libro de «La educación de las niñas» se hallen principios como los de la libertad casi absoluta en la escuela.

¿Y la mujer? Ya se sabe la historia de la Guyon. Y aunque ésta no existiese, ¿es educar á la mujer

educar á las personas á quienes dirigió su libro Fenelón? Creemos que no, mil veces no, por más que ese gran Arzobispo haya educado á algunos nobles, los más difíciles de educar según la experiencia que hemos pagado tan caro. Pero rindiendo el tributo de la más profunda admiración á una alma angelical, á un genio, á pesar de su superioridad, como de mujer por la gran parte que en él tenía el corazón; pasemos á hablar algo más sobre la educación de la mujer en la sección respectiva del capítulo siguiente.

CAPITULO XXVII

Montaigne. — Kant y Spencer. — De Maistre y Moliere. — Dupanloup y Heine. — Místicos y novelistas.

Antes de tratar de cada uno de los personajes mentados en el epígrafe, haremos una observación que acaso tenga su tal cual novedad en el mundo pedagógico. Nadie ignora que Montaigne, tal vez sólo de tímido no se declaró llana y netamente escéptico; y, que sus escritos en general, pecan también por inmorales.

Como dijimos, las novedades de Kant *yacen empolvadas en el fondo de las bibliotecas antiguas* (1); porque en efecto, en terminología bárbara, la más á propósito para aumentar dificultades y retraer á los jóvenes del estudio de la Filosofía (2), enseñó

(1) Balmes. — Filosofía Fundamental.

(2) Compendio de Filosofía para los Seminarios. Tomo 3, pág. 509, por M.*** sacerdote sulpiciano.

el escepticismo, si no es en los puntos en que se contradijo á sí mismo.

¿Y Herbert Spencer y su altruismo, tan de moda hoy, y otras y otras novedades y delirios como los de Kant?

Y con todo ¡cosa singular! Esos mismos soñadores, al tomar la pluma para escribir sobre educación, se transforman como jamás se podía esperar; y, aunque no todo lo que dicen sea admisible, es corriente y á los alcances de todos, como debe ser la ciencia que merezca este nombre.

Recordamos á este propósito de las palabras de uno de los filósofos más errados de Alemania, citado por el mismo Balmes. Después de distracciones inocentes iba con repugnancia al escritorio, en el cual torturaba su inteligencia para seguir con sus innovaciones, tal vez para él mismo ininteligibles, y si no era en los momentos en que las escribía.

Recordamos, decimos, de este filósofo y más del hogar y nos decimos: en el mundo hay dos templos: el de Dios y el de la familia. Contra el primero se dispara muchas veces el hombre con toda libertad porque representa á uno imperecedero que no se conoce; y porque el sacrílego se alejó de él. Contra el segundo, apenas se puede blasfemar, porque en él están la madre, la esposa, los hijos; en él descansa el más foragido de los hombres; y en él se espera exhalar el último aliento.

El hecho es innegable; ahora si nuestra explicación de él no satisface, nos complaceremos en ver una más verdadera y concluyente. Hecha esta observación, vengamos á nuestros filósofos. Montaigne fué de la Escuela de Epicuro; y, por lo mismo, fué precursor de Comte y otros positivistas; con todo

en nada es exagerado, y además inicia no pocos de los adelantos pedagógicos del día. Las excursiones escolares al campo, fábricas, etc., tan del gusto del día, sino con los mismos nombres, se hallan entre sus medios de educación; porque él no rechaza el libro, pero no lo tiene como el único medio de educar. Montaigne merece, pues, ser consultado; mas nosotros no nos detenemos en él, como no nos hemos detenido en otros, porque nuestro objeto no es historiar, sino llegar á la Escuela Primaria tal como debe ser en el día, después de los adelantos que en verdad contribuyeron á formarla.

Montaigne escribió también sobre la educación de la mujer, mas con poco acierto; pues, en buenos términos, las quiere ignorantes; pero ¿á qué detenernos en un escéptico, y epicúreo cuando nos sale al paso todo un Conde De Maistre? El fué más político por principios que filósofo; pero merece el nombre de tal por lo elevado de su doctrina y por la Lógica que en él es inflexible aunque le lleve á conclusiones que le han presentado como *terrorista*, como en el Ecuador se llama á los discípulos de escuela en verdad exagerada. ¡ Ah « Las veladas de San Petersburgo » ! ¡ Qué profundas no son sus ideas, qué llano, lógico y hermoso su estilo ! Y así iríamos discurrendo sobre otras y otras obras de este gran hombre; pero vengamos á sus cartas á las niñas que le debieron el sér, cartas citadas por el Obispo de Orleans (1).

Este no se atreve á refutar de plano sus principios ¿ y lo haríamos nosotros ? Pero si uno y otro nos precedieron con unos cuantos lustros, y des-

(1) « Educación de las hijas. » Traducción de Francisco Navarro, páginas 16 y 17. — Barcelona.

pués de éstos cambió, en gran parte, el mundo pedagógico ¿ no tomaremos el medio justo á nuestro modo de ver?

Comencemos por recordar á De Maistre que las Musas fueron mujeres, y que las hijas de él, nobles como eran, muy bien podían *pintar al óleo y hablar la lengua de Safo* con mejores ideales que ésta. ¿ Por qué negar esto á la mujer? ¿ Por qué á ella que es todo corazón, no permitirle sea una Santa Teresa en lo místico y una madre que escribe como la señora de Sevigne? ¿ Y por qué asegurar que la mujer no ha hecho *ninguna cosa modelo en ningún género?*

¿ Y la señora Stael y la señora Pardo Bazán, cada una *mucho hombre para mujer?* Y esto que no queremos penetrar en terreno vedado para nosotros y hablar de la poesía erótica, para la cual la lira de la mujer supera á la de Teócrito, Tibulo, Ovidio, Petrarca, Villegas, Menéndez, Valdés, Acuña, Flores, etc.

¡ Y en lo militar Juana de Arco! ¡ Y en lo político-religioso Santa Catalina de Sena! Y para el maquiavelismo (si éste merece ser citado) esa Catalina de Médicis!

No estaba, pues, en lo justo el Conde De Maistre al asegurar lo que hemos refutado; pero lo está al asegurar que en la mujer *no es la medianía de su educación lo que hace su debilidad; su debilidad es la que hace necesariamente la medianía de su educación.* En esto, hablando en general, y no de un modo absoluto como él, sí que hay razón, y lo confirma Moigno cuando habla de las doctoras; y dice que ni á examen se puede sujetar á una persona enferma, como lo es la mujer.

Nosotros, pues, estamos con De Maistre respecto de las *mujeres barbudas*; ó que, por pedantería, optan á grados, etc., etc.; pero nunca condenaríamos en todas y de un modo absoluto la instrucción por elevada que sea: La mujer es Reina, pero sujeta al padre, al esposo, al hermano; y; en general, al hombre.

¿Y qué diremos de Moliere y otros Momos de la mujer? No recordamos si es de Lamartine la ocurrencia de que el Criador Supremo, sin tener talento ya que repartir entre los hombres, dió á los últimos el de *contar*. Nosotros, si la sátira y la burla, vinieran siempre de Dios, diríamos de ellas lo que ese gran francés del talento matemático. ¿Quién se ridiculiza á sí propio? Creemos que nadie. ¿Cómo es, pues, que los hombres se burlan de su mitad unos; de la madre que les dió el sér otros; y todos, por fin, de sér sagrado por su debilidad; sagrado porque su amor es el más puro de la tierra; sagrado porque, si no es inducido por el hombre, rara, muy rara vez se olvida de Dios?

Pero se dirá que se ridiculiza á la mujer por educarla; y nosotros diremos ¿habrá mucha diferencia entre estos educacionistas y los azotadores de niños del mundo pagano? Si no la hay, que se nos lo pruebe; si la hay, que se recuerde el rol de la mujer.

Considerarla, enaltecerla, olvidar su naturaleza física para mejorar cada día más y más su alma: he ahí el modo de educar á la mujer. Y vaya aquí, por conclusión, una anécdota de los monjes de los primeros tiempos del cristianismo.

Un romano de los más distinguidos de su tiempo se convirtió á la religión de Jesucristo, y entró

monje en el desierto. Era un santo, pero de la corte le quedaba el poner una pierna sobre otra; y esto era una culpa en la orden. ¿Cómo se le reprendió? Convinieron los monjes en que uno hiciera lo que aquél; y el superior le notara amablemente su falta. ¿Es digna de otra reprensión la mujer, y más cuando sus faltas son leves en comparación de las del hombre, á no ser que se corrompa y convierta en la más encarnizada de las fieras y mucho más depravada que aquél; porque en ella, más que en nadie, se verifica el principio católico de que la perversión del más santo es pésima? (1).

Vengamos á Eime Martín en su libro « La educación de las madres de familia ». Miscelánea es esta superficial y baladí que no nos detiene sino porque su autor aunque racionalista puro, parece bien intencionado.

Cree el pobre hombre que la Iglesia condena el matrimonio, siendo así que ella enseña que se crió en el Edén y se tornó indisoluble con la predicación de Jesucristo. ¿Y de quién tomó Justiniano la reglamentación, digamos, del matrimonio, si no de la Iglesia?

Igual á esta es la afirmación de que el sacerdote debe ser casado. ¿Por qué, decimos nosotros? ¿Porque de repente éste y el otro sacerdote rinden tributo á la flaqueza humana? Pues bien, ni uno ni diez entre ciento, sino casi todos los esposos del día son infieles á su esposa ¿y por esto hemos de destruir la familia aboliendo el matrimonio?

Otra ocurrencia de nuestro autor es que sólo en el matrimonio está la felicidad del humano linaje;

(1) El latín dice « Perversio optimi pessima ».

y esto como regla general es cierto, pues que el matrimonio fué impuesto á la especie, no á cada individuo en particular; y por esto, si él es santo, mucho más lo es el celibato del sacerdocio seglar y de las órdenes religiosas, cuan variadas y sublimes han existido y existirán en el mundo.

Pero este autor conviene con nosotros en que, elevada la mujer, se elevará el linaje humano; y cita el rótulo de un epitafio que leyó en el cementerio de Mont Parnasse, el cual, decía: «Duerme en paz, madre mía. Tu hijo te obedecerá siempre».

Prescindamos de todo lo que se pueda desear para la mujer, y supongámosla en verdad virtuosa, y que el amigo espiritual, el pariente, el hermano, el padre, el esposo, el hijo le dicen cosa semejante; y dígasenos si con solo el cumplimiento de esa oferta no se habrá transformado la época de disolución é impiedad en que vivimos.

Dupanloup, el atinado y dulcísimo pedagogo, elevado á la silla episcopal, también escribió sobre la educación de la mujer, y acaso sus últimas plumadas las dió en el libro «De la educación de las hijas de familia». Como el análisis de esta gran obra nos dejara del propósito principal de ésta nuestra, nos basta recomendarla aun más que á la del mismo Fenelón, y pasar al último punto de este capítulo.

Tal vez hemos salido de la Instrucción Primaria (á lo menos elemental y media), al tratar de la mujer; pero ha sido por tratar de lo más importante para ella. Con este mismo propósito diremos aquí cuatro palabras de los místicos y novelistas. Sabido es que en las grandes obras de la mujer, por lo general, hay que remontarse á la causa inmediata

superior, la cual es siempre un hombre. Los grandes hombres conocieron que para sus hijas, sus esposas, sus madres era casi siempre el maestro un sacerdote desde los primeros tiempos de la Era cristiana; y no lo llevaron á mal, hayan sido cualesquiera las creencias que ellos profesaban.

San Jerónimo, los obispos y monjes de la Edad Media, el P. Avila, Fray Luis de Granada, Fray Luis de León, la mayor parte de los oradores franceses, los primeros del mundo, Ventura Ráulica, etc., etc., ¡cuánto no enaltecieron y pueden enaltecer á la mujer por medio de sus obras inmortales!

Digan los profanos lo que quieran, nada educa á la mujer como la Religión, nadie como el sacerdote católico.

¡Y novelistas como algunos Jesuítas alemanes, como Bresciani entre los italianos; Coloma entre los españoles! Estos por la intención, pero seculares católicos como el inmortal autor de «El Escándalo», y el *casero*, digamos, puro, tierno, todo sentimiento y corazón, autor de los «Cuentos de color de rosa»!

¡Y Fernán Caballero! Conocemos más que su vida, sus obras; pero si escritora tan ilustre fué realmente lo que la inmortal «Clemencia» en la cual se retrató, ¡bendita una y mil veces la mujer literata y sabia!

Llama Clarín idea *empecatada* la idea de que, para juzgar á la mujer, se debiera ser mujer. Pues nosotros queríamos que á la mujer eduque antes que nadie la mujer. Entre ellas se conocen: entre ellas saben cómo se domina al hombre; entre ellas saben cómo la mujer es sabia cuando piensa con el corazón.

CAPÍTULO XXVIII

Alemania y Francia en los siglos XVI y XVII
Escuelas Normales

Apoyado en Breal, demuestra Compayre (1) la necesidad que tuvo Lutero de fundar escuelas. Casiodoro, por ejemplo, fundó su escuela y preparaba á sus alumnos, como ya dijimos, para que puedan ilustrarse en la Sagrada Biblia; pero él lo hacía por Dios y para bien del hombre; y por esto su obra respira la paz de los claustros, la madurez del sabio, el candor de la niñez.

Lutero, por el contrario, hizo de la palabra divina palabra suya, y tenía por tanto que imponer su interpretación: y de ahí el que predicase la necesidad de las escuelas para sostener y propagar aquélla.

¿Pero eran éstas populares? ¿O, si no es en lo político, eran una verdadera innovación? A lo primero responderemos que, si fueron populares las escuelas de Lutero, sería por un momento. Es verdad que él debió siempre recordar su origen y primeros años y amar al pobre; es verdad que cuando en su pecho no dominaban el furor contra Roma y otras y otras pasiones, su corazón era tierno y llegaba hasta el idilio; pero también lo es que cuantos caían en sus manos corrían la suerte de los hombres que las tempestades arrojaban á la isla de

(1) Historia de la Pedagogía, págs. 97 y 98. Edición de Bouret.

Polifemo si no contaban con la destreza de Ulises y sus compañeros de naufragio.

« Si no fuera ministro del Evangelio, decía, querría ser maestro de escuela. Aún no sé lo que vale más. » Y estas palabras se compadecen con el amor entrañable que profesaba á su hijo ; con la carta que escribió á su madre sobre religión ; pero esto, como hemos dicho, era el dormir de un antropófago de talla descomunal y gigantesca, el silencio y brillar de nube preñada de tempestades, la blanca nieve de cima volcánica cuyo seno sepultará muy pronto con su lava cien Pompeyas y Herculanos. ¿ Y era este hombre el que había de ver por la educación de la infancia y la niñez ? Sería absurdo suponerlo ; y así lo es el tenerle como á quien implantó las escuelas populares. Y aun prescindiendo de lo dicho ¿ podía ó puede haber escuelas más populares que las que eran para esclavos, para plebeyos, para pobres, para grandes y príncipes como las de los monjes ?

Si las escuelas de Lutero fueron populares, más lo son las de los nihilistas, anarquistas y socialistas modernos. ¿ Y con éstas triunfó Wellington de Bonaparte ? ¿ Con éstas venció á Rusia el Imperio del Sol naciente ? ¿ Con éstas se conserva la vida de un soberano ó se asegura la propiedad ?

Todo en Lutero fué *negar, subvertir, contradecirse*; y su obra, el protestantismo, fué lo que vamos á escuchar de los labios de Federico el Grande, juez nada sospechoso y de talento colosal. « Si se quiere dar con las causas verdaderas del progreso de la Reforma, se parará en que en Alemania fué obra de la codicia ; en Inglaterra del amor, y en Francia de la novelería ».

El juez, como hemos dicho, es nada sospechoso, ¿y esta religión, esta reforma pudieron ser origen de las escuelas populares? Hay más todavía; y es que Lutero buscaba á los grandes; al pueblo sólo para llevarle contra éstos cuando no condescendían con él.

Pero pasémos al segundo punto. Después de lo que llevamos expuesto sobre las escuelas de la Edad Media, nadie que nos haya leído atentamente se atrevería á asegurar que las de Lutero y sus colaboradores fuesen nuevas en el mundo en lo higiénico y pedagógico, científico y literario. Esto es verdad; mas ¿quién puede negar que eran una verdadera novedad en cuanto que se convirtieron en armas de partido y centros de política antes que de educación?

El célebre escritor Carlos Lenormant, en su obra sobre *La enseñanza de las lenguas clásicas*, demostró á maravilla esta verdad; pero nosotros creemos que no necesita demostración para quien conozca la historia de Lutero y toda la reforma protestante.

Y, á modo de paréntesis y para corroborar lo expuesto, ¿hubo algo nuevo en el movimiento lingüístico, literario, artístico y filosófico del protestantismo? ¿Es este el origen de los adelantos modernos?

No, si lo consideramos como causa única y eficiente, porque antes de él hubo «El siglo de León X y Dante, etc., etc.»; y el que cayese Aristóteles se debe á Descartes; y el que los clásicos griegos y romanos llegasen hasta nosotros, se debió, no sólo á los religiosos, sino también á las religiosas de la Edad Media. Con todo, nosotros en nada

somos extremosos; y, en prueba de ello, citaremos aquí á Balmes: «Es verdad, dice este malogrado sabio, hablando de la crítica, que el protestantismo contribuyó á extenderla, pero como la epidemia que diezma á las naciones contribuye al progreso de la medicina».

Pero hablemos ya de Francia. Sin preocuparnos de adelantos parciales y de interés lugareño y de pocas consecuencias en el mundo pedagógico, hablaremos de una innovación decisiva en la Francia cual es la de San Juan Bautista de la Salle.

Para hablar de la Institución de este gran hombre, debemos prescindir de su método de enseñanza por razones que después expondremos y por lo que vamos á tocar.

Ya dijimos que la enseñanza mutua, inocente y de gran fundamento pedagógico se convirtió en Francia en arma de partido solamente porque fué patrocinada por los liberales. San Juan Bautista de la Salle vino, pues, cuando esta enseñanza comenzaba el *via crucis* que después le fué tan terrible. Natural, hasta cierto punto, más política que pedagógica y económicamente hablando, era que el nuevo Fundador se declarase contra esa inocente enseñanza; y así lo hizo en los estatutos para su congregación.

Pero ¡qué diverso sistema de oposición el suyo y el de los enemigos, que no adversarios de su institución!

Nosotros creíamos que apenas habría en el mundo sacerdote educacionista que haya sufrido lo que nosotros; pero hemos salido del error, leyendo detenidamente la vida del gran hombre que nos ocupa. A nosotros, católicos de convicción, nos

habría bastado saber que fué santo para tenerle por superior á Lutero, mas para que cuantos nos lean se persuadan de que en verdad lo fué, estudiaremos su obra, en cuanto sea posible comparándola con la que predicó Lutero.

Noble, rico y de gran posición social era San Juan Bautista de la Salle, y todo lo renunció para convertirse en Instructor; Lutero fué de origen pobre y oscuro, y pidió escuelas para levantar su obra y sostenerse en el puesto á que llegó; á San Juan Bautista de la Salle pidieron cuentas sus hermanos, y él, valiéndose de esto, se abrazó de la Cruz; Lutero plegó á los grandes á quienes muy luego había de dar las espaldas; las escuelas populares de Lutero, como dice Daguet, fueron muy pronto convertidas en gimnasios latinos; las escuelas de San Juan Bautista de la Salle, se propagaron en Occidente, y en el Oriente admiraron al gran orientalista Saulcy; las escuelas de Lutero armaron al pueblo y le echaron á la revolución; las de San Juan Bautista de la Salle enseñaron á orar y obedecer: ¿por cuál de las dos instituciones se declaran los padres de familia, sean cualesquiera sus creencias religiosas?

¿Pero á qué paralelos si, aunque no hubiera sido un santo la Salle, su lenguaje fué puro y puras sus costumbres y á todos perdonó y á todos hizo bien? No somos nosotros, es el *filósofo de Galilea*, como en el Ecuador se ha comenzado á llamar á Jesucristo después que Rousseau dijo: «Si la vida y la muerte de Sócrates son de un filósofo, la vida y la muerte de Cristo son de un Dios»; no somos nosotros, decimos, sino un Dios hecho hombre el que dice que á quien escandaliza á los niños, mejor sería

«atarle una piedra de molino y echarle al mar» para que no salga á flote, ¿y á este escandaloso, señores Compayre y Breal, llamáis fundador de las escuelas populares, que deben ser puras y santas como la infancia y la niñez?

Mucho os apreciamos á pesar de nuestro credo político-religioso; y por esto no os decimos *vissum teneatis*. Mas que los hombres de Estado decididos por la enseñanza mutua, persiguieron á San Juan Bautista de la Salle, el clero y los institutores y calígrafos; pero él triunfó de todos, como al fin triunfa la virtud. Ahora bien, ¿qué clase de establecimientos son los de los Hermanos de las Escuelas Cristianas? Su Santo Fundador los clasificó como elementales. Tal es la Institución principal; y en las ciudades debía ser regentada por religiosos, y en los campos por seculares. Y para éstos se estableció una escuela que muy bien podemos denominar Normal elemental. Mas ¿por qué, se nos dirá, esta distinción de Institutores? Porque el Santo evitaba la relajación de sus religiosos; y lugares pequeños no podían alimentar á una comunidad; y pocos religiosos se relajan más fácilmente.

Hablemos con este motivo de las Escuelas Normales. Que éstas son necesarias, nadie lo puede negar, por más que sea en verdad moderna su institución en la forma que actualmente revisten. Porque ¿no eran Escuelas Normales los claustros religiosos docentes de la Edad Media? Es claro que sí, porque en ellos los monjes aprendían á enseñar. La institución no es, pues, del todo nueva; y sí de grande utilidad, y, por desgracia, parece que no llega aún á su perfección.

Porque en efecto, si la escuela primaria se divide

especialmente en elemental, media y superior ¿no es lógico haya otras tantas clases de escuelas normales, una vez que métodos, textos, Preceptores, todo debe adaptarse á la categoría de la escuela? Es claro que sí. Por otra parte, si en la autócrata Rusia hay escuelas normales católicas y normales disidentes, natural es que en pueblos más libres se distingan también las escuelas según las creencias que dominen en la mayoría de sus habitantes. Se gastará más, sin duda alguna, pero para conservar la paz tranquilizando las conciencias.

Como esto es tan claro, no insistiremos en probarlo; y terminaremos este capítulo con una amonestación del Santo Fundador á sus religiosos. «Nuestros hermanos, repetía á menudo, no se sostendrán sino en cuanto sean pobres. Perderán el espíritu de su estado apenas se ocupen en buscar las comodidades de la vida» (1). ¿Meditan los hermanos de las Escuelas cristianas en estas palabras? Así lo creemos, pero su monopolio de la enseñanza no prueba esto, y antes los expone á lo que les pasó en París. Nosotros los queríamos en el Ecuador, por ejemplo, diseminados en toda la República, antes que aglomerados sólo en la capital y dejando desiertas todas las escuelas.

En tiempo del Sr. García Moreno tomaron la dirección de la Escuela de Artes y Oficios; y en los del Sr. Caamaño abrieron también colegio secundario. ¿Cuáles fueron los resultados?

Sigan, pues, consecuentes con el fin de su Instituto; y ningún poder de la tierra los extinguirá.

(1) Armando Ravelet. Vida del Beato, etc., pág. 65. Edición de París.

CAPÍTULO XXIX

La revolución francesa y Napoleón. Influencia de los Gobiernos y los grandes hombres en la Escuela Primaria.

Nada prueba mejor tal vez el gran pensamiento de Federico el Grande sobre la causa para que el protestantismo se estableciese en Inglaterra como la inconsecuencia de los ingleses en cuanto á Instrucción pública. Porque, en efecto, como observa el mismo célebre escritor Carlos Lenormant, la Inglaterra perdió su fe, y con ella, la unidad religiosa; pero conservó los establecimientos de educación con que la enriqueció al catolicismo. Si C. de Demoulins hubiera conocido más á fondo la historia de Inglaterra, habría admirado en esta nación el espíritu tradicionalista y conservador, y se hubiera remontado á la fuente de sus escuelas de hoy: el catolicismo.

En Francia, por el contrario, apenas si se implantó el protestantismo, pero los establecimientos de educación de los tiempos medioevales fueron sustituidos por otros. No hace el caso analizarlos, por más que entre ellos figuren las *escuelitas* de los solitarios de Port Royal y otras de las cuales tal vez hablaremos en la segunda parte de esta obra.

Digamos ahora algo sobre el influjo de una revolución hasta hoy incomparable por lo sangrienta y desastrosa sobre la educación primaria en Francia.

Para nuestro propósito, basta recordar aquí que Lavoisier, que transformó la Química y tenía en estudio acaso grandes descubrimientos, fué arrestado; pidió algunos días de plazo para terminar sus trabajos científicos preferidos; y se le negó, y se le llevó al cadalso. Esto se hacía con los grandes, ¿y podía entonces haber escuelas primarias? Quedó Francia materialmente como la *tabla rasa* de Descartes; y en ésta debían surgir instituciones utilísimas unas, dañosas otras; y no pocas debidas puramente á la novelería ó al odio al catolicismo.

Pero la Francia nos parece á nosotros la zona tórrida en la cual nos cupo en suerte nacer. Todo en ésta es colosal; y si el ceibo y otros árboles gigantescos como los preadamíticos esconden su copa en las nubes; trepadoras de la talla de ellos se enroscan en sus tallos unidas como Lacowrite y sus hijos, y presentan cuadros semejantes á este celebérrimo é imperecedero grupo. Unos árboles confortan y refrescan como la palma; y la sombra de otros causa la muerte según la creencia popular; y todo en ella es colosal, sino por su talla, por sus virtudes en la ciencia; sino por éstas, por la hermosura de sus hojas ó sus flores.

La Francia destruye y reconstruye; escandaliza y edifica; corrompe y hace santos, todo en grande, todo como un Marat, un Gambeta, una Carlota Corday; ó un San Francisco de Sales; un San Vicente y una hermana de la caridad.

Volvamos á la Convención. Tenía ésta que reorganizar la Francia y que resistir á la Europa, y, con todo, como improvisaba ejércitos y generales, atendía á la Escuela, á los Colegios, á las Universidades é Institutos especiales; y el 30 de Mayo

de 1793 decidió que el « proyecto de decreto presentado por la *Comisión de Instrucción Pública*, sea puesto en discusión irrevocablemente todos los jueves ». Lantenas, Gregoire, Chenier, Foureroy, Bouquier, La Kanal y Dauwou presentaron proyectos; y todos fueron discutidos; y luego Lagrange, Bonnet, Sainte Pierre, Laplace, Berthollet, Dauventon, Sicard, Aauy; La Harpe, etc., etc., fueron llamados para Profesores. ¡Qué pléyade de sabios! De entre ellos los más fueron destinados á la instrucción secundaria y superior; pero las ciencias, reducidas á elementos metódicos y precisos, debían naturalmente influir en la Escuela Primaria. Se crearon escuelas Normales; pero todo era improvisado, todo del momento; y ¡triste es decirlo! se improvisan ejércitos, generales, mariscales, pero casi nunca un Maestro de Escuela; y menos en tiempos como los que alcanzaba la Francia.

Pero ésta iba á ser absorbida y levantada por un hombre hasta ahora sin segundo; y guerra, artes, oficios, las ciencias cuan vastas y humildes ó elevadas son, todo iba á recibir impulso extraordinario de hombre á quien la tierra contempló tan grande, que *no sabe cuándo otro igual vuelva á sentar la planta en ella*, (1) como dice Manzoni, poeta poco fecundo, pero acaso insuperable por lo lírico.

Napoleón estaba en todo, pero sobre todo era

(1) Escribimos sin tener á la mano nuestras obras por lo revuelta que se halla nuestra librería, porque la casa en que habitamos se halla en construcción. «El cinco de Mayo» traducido por D. M. A. Caro y otros no se halla, pues, á nuestra disposición y reproducimos el original, pero en prosa castellana.

guerrero y político ; y de ahí la organización de cuartel que dió á la Instrucción pública, organización no muy nueva si se la compara con las de Inglaterra y Alemania en punto á dependencia de Escuelas y Colegios, de la Universidad ; pero sí nueva para Francia, y nueva porque era un genio quien la decretó.

Pero ¡ obras de un hombre, aunque sea un genio ! En manos de Napoleón, católico cuanto grande, esa organización dió poco que hacer á la Francia en Religión : lo primero para un pueblo, pero después !... Ya lo veremos ; y antes de ello citemos á Lorain.

« Es difícil, dice, haber vivido algún tiempo en nuestros colegios sin meditar en que espíritus oprimidos diez años, en la edad en que la naturaleza, más expansiva que nunca, necesita libertad, terminan por agriarse, y que todos sus espíritus vitales se convierten en odio á la regla y á la autoridad, odio que estalla y ¡ con qué violencia ! cuando ellos pasan de la opresión á la libertad ilimitada. »

« Si se piensa, pues, en fundar un colegio, sería preciso comenzar por ensayar los medios de cambiar esta vida de cuartel, que el Emperador reglamentó para los niños, con un régimen propio para ellos (1) . »

Este rigor de cuartel se nota en la mayor parte de las instituciones francesas ; y en Napoleón no se debió extrañar. Era malo higiénica y moralmente hablando, pero no de las pésimas consecuencias que la absorción de la Escuela y el Colegio por la Universidad.

(1) Montalembert. Obras polémicas y diversas. Tomo 2.º, pág. 339. Edición de Lacoffre.

¿Se quiere comprobemos con un ejemplo esta aserción? El 9 de Mayo de 1830, Lacordayre, Cous y el Vizconde de Montalembert, redactores de «El Porvenir», abrieron en París, en la calle de las Bellas Artes, una escuela gratuita sin autorización ninguna, á fin de hacer respetar la libertad de enseñanza. Los discípulos fueron notificados por la policía que el plantel estaba clausurado; y, como esta orden no fuera respetada, la misma policía puso su sello en el portón y redujo á los fundadores á cárcel correccional. Montalembert sucedió á su padre como Par de Francia; y se estrenó en el Parlamento hablando sobre su obra y la de sus compañeros; contaba entonces veinte años de edad, y admiró por su discurso.

Entre paréntesis. ¡Qué hombres esos maestros de Escuela, pertenecientes todos á una pléyade que, con ser Francia lo que es, difícilmente volverá á verla en su seno! Eran el desgraciado Lamennais, Lacordayre, Montalembert, Ozanán, Río: todos inmortales en su género.

Pero volvamos al punto último, traído como de la mano por esos grandes hombres. Cedamos para ello la palabra á Greard (1).

«..... el decreto de 1808, envolviendo la creación de la Universidad, ordenaba que se estableciera «al lado de cada Academia, en el interior de los colegios i de los liceos una ó varias clases normales, para que el arte de enseñar á leer i escribir i las primeras nociones del cálculo no fuesen dadas sino por maestros distinguidos.» Y en 1815, á propuesta de M. Carnot, Napoleón resolvía fundar en

(1) La educación é instrucción. Tomo 1.º, pág. 168. Versión chilena.

París un establecimiento normal de enseñanza primaria que, bajo la denominación de « *Escuela de Ensayo* », formara maestros según los procedimientos experimentados con éxito en los países extranjeros. Un local había sido arrendado en el faubourg Saint Marceau; las listas detalladas del planteamiento estaban aprobadas i el comité de estudios compuestos de Fred, Couvier, Gerando i el abate Gaultier, estaba reunido. Un día que Carnot le presidía, se le llama, sale un instante, i luego, impasible reanuda el curso de la discusión: acababa de saber el desastre de Waterloo. Como todos los proyectos anteriores, « *La Escuela de ensayo* » quedó en estado de concepción (1). »

Se habrá notado que las grandes transformaciones de la Escuela Primaria fueron siempre debidas á los grandes hombres: ó sabios dedicados á la enseñanza superior; ó especialistas, aunque nada enseñasen, ó sacerdotes ó religiosos; ó por fin, genios que, como Fróebel, apenas si á un principio se conocieron á sí mismos. Y no podía ser de otra manera, porque se necesita conocer al hombre, en la infancia, en la niñez y juventud; poseer á fondo la ciencia de que se trata y sus principales relaciones con las demás ciencias; y luego saber expresar lo que se sabe para ser educacionista innovador; como todos los grandes que surgieron hasta aquí.

¿Qué importa un silabario? ¿Qué un catecismo? Y, con todo, un silabario inmortalizó al gran Ferreira; y sabido es cómo habla Dupanlout de la dificultad de formar un catecismo. Esto es materia

(1) Por fidelidad hemos seguido la ortografía chilena, la cual, por don Andrés Bello, seguíamos en nuestra juventud.

para algunos volúmenes, pero nosotros no la tocaremos, pues nos basta hacer notar al Ecuador, nuestra patria, y á todos los pueblos más atrasados lo necesario que es el que los grandes hombres desciendan hasta la Escuela Primaria para que ésta suba y regenere y engrandezca á la sociedad.

Hombres, distinguidos sin duda, en nuestra Patria, pero no como los franceses que hemos citado y otros hombres que citaremos después; aun por la prensa nos han desairado cuando hemos solicitado su cooperación. Y si este quijotismo ó ignorante fatuidad se transmiten de padres á hijos, ¿progresará jamás la Escuela Primaria? Quien leyera cómo despidió á Pestalozzi el gran hombre que nos ha ocupado en parte de este capítulo, extrañaría el decreto que fracasó con Waterloo y otros tantos que dió en favor de las escuelas primarias. ¿Cómo se explica esto? Sólo con recordar que el dominador de Europa, por amante que fuese, como lo era en verdad, del adelanto de la niñez y juventud, necesitaba tratar todo esto con los grandes que le rodeaban, y no con un desconocido como lo era Pestalozzi. Y si nuestra explicación no fuera exacta ¿á qué Ministros de Estado, comisiones en los Parlamentos, Juntas técnicas, auxiliares de los gobiernos, etc., etc.? «No estoy para ocuparme en el *a, b, c,*» dijo Napoleón á Pestalozzi; y con todo, cuando iba á venir Waterloo, se ocupa en el *a, b, c,* como hemos visto.

El señor General D. Eloy Alfaro ha invertido grandes capitales en la Instrucción Primaria y Escuelas Normales; ¿pero ha reportado utilidad la nación del interés de ese Magistrado? Demuéstrémoslo; ó convengamos en que el Ecuador carece

de hombres que trabajen por la Patria y se inmortalicen como Bañados Espinosa, por ejemplo. Ministro ha habido á quien nosotros le dimos á conocer éste y el otro artículos de la Ley de Instrucción pública; y Ministro que firmó *albaldas* por *alabardas*. ¿A qué época nos referimos? Nadie lo sabe, pero la relación es verídica.

La Instrucción pública, especialmente primaria, si sujeta á principios generales, como la Medicina, por ejemplo, es en cada nación un nuevo problema; y en esto bien está entren los Institutores como auxiliares, pero ¿ellos han de decidir de lo superior á sus conocimientos?

CAPÍTULO XXX

Continuación.—Lo que necesita la protección de los Gobiernos para ser de verdadero provecho para la Escuela Primaria.

Para no hablar sino de la era cristiana y de tiempos que, como ya dijimos, se tienen como bárbaros, recordemos que Teodorico, guiado por Boecio, invirtió grandes sumas en Instrucción pública. Y en los tiempos modernos ¿cuánto cuesta la Instrucción pública en los Estados más florecientes y hasta en los que recién ven alborear en su cielo la aurora de la civilización? Y lo que prueba más que todo el delirio, diremos, del mundo moderno por la Instrucción pública, es que en el Japón, en su guerra magna, si no aumentó, no disminuyó el pre-

supuesto para aquélla; siendo así que nunca tal vez, tratándose del tesoro nacional, hubo quien diga otras palabras que César, « en tiempo de guerra no hay leyes ».

Si ahora parece que todos los pueblos van convenciéndose de las palabras de Julio Simón: « el primer pueblo de la tierra es el que tiene mejores escuelas. y si no lo es hoy, lo será mañana. »

El sostenimiento de la Instrucción pública oficial y la subvención á la particular, es, pues, hoy la partida *sine qua non* de todo presupuesto. Mas ¿ qué necesita para en verdad ser de provecho para las naciones?

Ya se nos saldrá, entre muchos de los pueblos latinos, con los tópicos ó lugares comunes de enseñanza laica y obligatoria. Pero nosotros nos opondremos de plano á las dos. ¿ Por qué?

De la primera ni es necesario tratar aquí después de lo que hemos dicho en el decurso de esta obra, pero sí trataremos de la segunda.

Siempre la protección oficial es sospechosa, á no ser que se trate de Magistrado en verdad querido por el pueblo. De esto ¿ quién puede dudar? Además, si la protección oficial, ó mejor la enseñanza oficial gratuita, no es ilustrada, es mejor que la costeen los padres de familia; porque ¿ cuánto puede costar la educación primaria de un niño ó de una niña? Mil veces menos sin duda que lo que se gasta en ajuar, mobiliario y joyas de bodas. El fin último del matrimonio se olvida (y acaso por esto dice Salomón que el hombre es hijo de un sueño) y después se rehusa dar á la sociedad y al cielo hijos que se engendraron y dieron á luz con crueldad mayor que la del que pone veneno azu-

carado en manos de la víctima cuyo trágico y violento fin tenía en mientes.

Y como la humanidad es hoy lo que antes del diluvio y la confusión de lenguas; y será la misma cuando le sorprenda la segunda venida del Mesías; hoy como ayer y mañana será cierto el principio de la Edad Media: «Scire volunt omnes, solvere nullus»; que equivale á decir: « todos quieren que sus hijos se eduquen de balde. » ¿Y esto es justo? No, pero menos lo es que, corriendo á cargo de los Gobiernos la felicidad temporal de los asociados, labren su desgracia educando, por ignorancia, mal á sus súbditos. Si, pues, los gobiernos no alcanzan á costear la Instrucción primaria, impongan contribuciones para ella ó dejen la costeen los padres de familia acomodados; y ellos limitense á la educación del pueblo menesteroso; mas como hemos dicho: sin infundirle desconfianza, sobre todo en punto á Religión; y dándole en verdad nociones que le hagan Rey en su línea.

Educación primaria como la costeadada en el Ecuador, es mejor que no exista: antigualla con nombres modernos. Y si los Gobiernos ó Municipios costean la educación ¿por qué no han de favorecer á los establecimientos particulares siquiera con el fin de promover y estimular la competencia? A pocos padres de familia les preocupa el género de educación: lo que les preocupa es que sea gratuita; y de aquí el que Gobiernos que no promueven y sostienen educación en verdad científica; más hacen mal que bien á la sociedad con dársela gratis.

¡ Cuántas y cuántas personas de luces no se dedicarían al Preceptorado si contaran con una sub-

vención ó pudieran competir con los Gobiernos en los gastos que exige un plantel moderno...! Pero se eclipsan; y el error se perpetúa una vez que no hay quien lo haga notar. ¿Se cree que somos exagerados, al dar tal importancia á los establecimientos particulares de educación? Pues oigamos á Stoy: «Es de notar, dice, que la Alemania debe su superioridad sobre los otros países á las escuelas particulares».

Para concluir: nuestros principios son: 1.º Escuela Primaria ante todo; 2.º Escuela seglar en verdad científica sin exclusión de las de institutos docentes; 3.º Escuelas fiscales ó municipales superiores á las particulares; ó que, á lo menos, puedan competir con éstas si son buenas; 4.º Escuelas obligatorias, sean ó no costeadas por Gobiernos y Municipios; 5.º Escuelas libres en punto á Religión si en el pueblo á que se destinan no hay unidad en ésta; 6.º Escuelas para todos sin distinción de partidos y con las distinciones que exigen las jerarquías sociales.

CAPÍTULO XXXI

¿Cielo estrellado ó día sin nubes?

Hay ocasiones en que el escritor, abrumado por la grandeza de lo que quiere describir, tiene que tomar sus descripciones de objetos opuestos en parte, y que en parte se ayudan para completar el cuadro. El cielo de la Pedagogía, científicamente analizado, nos parece en la época que alcanzamos un día de primavera en que el sol, sin nubes que

le opaquen, y sí que aquí y allá le formen Olimpos de plata que compiten en recibirlo como á su rey, se acerca á su cénit inmenso y deslumbrante como Señor del universo. Día claro, espléndido y que fué precedido por la diosa de Guido Reni y que se perderá en los mares como océano de luces y arreboles. Este es el día ¿y pueden brillar en él las mil estrellas plácidas y hermosas como el lucero del alba de las cuales tenemos que recordar al hallarnos deslumbrados por aquél? Es imposible; y antes, á la luz plácida de astros que simboliza á la ciencia y el amor que vienen de la fuente de todo bien, contemplemos éste y el otro lucero en el horizonte azul y sin nubecilla alguna.

Las conquistas mayores de la Pedagogía moderna son, en nuestro humilde concepto, el haber dado lengua al sordo-mudo, y, para los fines científicos, vista á los ciegos. El último adelanto acaso incomparable en el mundo pedagógico corresponde (1) en primer lugar á M. Hauy, quien fundó la primera escuela de ciegos en París en 1784. Después que él fundó en París se fueron fundando sucesivamente en Liverpool (1790), en Berlín (1806); en Dresde (1809); en Viena (1808); y, por fin, en los Estados Unidos y otras y otras partes.

Entre los escritores sobre la educación de los ciegos se distinguieron el mismo Hauy, Walke, Struve, Klein, Nie, y otros; y, sobre todos, Luis Braille.

Una lesna le reventó un ojo; y la inflamación le privó del otro; todo á la edad de tres años. Entró en París al Instituto de ciegos; y adelantó tanto,

(1) Después Fróebel.

que llegó á ser Profesor y componer obras para la educación de sus compañeros; y asociado con su amigo Foucault, inventó el sistema de escritura que lleva el nombre de Braille-Foucault.

Ahora esta educación ha adelantado de un modo admirable, sobre todo en los Estados Unidos; y el ciego trabaja materialmente y es artista y se ilustra y escribe. Hasta la gran innovación que nos ocupa, era un prodigio Didimo de Alejandría, quien, habiendo quedado sin vista á los cinco años de edad, adquirió erudición inmensa y escribió gran número de obras sobre el catolicismo. Pero ahora, como hemos dicho, no sorprende á nadie que el ciego pueda alternar con los mejores agricultores, los más eximios artistas y sabios más consumados.

Mucho más que los ciegos adelantan ahora los sordo-mudos; pues en el Congreso internacional celebrado en París en su favor en 1900, poco faltó para que obtuviesen permiso para optar á grados académicos.

El sabio belga Braun, á quien en esta parte hemos tomado por guía, dice: «que sólo en el siglo XVIII se organizó algo la educación de los sordo-mudos» (1); pero Daguet (2) dice que «un benedictino castellano llamado Pedro de Ponce (1548) había enseñado á hablar á muchos mudos. Uno de sus compatriotas, ó sucesores, Juan Pablo Bonet, hizo más aún; y enseñó este arte en un libro publicado en Madrid, en el cual se encontraba

(1) La enseñanza primaria en la Exposición Internacional de París en 1878, pág. 823. Edición de Bruselas.

(2) Daguet. — Manual de Pedagogía, pág. 822. — Edición Chilena.

el primer alfabeto manual para uso de los desheredados de la naturaleza (hacia 1620)».

En la Exposición á que nos hemos referido, llamó mucho la atención Varsovia con su Instituto común para ciegos y sordo-mudos, con el fin de que se ayuden mutuamente. Ahora esta organización es casi común en Europa; y además la Exposición Universal de 1900, que no hizo sino perfeccionar los trabajos del Congreso de sordo-mudos, celebrado en Milán en 1880, decidió que los Jardines de Infantes son admirables auxiliares para la educación de los sordo-mudos.

Esta educación, como hemos dicho, es admirable; y pone á los *desheredados de la naturaleza*, como los llama Daguet, al nivel del común de la humanidad.

Pero bien ¿á quién se debe el que los sordo-mudos hablen? Puede ser que los grandes que vamos á citar se hayan aprovechado de los trabajos de Ponce y Bonet; pero mientras esto no se pruebe, la gloria es de los sacerdotes católicos L'Epee y Sicard y del protestante alemán Heinike.

Otra conquista extraordinaria de la Pedagogía moderna son los Jardines de Infantes, porque, en efecto, hasta Fróebel ¿cuándo debía comenzar la educación del hombre y la mujer? A los siete años, siendo así que la infancia, como hemos dicho en nuestro «Manual del Kindergarten», es la edad en que se deben poner los primeros y más sólidos fundamentos para la educación é instrucción.

Quintiliano y otros grandes escritores vieron la necesidad de educar al niño desde la infancia, pero quien dió los medios y los redujo á sistema y metodizó con sabiduría, fué el hasta hoy incompa-

rable Fróebel. Sus Jardines de Infantes no en todas partes han sido bien reducidos á la práctica, pero en todas han sido de gran utilidad. ¡Cosa singular! Alemania, la patria de Fróebel, por su prurito de reducir todo á milicia, es una de las naciones que más se han separado de la mente de Fróebel. Los Estados Unidos la han seguido mejor; y entre los pueblos latinos estamos por creer que donde más han progresado ha sido en la República Argentina.

Pero en vez de historiar recordemos aquí la razón. Necesitaban los Jardines de Infantes ser reducidos en esta materia, ensanchados en la obra y modificados según las necesidades de cada pueblo; y en esto se ha trabajado poco. En Francia no era fácil se aclimaten por razones políticas; en Italia los reglamentó Apporti; en España hizo mucho, pero como teórico y sin gran éxito, Alcántara García; y escritor conocemos de esta nación, que aseguró que van pasando de moda.

A nosotros nos parece lo contrario; y por esto, á lo menos para nuestra patria, les hemos dado forma que acaso no deje mucho que desear; pues, no sólo hemos reducido los *dones* y *ocupaciones*, á lo netamente práctico, sino que les hemos provisto de textos en nuestra «Guía de conversaciones para Kindergarten».

También emprendimos la educación de los sordomudos; pero fuimos poco felices, por no poder persuadir á los padres de esos desgraciados nos los entreguen sin exigirnos *beca*, que no la podíamos costear.

Los Jardines de Infantes nos traen á los estudios psicológicos modernos que tanto y tanto contribuyen al acierto de la Pedagogía. Lástima, y muy

grande, es que la Psicología moderna sea casi exclusivamente experimental y tan inficionada de materialismo. Pero ello es cierto que ha dado pasos de gigante, y que luego volverá sobre sí y se completará.

¡Y la escuela de Girard y Pestalozzi, y esto de poner las ciencias á los alcances del infante y del niño cuando antes eran asignaturas, si no secundaria, superior...!

¡Y la lectura y escritura! Nosotros mismos nos hemos quedado admirados al ver los efectos de *El Nene* de D. Andrés Ferreira, y nos hemos dicho «facilitadas de este modo la lectura y escritura, es muy natural que la escuela pueda enseñar ciencias y artes elementalmente; pues en otros tiempos esos ramos y la cuenta y Religión absorbían la mayor parte de los cursos primarios».

Todo ahora es grande, todo científico en Pedagogía. Arrimaron el hombro á la obra de la educación moderna los hombres más sabios, aunque descreídos los más, de la Francia; sabios de Italia, Alemania, Suiza, Austria, los Estados Unidos, Argentina, Chile, Uruguay, etc.; sacerdotes de gran talla de todos esos y otros puntos; y hoy nos hallamos en día sin nubes; y apenas nos es dado citar los nombres de los luceros brillantes en la «Noche estrellada» del epígrafe. Hay muchas historias de la Pedagogía, y el que guste puede recorrerlas y admirar á los grandes que prepararon y sostienen la obra, sin duda alguna, de más trascendencia para la sociedad presente y del porvenir.

CAPÍTULO XXXII

(Continuación)

La aurora del espléndido día en que ahora nos encontramos despuntó, concretándonos á las naciones de las cuales menos hemos hablado: en los Países Bajos en 1848; en Hungría, en 1867; en Suecia, en 1842; en Suiza, la patria de Girard y Pestalozzi, en 1872. Este último fenómeno requiere explicación. Los esfuerzos particulares, por lo general, preparan los del Estado; y feliz una y mil veces el pueblo en el cual el innovador es atendido inmediatamente. Sí se favoreció y honró en Suiza á Pestalozzi y aún al P. Girard; pero la Instrucción Primaria como ellos la crearon, comenzó su pleno desenvolvimiento en la fecha precitada.

De Dinamarca hablaremos después; en Alemania, como dijimos, más se debe el adelanto á los establecimientos particulares; Inglaterra adoptó lo moderno, pero en parte, como dijimos ya, se quedó con sus establecimientos medioevales. Nos toca, pues, hablar del Japón y los Estados Unidos, pues que Rusia, á pesar de su imaginaria prepotencia militar de hasta hace poco, no ha podido en lo científico influir directamente en Europa y en la América, que sigue, *no de lejos* á ese gran Continente. ¿Estamos equivocados? Creemos que no, pues que Pedro el Grande, que tanto impulso le dió, más que grande puede llamarse extraordinario, como observa César Cantú, ¡y Catalina segunda...! ¡Y Tolstoy que, sacándole de esta y la otra obra, no pasa de ser en literatura rusa, lo que un Cipriano Castro en la política sudamericana!

Volvamos al Japón y los Estados Unidos. El primero, tradicionalista, estacionario, aislado en sus islas como Calipso ó Polifemo, dormía sueño que parecía había de terminar con el del Profeta Elías; pero he ahí que, en 1868, despierta de su letargo, abre sus puertas al extranjero; llama sabios y artistas á su seno; manda jóvenes y hasta señoritas á Europa y los Estados Unidos; crea en 1871 un Ministerio de Instrucción Pública; y de repente, si en nuestra pluma no es profana la comparación, surge del fondo de sus mares con la perfección que en su sexo lucía Venus.

Este pueblo cuenta con tres Universidades, dos fiscales y una particular; con número relativamente escaso de colegios secundarios; pero con mil establecimientos especiales y un número casi sin número de escuelas primarias particulares, fiscales y de todo género.

De ahí que en el Japón todo hombre y toda mujer, en su línea, se nos presenten como verdaderos *Reyes de la creación*. Y esto á pesar de ser pueblo pagano, y, por tanto, muy inferior á Europa y América; y que, por lo mismo, rinde culto á absurdos, como el de no educar á los hijos é hijas de los pobres de solemnidad

Es más admirable sacudir un tradicionalismo absurdo y de siglos, que, con toda clase de elementos, con la unión que es resultado de luchas inveteradas cuanto estériles, improvisar, en una centuria, grandeza que podía ser resultado de siglos. Con todo, aunque menos que el Japón, nos parece admirable en sus comienzos la civilización norteamericana.

A la educación é instrucción de Norte América

se ha tildado de superficiales; y la del Japón es puesta, por algunos europeos, sobre la de la misma Europa. Para decidir sobre puntos tan serios, necesitaríamos hacer un estudio detallado sobre ambos pueblos y exponerlo en una obra. Diremos, pues, sólo que acaso no fueron muy prácticos los que tacharon de superficial la educación de pueblo como el de Norte América. Y sea este el lugar de, entre paréntesis, recordar lo que deben ser los textos. Hubo en nuestra patria Director de Estudios, y muy amigo nuestro que, elogiándonos, habló de nuestros *textitos*. «Poco libro y mucho pensamiento» es la máxima del gran Pestalozzi. A ella nos permitimos añadir que, excepto los grandes de quienes hemos hablado y algunos más que, siguiendo sus huellas, pusieron las ciencias á los alcances hasta de la infancia: todos los *textistas* (valga el vocablo) no fueron sino *logreros*. Entre la educación intuitiva y la objetiva, el medio justo es el que diremos en la segunda parte de esta obra. Quede, pues, la América del Norte sin nubecillas en esta parte; y aquí recordemos que el texto debe ser la más sencilla expresión de la ciencia; una especie de dibujo de contornos ó un croquis de la misma; y que, además, se debe adaptar á la categoría de la escuela á que se destine.

¿Y la América latina? La primacía en Instrucción Pública entre las naciones centro y sudamericanas toca á la República Argentina; y, entre las primeras, á México.

El poderoso impulso dado á la última por el señor General D. Porfirio Díaz, levantó á ese pueblo despedazado antes por la anarquía. Su Congreso

Pedagógico Internacional fué de lo más científico, magistral y concluyente; y sus revistas, con que somos favorecidos, son tan notables como muchas de las europeas. ¡ Ah si todas las espadas fueran como la del Sr. General Díaz: una palanca de Arquímedes con olivas de paz (1).

La República Argentina tuvo un Maestro de Escuela: gran militar, gran político, gran diplomático y uno de sus más ilustres presidentes. Pretender hablar de él sería salirnos de esta obra para escribir otra; mas, para que se conozca el delirio de este gran hombre por la instrucción pública, aduzcamos la comparación de que se valió para hablar á sus conterráneos cuando se posesionó de la primera magistratura de su provincia. « Un Rey paseaba de incógnito y se encontró con un mozo que, en su acémila, llevaba trigo á un molino; y le dijo: ¿ Qué hicieras si llegaras á ser rey? » « Yo, señor, contestó el mozo, compraría más bestiecitas para traer granos al molino ». « Así, dijo en resumen, si me preguntáis qué haré en el cargo que me habéis confiado, os contestaré que escuelas y escuelas ».

Sarmiento y sus dos hermanos hicieron mucho por la Instrucción Primaria, pero el movimiento científico-literario comenzó en Chile con el sabio D. Andrés Bello; y ha seguido sin interrupción; y hoy esa nación casi no tiene qué envidiar á Europa en punto á Escuelas Primarias, Colegios, Universidades é Institutos especiales.

(1) Nunca justificamos de todo en todo la perpetua dictadura del señor General Díaz; menos ahora que hemos escuchado á nuestro ilustre amigo el ex-Ministro de Relaciones Exteriores, D. Miguel Valverde. Le oímos; y vimos en México una gran tumba; un Londres moderno. En el texto, pues, alabamos lo bueno y en esta nota anatematizamos cuanto aquí no podemos relatar.

Contemporáneos de D. Andrés fueron hombres esclarecidos como los Amunáteguis; y como esos y otros hombres no murieron sin dejar reemplazo, el *aliado nato* del Ecuador es hoy la segunda nación de Sudamérica en punto á Instrucción pública. Tuvo y tiene grandes sabios, pero su gran adelanto lo debe especialmente á su Exposición de 1874 y al infortunado Presidente Balmaceda y su gran Ministro Bañados Espinosa. Quien desee cerciorarse por sí mismo de lo que hemos dicho, consulte la Literatura Pedagógica de Chile y el «Prontuario de Legislación escolar» de D. Manuel Antonio Ponce.

Nosotros notaremos que la primera Ley Orgánica de Instrucción Primaria es del 21 de Noviembre de 1860 y el Reglamento del 1.º de Diciembre de 1863; y que, sin cambiarlos cada lustro ó dos como el Ecuador, y sí completándolos y ajustándolos á los adelantos modernos por medio de acuerdos especiales, ha adelantado esa gran nación como hemos dicho.

El Uruguay es otra de las naciones sudamericanas que más adelantadas se hallan en Instrucción Primaria, si hemos de juzgar por sus grandes publicaciones oficiales y particulares; pero ni de él ni de las Repúblicas centroamericanas podemos hablar aquí, porque sería salirnos del espíritu de esta obra; y otro tanto decimos del Brasil, Perú y Bolivia y de las Repúblicas que surgieron de la gran Colombia.

Nos reservamos hablar por separado de Suecia por las Escuelas de trabajo manual que posee Naas.

Incompleta sería la Escuela Primaria moderna

que no poseyese una Clase de Trabajo Manual, porque ¿cuál es la vida del hombre sobre la tierra según la Sagrada Biblia y la razón y la experiencia y las necesidades de aquél? El trabajo fué santificado por el Dios hecho Hombre, y su humilde cuanto angelical familia. Al trabajo, pues, debe acostumbrarse al hombre y la mujer, no desde la niñez, sino desde la infancia; y lo último se practica en los Jardines de Infantes. Este trabajo y el de la Escuela Primaria deben ser una introducción á los principales oficios, á las artes liberales y á las ciencias como la Ingeniería, etc.

Poseemos detalles sobre estas escuelas de Naas; pero no nos detenemos á analizarlas; pues nuestro fin ha sido sólo hablar de la esencia de la Escuela Primaria y de lo que puede servir de modelo para ella.

Después de lo dicho podemos concluir que la Pedagogía moderna, científicamente hablando, es día sin nubes; y que su estado es el mayor timbre de la época moderna.

La ciencia apenas ha dejado punto por analizar, rectificar, ensanchar. Esa ciencia ha tenido mártires mil ¿y los querrán imitar éste y el otro político de algún pueblo? Pues recuerden éstos las palabras de Horacio Mann: «En nuestro país y en nuestros días, nadie es digno de ser honrado con el título de hombre de Estado si la instrucción práctica del pueblo no ocupa el primer lugar en su programa».

CAPÍTULO XXXIII

Ideales que muy bien pueden realizarse. — Educación de toda la humanidad. — Educación religiosa no obligatoria. — Armonía entre lo sensible y lo espiritual; lo temporal y lo eterno. — Diferencia entre el amor á la patria y el partidismo político. — La humanidad una, pero dividida en naciones.

Estudiado detenidamente el problema sobre el modo de extender la Instrucción Primaria á toda la humanidad, creemos que las penas deben ser, más que para el pueblo, para aquellos de quienes depende. ¿Pero es propia para nuestros tiempos nuestra expresión *penas*? Que lo diga Inglaterra, por ejemplo, en donde el pobre es lo que conoce todo el mundo. ¿Merece su Gobierno, merecen sus millonarios que se les pene?... .

En Dinamarca si un niño ó una niña pedían el sacramento de la *confirmación* (1), y daban muestras de no hallarse bien adelantados en Instrucción Primaria, se les negaba (2). Y en otros pueblos ¿de qué castigos no se ha echado mano para obligar al pueblo á que eduque á sus hijos? Pero á nosotros nos parece que todo se hizo con muy poco acierto; porque los penados debían ser los ricos y grandes de quienes medio vive, y á quienes enriquece el pobre pueblo. Si el labriego y el artesano tienen

(1) Braun. — Obra precitada, pág. 256.

(2) ¿Se trata puramente de Instrucción Primario-religiosa ó general? No lo aclara Braun.

para el vestido y sustento propio y de la familia ; y si el señor de quien dependen estimula el amor paterno en vez de obligarle á que, por hambre, condene al trabajo en que ellos han vegetado, al hijo y á la hija antes de que siquiera hayan desarrollado su mal nutrido cuerpo; si esto sucede, repetimos, ¿ habrá hombre ó mujer que necesiten ser penados para educar á sus hijos: y más si el Estado les ayuda para ello?

Quedan dos dificultades por resolver: primera, que el Gobierno sea de la confianza del pueblo; segunda, que no haya autoridad que haga cumplir las leyes. En el Ecuador no hay (como nosotros quisimos antes de que se sancione la ley vigente) escuelas ambulantes que serían las más apropiadas para nuestras montañas; pero hay las mixtas para los fundos rústicos de alguna consideración. ¿ Y? Lo que ya supondrá cualquiera que nos lea: *todo hay escrito*; por la segunda razón que hemos expuesto.

Lógicamente viene el segundo ideal: la reconciliación de la sociedad y los gobiernos que la representan con Dios; de lo cual vendría el que quedasen ya pocos analfabetos en el mundo.

Todo se dirá en contra del cristianismo, mas nadie negará que, disidente ó unido al Representante de Cristo en la tierra, ha propagado y propaga las luces donde quiera que siente la planta. Se comprende, por lo dicho, que no nos dirigimos al sectario de Mahoma ni al discípulo de Confucio, sino á los cristianos, que son los que ocupan la mayor parte del globo. Pero en resumidas cuentas, ¿ á qué tampoco dirigirnos, en gran parte, á otra raza que la latina? Y no á toda ella, sino á la parte

que ha seguido á la Francia y á la Italia de Garibaldi, Mazzines y Carducci, antes que de Víctor Manuel II y de Cavourt?

Los anglo-sajones, á pesar de lo absurdo de sus creencias, son mucho más religiosos que los latinos, si como particulares, si como miembros de la sociedad en que viven, si para educar á su descendencia. Son, pues, este y el otro pueblo latinos los que han dado en la flor de arrojar á Dios de las escuelas y otros establecimientos de Instrucción pública.

Concretándonos á nuestra América; Chile aprueba y costea la Instrucción religiosa en las escuelas; y Argentina la tolera.

En 1848 se promulgó la Constitución política de los Países Bajos; y, por lo que hace á nuestro propósito, decía así:

«La Instrucción Pública quedará organizada de modo que no perturbe las convicciones religiosas de nadie». Entre muchos de los pueblos latinos, se alega que, para no perturbar la conciencia de los padres de familia, las Escuelas deben ser sin Dios. ¿Es esto no perturbar la conciencia? Parece que mucho hemos hablado en toda nuestra obra á este respecto. Pasemos, pues, al tercer ideal, tan íntimamente ligado con éste: la armonía entre lo sensible y lo espiritual; lo temporal y lo eterno.

Como observa el Emmo. Cardenal González, Beda, Alcuíno y otros filósofos contemporáneos y sucesores de éstos, enlazaron la Filosofía pagana y la patrística con la escolástica que iba á florecer. A esto se opusieron Bacon y Descartes, como ya hemos dicho, é iniciaron la época moderna en que tantos soñadores han abundado. ¿Quedaremos en

ella? No, porque si en lo momentáneo y de utilidad práctica ha errado, mucho más ha errado en lo superior á todo esto. Reprodujo la escolástica con otros nombres y sistemas, ó volvió á las más absurdas escuelas de la Grecia. ¿Y quedará si tal es ella, dueña del mundo, y, por medio de Escuelas, Colegios y Universidades, quedará, decimos, dueña de la sociedad del porvenir? Así creen algunos hombres porque olvidaron que, por siglos que dure el error, jamás llega á eternizarse en el mundo.

Para no repetir lo dicho en otros capítulos, diremos, pues, sólo que uno de los primeros ideales de la educación moderna ha de ser el regreso de la Filosofía, con cuanto de grande y sublime debe á sus esfuerzos propios, á la verdad que le legaron algunas de las escuelas antiguas; y, sobre todo, á la escolástica, que no descendió del cénit al cual la elevó el Angel de las Escuelas.

No nos hallamos ahora para muchos *ergos ni distinguos*, pero no son de la edad de oro de la Filosofía escolástica. Por el contrario, Santo Tomás de Aquino jamás sostenía con insistencia nada. Exponía su doctrina, y callaba. Pero, para que se vea que nos hallamos posesionados de la verdad, dígasenos ¿cuántas fueron las escuelas disidentes salidas del escolasticismo? Muy pocas, poquísimas, y las más de carácter en verdad científico primeramente; y religioso de un modo secundario. ¡Y qué elementos los que podían surgir contra el escolasticismo católico! Eran nada menos que Platón y Aristóteles y los sectarios de Mahoma y los mismos filósofos formados por la Iglesia, algunos de los cuales debían ser los hijos de Urano, con la dife-

rencia de que la Religión que les dió el sér era en verdad divina; y de que, por tanto, la lucha era librada por Luzbel contra el mismo Dios de cielos y tierra.

Pero en la época moderna ¿qué discípulo sigue al Maestro? ¿Cuántos son los maestros en Alemania? ¿Cuántos en Francia? ¿Cuántos en Italia? etc.

Y hasta en ese desierto de la Rusia ¿qué de opuestas no son sus doctrinas, y cómo sus consecuencias se van llevando á la práctica! Recordemos el proceso de un nihilista. El abogado, también nihilista, no negó el crimen político en que su defendido fracasó; antes dijo que sus correligionarios no hacían más que llevar á la práctica las doctrinas de antemano predicadas por filósofos y publicistas.

El escolasticismo contó de existencia mucho más que la Filosofía moderna, y privó en todo el mundo; y ¿cuáles fueron sus consecuencias? Ni se nos replique con la Inquisición, etc., porque la misma Francia, que tan frenética celebra la toma de la Bastilla, en la cual ni se halló presos, ella misma ha resucitado el cadalso.

Muy á la larga hablamos ya de la necesidad de que el hombre no olvide su fin eterno; pasemos, por tanto, á la educación cívica.

Es uno de los puntos más arduos de la educación, y que más delicadeza de conciencia requieren en el Profesor y en el escritor pedagógico; y mucho más en los que gobiernan las naciones.

Antes de venir al punto, volvamos á los Libros Santos, la razón y la Historia.

Se cansó el pueblo de Israel del gobierno de los Jueces, y Jehová le concedió los reyes que pedía;

y basta para probar que cada pueblo puede adoptar la forma de gobierno que le plazca. En lo que no debe delirar es en que esa forma deba durar cuanto dure el mundo. Y esto, que hasta cierto punto es una perogrullada, en la práctica es lo más difícil de persuadir á los hombres, porque como observa Duruy, nadie quiere escarmentar en cabeza ajena, sino en la propia.

En la época moderna: la Convención y el Directorio educaban para republicanos; Napoleón para imperialistas; sus sucesores para monarquistas; y á la Francia moderna le falta sólo marcar el cuerpo de sus hijos con el nombre de *República* y esos otros terminajos: *Liberté, égalité, fraternité* que escribe hasta en los urinarios. ¿Es esto educación cívica mesurada y de duración? Así iríamos discutiendo sobre las demás naciones; y concluiríamos que pocas, muy pocas distinguen lo efímero de lo que ha de durar; y que, por lo mismo, su instrucción cívica deja mucho que desear.

¿Por qué, nos decimos, al pensar en todo esto, por qué no se enseña á niños y niñas también lo relativo á la generación? ¿Es exagerada la pregunta? Así les parecerá á algunos, pero nosotros, con la Historia y la razón á la mano, probaríamos que no hay exageración ninguna en ello. El hombre es libre para sobreponerse á cuanto, con la vida y la leche maternal, le transmitieron sus padres; pero esto sucede raras veces; y muy más raras sucederá si á ello se añade la educación.

¡Dos, tres, cuatro humanidades en un pueblo, para tomar la palabra gráfica de Royer Collard, y la que domina á todas educando como hemos dicho!... ¿Ni para qué proseguir?

El último ideal es análogo al de la educación cívica; pero antes de tratarlo, recordemos tres pasajes de la Sagrada Biblia, los cuales nadie ignora. El primero es la separación de los descendientes de Noé que habitaban puntos en las llanuras de Sennar; el segundo la separación de Abraham y su sobrino Lot; y el tercero el que el mismo Abraham despidiese de su casa á la esclava Agar y á su hijo Ismael.

¿Quién no ve en el primer hecho la necesidad de que el género humano se divida en naciones y pueble la tierra? El segundo y tercero tuvieron por causa ocasional la paz del hogar; pero su resultado fué idéntico al del primero. ¿Hay otra razón de la división de la tierra en Estados que la que hemos aducido? Creemos que no. Pero si esto es así ¿no es cierto que esa división debe ser causa de amor, y no de odio; de unión y no de antagonismo; de ayuda mutua, y no de destrucción? Nadie nos lo puede negar. Abraham era más poderoso que Lot; y, palpada la necesidad de la separación, cede en todo á su sobrino; y la separación viene en paz y en haz de Dios y de su Iglesia, como ahora diríamos. Y no paró en eso, sino que, como Lot fuese despojado de sus bienes por los reyes confederados contra Sodoma: Abraham, *armó á la ligera trescientos de sus siervos, y partió en socorro de su hermano*. Esto enseñan los Libros Santos, ¿enseña otra cosa la razón? Si es así, la humanidad no es una en su origen, una en el fin que persigue en la tierra, una en el último á que debe tender. Y notemos que la invasión vino de los que abandonaron la Religión del edén; y la ayuda, de un hombre que, fiel á sus tradiciones, preparaba la fundación de la Iglesia Católica.

¿ Ha llegado jamás la diplomacia á este ideal ? Ella ayuda cuando le conviene; y en todo, como observa César Cantú, en todo da por razón lo falso y oculta el verdadero móvil de sus secretos. ¿ Y podrá llamarse educación racional y honrada la que, como la alemana, en los mapas geográficos para las escuelas, extiende su territorio con perjuicio de los vecinos ? Es sólo un ejemplo.

Pero, como el error engendra la reacción; allí tenemos á Bacaunine y otros queriendo acabar con el patriotismo y hacer de la humanidad un solo pueblo. ¿ Qué dice á esto la Pedagogía moderna ? ¿ Qué dice la Filosofía ?

Nosotros diremos, para concluir este capítulo, que la solución de tan arduos problemas no se ha de buscar en los *gabinetes psicológicos*, sino en la Razón y la Historia de la Humanidad ; y ésta nos dice que al mundo romano depuraron los bárbaros.

CAPÍTULO XXXIV

(y último de la primera parte)

De los medios de propagar la educación primaria. — Separación absoluta de las escuelas de unos métodos de los de otros. — Unidad de acción entre la enseñanza superior, especial, secundaria, primaria y anteprimaria. — Sociedades, Congresos, Exposiciones y Revistas de Pedagogía, Escuelas de adultos, Almanagues y Diarios.—Acción de los Municipios y Gobiernos.

En este capítulo debemos descender más que en ningún otro al terreno de la práctica, una vez que, á pesar de que en lo científico nos hallamos en

«Día sin nubes», la Escuela Primaria sigue en parte cual si no se hubieran realizado los grandes adelantos que hemos dicho. ¿En tales circunstancias qué se debe hacer? Partamos del principio casi inconcuso en Pedagogía de que *bien aplicado, ningún método es malo*; y luego de que la Escuela Primaria ha de entregar al alumno y alumna de modo que, en su esfera social, y según su sexo, puedan llamarse Reyes de la tierra.

Lo primero obliga á la tolerancia de lo nuevo que puede surgir y de lo que haya quedado como recuerdo de otros tiempos, siempre que uno y lo otro, en terreno verdaderamente imparcial y elevado, no justifique su extinción.

Lo segundo obliga á los Preceptores y Preceptoras particulares á tomar el Preceptorado como *apostolado*, sino semejante, análogo al de los primeros enviados de Cristo N. S.; y á no presentársenos como un anacronismo en nuestros tiempos. De antiguo viene que los desheredados de la fortuna tomen por la vía del Preceptorado y Profesorado cuando sería mejor empuñar la esteva, ó den vueltas á un torno, porque en esto se ganarían su vida sin peligro de salvación eterna.

¿Saben los logreros cuánto valen un niño ó una niña? Valen tanto que Dios se habría hecho hombre y padecido y muerto como padeció y murió, si un solo sér humano hubiese necesitado de ello para su redención.

Un solo Preceptor ó una sola Preceptora valen como ciento si inspiran respeto y amor á sus alumnos y saben interesarlos en su enseñanza y poner la ciencia á sus alcances. De éstos deben echar mano los Gobiernos y Municipios; y jamás perder de

vista su educación ni menos posponerla á la de otros por favoritismo y otras hierbas.

Ayudadas la ignorancia y la rutina por Gobiernos y Municipios, se perpetúan en las naciones y las rodean de muros insalvables para el adelanto, más de lo que el de China ha sido para el comercio extranjero.

Nos parece el ascensor moderno imagen de la Instrucción Pública. El que sube en él puede quedarse en el piso que necesite, y puede también llegar al último alto de la casa, porque todo está dispuesto para ello. Así conocida la posición social y comodidades de la familia, se puede disponer ingrese el alumno al Jardín de Infantes ó á una escuela ambulante, mixta, elemental ó media. Si ingresó al Jardín de Infantes, seguirá en la Escuela superior; y de ésta pasará á la vida práctica, ó á los establecimientos superiores. Pero para todo esto ¿qué se necesita? La división, ó, mejor dicho, distribución de la ciencia y la reglamentación de los establecimientos de conformidad con ella.

¿Qué importará que un edificio churrigueresco sea construído de los mármoles más preciosos, ó que el cuerpo del que habla Horacio á los Pisones conste de oro, platino y plata?

Nación en donde la Universidad no influye en los Institutos especiales y colegios; y éstos en las escuelas; y, al contrario, todos andan por su cuenta, no es nación en la cual se haya dado en el quid del progreso en verdad científico. Ello consiste en detalles, pero recordemos aquí aquello de *bonum ex integra causa; malum ex quocun que defecta*. Y vaya un paréntesis para nuestra Patria. En ella se da frecuentemente leyes; y raras veces se las re-

glamenta. Pondremos un ejemplo extraño á esta obra: la Ley sobre el Matrimonio Civil. ¡Ah la polvareda que se levantó de una parte, y de otra lo que se celebró el triunfo! ¿Y? Nuestro estado no nos permite continuar; pero vayan dos anécdotas que hacen á nuestro propósito.

En cierto caso del cual sin duda hablará la Historia, habría venido la reglamentación como anillo al dedo, si hemos de usar el lenguaje cervantino, aunque se tratase de familia de la más noble de Quito y de un alto funcionario público. ¿Para qué sirvió la Ley que tanto había costado y *que fué implantada antes que por nadie por quien más la impugnó?* El primer caso fué el referido; el otro, que nosotros conocemos, el de niña que, pocos días después de su matrimonio, fué contagiada por su esposo de... . ¿Venía todo esto de otra causa que la falta de reglamentación?

¡Y en Instrucción pública!... Basta recordar que el inmortal García Moreno olvidó la reglamentación, porque se imaginó que con traer á los Hermanos Cristianos y unos cuatro indios de Loja (sic) habría transformado la Instrucción primaria.

No deseamos para el Ecuador la organización napoleónica y de algunos puntos de Europa, en fuerza de la cual todo depende de la Universidad; pero es cierto que la armonía que hemos dicho debe haber en toda nación que mire la educación é instrucción pública como un solo cuerpo en el aspecto que se la considere. La milicia es una, ¿y no lo será la Instrucción Pública que es la base de ella?

Las sociedades en la materia que nos ocupa son aún obligatorias; pues que en ella se trata de lo

más tierno é idolatrado que hay para el hombre y la mujer: los hijos. No es posible, no, que en asunto tan delicado se deje todo á la acción gubernativa, por eficaz que ella sea.

Al contrario, los asociados, haciendo causa común en lo que más deben hacerlo, estimulan á los educacionistas ¡ tan mal remunerados por lo general! y, con tino y mesura obtienen de los Gobiernos y Municipios lo que necesitan para la formación moral, científica y profesional de sus hijos.

Los hombres se reunen en sociedad para el lucro, la política y los pasatiempos; y las mujeres para la devoción ó beneficencia. Alguna vez en la última se incluye la educación de la infancia y la niñez; pero, por lo general, es olvidada. Y si esto es así ¿será posible que el hombre, merced á los esfuerzos de sus hermanos, se levante al puesto que allá en el Edén le señaló la Divina Providencia?

Los Congresos y Exposiciones de Pedagogía hacen uno el mundo pedagógico, dejando, en lo sustancial, en su punto la variedad que es consecuencia de la diferencia de razas, costumbres, comodidades materiales y grado de adelanto de cada pueblo. ¡ Ah! ¡ qué hermosas son estas pacíficas reuniones de sabios, congregados para volver á difundirse y llegar á sus naciones respectivas como abejas que traen en sí los gérmenes del panal que dará la vida del alma á la infancia, niñez y juventud para legar, decimos, á sus naciones los frutos de la sabiduría universal!

Como es natural, esos Congresos internacionales son precedidos por los nacionales. En éstos deben tomar parte forzosamente los sabios; y más si, como en el Ecuador, está todo por principiar ¿ Qué

Congreso podía ser la reunión de cuatro maestros de Escuela que en la práctica conocen sólo un método de enseñanza y en teoría éste y éste, muy superiores á lo que ellos aprendieron é imaginan?

Tenemos á la vista los anales de muchos de los Congresos Pedagógicos; pero no los mentamos porque sería cansar al lector. Cualquiera puede admirarlos en tantas y tantas obras como se han escrito sobre ellos. Nosotros diremos cuatro palabras sobre las publicaciones pedagógicas para el preceptorado y las populares.

El libro, en el vertiginoso movimiento intelectual del día, no siempre es cómodo; pero si se prepara de modo que, publicado, no cause gran novedad; y sirve sólo para profundizar materias que fueron expuestas en las revistas científicas, que son el medio entre las publicaciones volanderas y el libro que ha de durar.

Revistas pedagógicas conocemos de Europa y las Américas de lo más científicas, y que jamás se leen sin aprender algo nuevo. Estas son para Preceptores y Profesores. Para el pueblo hay las lecturas dominicales, los almanaques y otras publicaciones que, en las mil formas que hoy reviste la Literatura, ponen las ciencias más necesarias á los alcances del pueblo.

No incluimos entre estas publicaciones á las diarias, porque casi todas, aunque hacen continuas protestas de imparcialidad, no son órganos de información y educativos, sino de *bandería*, cuando no de *corrupción*.

Las escuelas de adultos bien organizadas serían de gran utilidad; pero rara, muy rara vez han llegado á organizarse en debida forma.

Para nuestro propósito debían establecerse en relación con el lugar, de modo que disminuya, si no se extingue, el número de los analfabetos; y que provean á las necesidades indispensables que en educación é instrucción tienen hombres y mujeres, todos según su condición social.

Para la mujer es más difícil la escuela que nos ocupa; pero para el hombre viene la dificultad de que, acostumbrado ya á un género de vida y con obligaciones ineludibles, rara vez entra en la necesidad que tiene de salir de la ignorancia.

¡Y la política! Esto es el peor obstáculo de la escuela de adultos; y si se allanara, los demás serían de muy poca monta.

De la acción de los Gobiernos y Municipios hemos hablado muy á la larga en otros lugares de esta obra; y no tenemos que añadir aquí, sino las siguientes palabras de Brougham (1):

«Llegará el día en que el Institutor, y no el cañón, sea el árbitro de los destinos de Europa.»

A alguien tal vez le parezcan exageradas estas palabras, pero nosotros las hallamos en armonía con los Libros Santos. Si el hombre es *Rey de la tierra*, es él quien debe decidir de sus destinos; mas sujeto siempre el Preceptor, al Profesor, á cuantos le puedan dar representación real cuanto mesurada y circunscrita á lo que debe; y no tempestuosa como las del nihilismo, anarquismo, etc., del día.

(1) Daguet. — Manual de Pedagogía, pág. 255.

ÍNDICE

	<u>Página</u>
Introducción	7
Capítulo I. — La Escuela Primaria según los Libros Santos . . .	9
» II. — Necesidad histórica de la Escuela Primaria y oposición de las aristocracias á ella	13
» III. — De la Escuela Primaria en relación con el Criador . . .	16
» IV. — La Escuela Primaria y la intolerancia religiosa . . .	21
» V. — Todo reino dividido perecerá. — La intolerancia religiosa en los tiempos medioevales	25
» VI. — La Iglesia Católica y la enseñanza religiosa. La libertad en esta materia	30
» VII. — Cuatro palabras sobre la enseñanza neutra	34
» VIII. — De otras clases de intolerancias en las Escuelas Primarias.	36
» IX. — De la Educación en la Escuela Primaria	40
» X. — Del desarrollo en la Escuela Primaria	42
» XI. — Continuación	49
» XII. — De la Escuela Primaria en los principales pueblos de Oriente	52
» XIII. — Educación de la mujer judía y ateniense. La Santísima Virgen.	55
» XIV. — De la educación rabínica.	57
» XV. — Escuelas Primarias de Atenas. La educación estética y física primarias.	63
» XVI. — Educación de la mujer en Atenas.	68
» XVII. — Más sobre la educación de la mujer según su sexo . . .	76
» XVIII. — Initium sapientiæ timor Domini.	79
» XIX. — Escuela de Esparta. — Libertad de enseñanza. — La familia. — La Patria. — La Humanidad	80
» XX. — Escuela de Roma. — Educación patria y extranjera.	85
» XXI. — Por qué la Escuela Primaria era imposible en la decadencia de Roma	89
» XXII. — Escuelas laicas y claustrales hasta Carlo Magno	93

	<u>Página</u>
Capítulo XXIII. — Carlo Magno. La Escuela en su Palacio y la mujer	100
» XXIV. — Verdadero espíritu de las Escuelas de la Edad Media. — Higiene de las escuelas claustrales y de la Inglaterra moderna	104
» XXV. — Bacon y Descartes. — Filósofos	115
» XXVI. — Erasmo y Malebranche. — Loke y Rabelais. — Rousseau y Fenelón	118
» XXVII. — Montaigne. — Kant y Spencer. — De Maistre y Moliere. — Dupanloup y Heine Martín. — Místicos y novelistas	124
» XXVIII. — Alemania y Francia en los siglos XVI y XVII. — Escuelas Normales	132
» XXIX. — La revolución francesa y Napoleón. Influencia de los Gobiernos y los grandes hombres en la Escuela Primaria	139
» XXX. — Continuación. — Lo que necesita la protección de los Gobiernos para ser de verdadero provecho para la Escuela Primaria	146
» XXXI. — ¿Cielo estrellado ó día sin nubes?	149
» XXXII. — Continuación.	155
» XXXIII. — Ideales que muy bien pueden realizarse. — Educación de toda la humanidad. — Educación religiosa no obligatoria. — Armonía entre lo sensible y lo espiritual; lo temporal y lo eterno. — Diferencia entre el amor á la patria y el partidismo político. — La humanidad una, pero dividida en naciones	161
» XXXIV y último de la primera parte. — De los medios de propagar la educación primaria. Separación absoluta de las escuelas de unos métodos de los de otros. — Unidad de acción entre la enseñanza superior, especial, secundaria, primaria y anteprimaria. — Sociedades, Congresos, Exposiciones y revistas de Pedagogía, Almanques y diarios. — Escuelas de adultos. Acción de los Municipios y Gobiernos	168